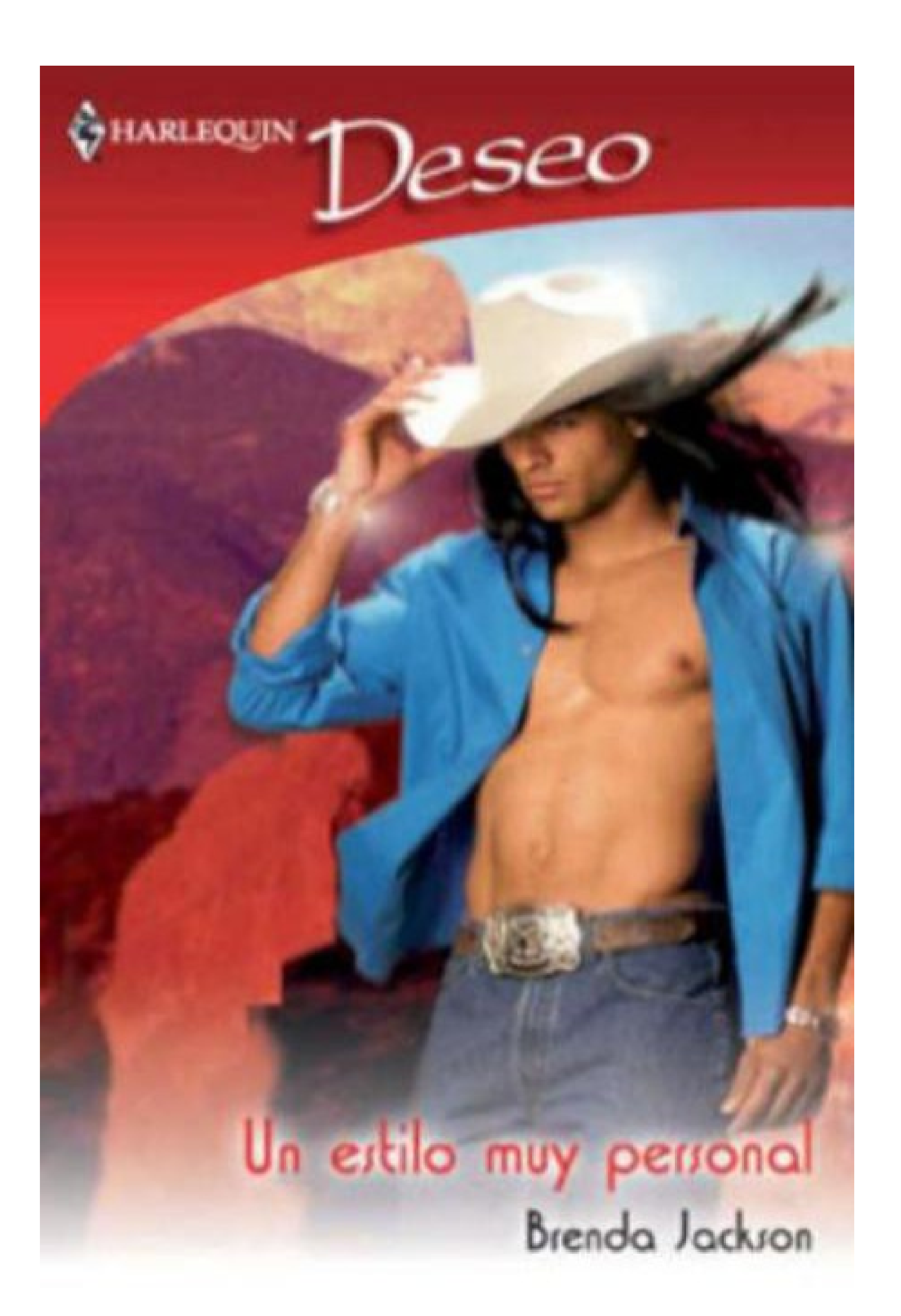

HARLEQUIN
Deseo
Un estilo muy personal
Brenda Jackson

A pesar de su aspecto inocente, aquella mujer era una tentación a la que no podría resistirse....

El criador de caballos McKinnon Quinn estaba orgulloso de no permitir la entrada de mujeres en su rancho, por eso cuando Casey Westmoreland le pidió trabajo como adiestradora, McKinnon la rechazó tajantemente.

Casey había prometido conseguir que McKinnon la contratara y convertirlo en su primer y único amante. Sin embargo después de cada apasionado encuentro, él seguía huyendo de ella.

Era como si tuviera un secreto que no quisiera compartir con nadie, pero Casey se moría por descubrirlo...

Brenda Jackson

Un estilo muy personal

Westmoreland - 10

Capítulo 1

Casey Westmoreland entró en el establo y se detuvo hipnotizada por la cálida y seductora voz masculina del hombre que cepillaba al enorme semental negro mientras le hablaba suavemente.

McKinnon Quinn. En su opinión, no podía ser más guapo. Era una mezcla de razas indoamericana y criolla afroamericana. No podía hacer más que desear poder disfrutar del panorama durante más tiempo.

Era alto y de constitución fuerte, y tenía un espeso cabello negro que le caía sobre los hombros. La camisa azul que llevaba revelaba un torso fuerte y macizo, y los vaqueros desgastados, que marcaban un trasero bien formado, casi le quitaron la respiración cuando se agachó para cambiar el cepillo por un peine. No hacía falta que se diera la vuelta para saber cómo eran sus facciones. Estaban grabadas en su mente. Tenía un rostro anguloso, con mejillas y mandíbula marcadas, una piel tostada que casi parecía dorada, ojos tan oscuros como las alas de un cuervo, nariz recta y labios gruesos. Suspiró, y sintió el calor del rubor que teñía sus mejillas al pensar en aquellos labios y su secreto deseo de apoderarse de ellos.

Otra cosa que sabía sobre McKinnon Quinn era que, a la edad de treinta y cuatro, era considerado por muchos como el soltero de oro de Bozeman, Montana y alrededores, especialmente ahora que su mejor amigo, y primo de Casey, Durango Westmoreland, se acababa de casar. También había oído que no tenía intención de renunciar a su preciado estado de soltería.

Desde que se conocieron, hacía algo más de dos años, tenía la impresión de que tenía un innato carácter tranquilo y templado. Aunque mantenía una relación bastante estrecha con los primos de Casey, no parecía haber mucha más gente cercana a él. Elegía con

quién quería ser asociarse, y mantenía distancias con el resto de la gente. Siempre que Casey estaba cerca de él tenía la sensación de que la observaba, y su mirada era una especie de caricia.

-¿Vas a decirme qué te trae por aquí o simplemente te vas a quedar ahí de pie? -sus palabras, su profundo y cortante tono de voz, la pillaron desprevenida. ¿Acaso tenía ojos en la nuca? Estaba segura de que no había hecho ni un ruido, y aun así él había sentido su presencia.

-Sé lo importante que es este proceso de acicalamiento del caballo, no quería interrumpir -dijo Casey cuando finalmente se decidió a hablar.

Sólo entonces se giró hacia ella con un brillo en sus oscuros ojos negros que hizo que a Casey le resultara difícil respirar.

-Casey Westmoreland. Durango mencionó que estabas por aquí, visitando a tu padre -dijo con la misma intensidad que mostraba su mirada.

«Tu padre». Era un término al que aún estaba intentando acostumbrarse desde que había descubierto que tenía un padre, que creía que había muerto antes (le nacer ella.

-No estoy exactamente de visita. He decidido mudarme a Bozeman permanentemente -dijo deseando que no la mirara con tanta intensidad.

McKinnon enganchó sus pulgares de los bolsillos de sus vaqueros, adoptando una postura que marcaba su musculatura corporal. De nuevo, la sorpresa iluminó sus ojos.

-¿Te mudas a Bozeman? ¿Para siempre?

-Sí.

-¿Por qué?

-Corey... quiero decir, mi padre, espera que nos permita conocernos mejor -después de dos años y medio, todavía le resultaba difícil llamar «papá» a Corey Westmoreland, como ya hacían sus otros dos hermanos.

McKinnon asintió, y ella notó que su mirada era incluso más intensa que antes. Tenía una estrecha relación con su padre, ya que Corey era el mejor amigo del padre de McKinnon. De hecho, en opinión de Casey, tenía una relación más estrecha de la que ella misma mantenía con Corey, simplemente porque McKinnon lo conocía desde hacía más tiempo.

-Eso es lo que piensa Corey pero ¿tú qué piensas? -preguntó.

«Lo que realmente pienso es que ayudaría tremendamente que dejaras de mirarme de esa manera», le hubiera gustado decir, al sentirse como si estuviera bajo un microscopio. Fuera a propósito o no, su mirada era provocadoramente sensual, haciendo que se acalorara.

-Pienso que no estaría mal. Llevo viviendo en Beaumont, Texas, toda la vida, y cuando se terminó el contrato de alquiler de mi tienda de ropa, sin que me dieran opción a renovarlo, consideré la posibilidad de trasladarme a algún otro lugar. Las pocas veces que he estado aquí, en Montana, han sido suficientes para enamorarme del lugar, y estoy de acuerdo con que vivir aquí me dará la posibilidad de desarrollar una relación con Corey.

-Entiendo.

Casey dudaba que lo hiciera. Ni siquiera sus hermanos comprendían totalmente la confusión que la invadía desde que descubrió la verdad. Desde que era niña, su madre había creado esa imagen de cuento de hadas del hombre que la había engendrado a ella y sus hermanos, el hombre que se suponía que había fallecido en un accidente durante una actuación de rodeo, dejando a su madre embarazada de trillizos.

Carolyn Roberts Westmoreland lo había hecho parecer como si hubiera compartido con Corey Westmoreland el amor perfecto, el matrimonio perfecto, y como si hubieran estado tan dedicados el uno al otro que a su madre le resultó muy difícil sobreponerse cuando murió. Según su madre, lo único que la ayudó fue el que Corey la hubiera dejado no con uno, ni dos, sino tres bebés en el vientre, y su determinación de que los trillizos crecieran colmados del amor de su madre y el recuerdo amoroso de su padre.

Le dolió descubrir que su madre había tejido tal entramado de mentiras. Corey Westmoreland nunca llegó a casarse con Carolyn Roberts. Ni siquiera se enteró de que estaba embarazada de trillizos. Legalmente, su madre nunca fue una Westmoreland. Y, por si eso fuera poco, Corey nunca la había amado. Durante años estuvo enamorado de Abby, a la que conoció años antes de conocer a la madre de Casey, y con la que se había reencontrado y casado hacía un par de años.

-Y hay otra razón por la que quería trasladarme aquí -decidió

añadir, para llegar al motivo de su visita a McKinnon-. Sentía que un cambio profesional me vendría bien, y mudándome aquí puedo hacer algo que siempre he querido hacer.

-¿Y eso es...?

-Trabajar con caballos, que es por lo que estoy aquí. Tengo entendido que buscas a una persona para entrenar caballos, y quiero solicitar el puesto de trabajo.

Casey trató de ignorar las emociones que la invadieron cuando McKinnon recorrió su metro sesenta de estatura de arriba abajo. Sus ojos brillaron, divertidos, al volver a mirar su rostro.

-Bromeas ¿no?

-No, no estoy bromeando -dijo acercándose hacia donde él estaba-. No podía ir más en serio.

Vio cómo se tensaba su mandíbula y entrecerraba los ojos, e inmediatamente se arrepintió de pensar que parecía exasperadamente sexy.

-No puedo contratarte -dijo con voz ronca.

-¿Por qué no? -preguntó con toda la calma de la que fue capaz-. Creo que si le echaras un vistazo a mi currículum, te quedarías impresionado -le ofreció la carpeta que llevaba en la mano.

El miró hacia la carpeta, pero no hizo ademán de agarrarla.

-Puede que sí, y puede que no, pero no importa -dijo con una mirada intimidante-. No voy a contratarte -la tranquilidad y seguridad con las que pronunció las palabras hicieron fluir la cólera por las venas de Casey, pero estaba decidida a mantener la calma.

-¿Hay alguna razón?

Tras unos tensos momentos, él dijo:

-Hay una serie de razones, pero no tengo tiempo de explicarlas.

Casey trató, en vano, de controlar su cólera. Sus palabras habían herido su sensibilidad.

-Espera un momento -dijo mirándolo a los ojos.

El se cruzó de brazos, y a Casey le pareció, de repente, más alto de su usual metro noventa.

-Tampoco tengo tiempo para esperar -dijo con tono engreído-. Tengo mucho que hacer en el rancho. Si estás interesada en un trabajo te sugiero que busques en otro lugar.

Casey, terca por naturaleza, se resistía a rendirse. McKinnon ya había conseguido elevar su ira al punto de ebullición, y cuando vio

que volvía a su tarea de cepillado del caballo, ignorándola totalmente, se elevó mucho más.

-¿Por qué? -preguntó, tratando de controlar su ira al hablar-. Creo que me debes una explicación sobre por qué no quieres considerar contratarme -durante un buen rato, McKinnon se quedó callado, mientras Casey esperaba furiosa, pero pacientemente, a que respondiera, negándose a moverse un sólo centímetro hasta que lo hiciera.

Finalmente, tras unos momentos de tensión, McKinnon suspiró profundamente y se dio la vuelta para encarar a Casey, sintiendo que no le debía nada en absoluto. Vio las líneas de cólera que marcaban sus labios, y pensó que desde la primera vez que la vio, sus labios le habían parecido tan tentadores como la roja manzana que Eva le ofreció a Adán. Y estaba seguro de que sus labios eran igualmente deliciosos y, probablemente, más pecaminosos.

¿Acaso no se daba cuenta de la química que había entre ellos, a pesar de la cólera que ambos irradiaban? Desde el momento en que se había girado para ver a Casey de pie en medio del establo, había sentido una descarga por todo el cuerpo y una subida del nivel de testosterona. Aquella mujer era impresionante. Rebosaba sensualidad sin mucho esfuerzo y, aunque ahora fruncía el ceño, las pocas ocasiones en que la había visto sonreír, sus labios se curvaban de una forma tan tentadora que daban ganas de besar su sonrisa. Incluso ahora, sus morritos enojados resultaban excitantes. Y luego estaban sus atributos físicos. Llevaba su oscuro cabello castaño corto, con un estilo moderno que favorecía enormemente sus facciones morenas. Sus ojos, del más oscuro color chocolate, probablemente podían derretir a uno si se quedaba mirándolos el tiempo suficiente. Y su pequeña estructura corporal estaba embutida en unos vaqueros que estaban hechos precisamente para su cuerpo.

La había visto por primera vez hacía un mes en la fiesta sorpresa de cumpleaños de su prima Delaney. Cada vez que la veía, estaba más guapa, y su atracción hacia ella era mayor. Era capaz de oler bien incluso en medio de un establo lleno de ganado. Fuera cual fuera el perfume que llevaba, hacía estragos en él. Además, a pesar de que no podía ver sus piernas en ese momento, las tenía grabadas en la mente. Eran largas, bien proporcionadas y...

-¿Y bien, McKinnon?

La miró a los ojos mientras dejaba el cepillo en un cubo y se metía las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

-Bien, te daré una razón. Esto es un rancho de caballos, y busco a alguien que pueda entrenar caballos, no poneys. Corey nunca me perdonaría si te pasara algo -tembló internamente al imaginar algo así, y añadió-: Por Dios Santo, si no eres más alta que un diminuto. El caballo a entrenar es mezquino como el diablo y necesito que esté preparado para las carreras de dentro de seis semanas. Por lo que a mí respecta, no eres la persona más adecuada para el trabajo. Prince Charming es demasiado animal para ti.

-¿Y esa decisión la tomas sin darme ni siquiera la oportunidad de mostrarte lo que puedo hacer? -protestó Casey estirada y con mirada airada.

-Sí, evidentemente eso estoy haciendo.

-Entonces no eres más que un machista.

-Piensa lo que quieras, pero la conclusión sigue siendo que no te voy a contratar. Seguro que hay otros trabajos en Bozeman que podrían interesarte. Y ya que estás familiarizada con la gestión de tiendas de ropa, deberías ir a la ciudad a ver si hay alguna oportunidad en ese campo.

Casey lo miraba fijamente al tiempo que trataba de controlar la cólera que amenazaba con sofocarla. El tenía razón. Estaba perdiendo el tiempo allí.

-En ese caso, no hay nada que decir -dijo secamente, fijándose en sus impasibles facciones.

-No, no lo hay -y para demostrarlo, recuperó el cepillo y empezó a cepillar al caballo de nuevo, ignorando a Casey una vez más.

Sin decir ni una palabra más, Casey se dirigió a zancadas hacia la salida del establo.

McKinnon se quedó mirando a Casey, y soltó un profundo suspiro de frustración.

Sabía que estaba bastante molesta con él, pero de ningún modo iba a contratarla para trabajar en su rancho. La mayoría de los caballos árabes eran apacibles por naturaleza, pero el caballo que habían enviado para entrenar carecía de toda cordialidad, y no paraba de brincar con temperamento. La única explicación que se le había ocurrido a McKinnon era que alguien había maltratado al

pobre caballo en el pasado, y haría falta un entrenador cualificado para cambiarlo. Sabía que Casey había nacido y crecido en Texas, así que las probabilidades de que estuviera familiarizada con los caballos eran altas. Pero aun así, si todo salía bien y ampliaba su negocio para entrenar a más caballos, Casey tendría que tratar con sementales difíciles, y se negaba a asumir ninguna responsabilidad si algo le pasara.

Además, había otra razón por la que no podía contratarla. Hacía seis años, cuando Lynette Franklin lo dejó, decidió que ninguna mujer tendría cabida en su rancho. Tan sólo ante el recuerdo de Lynette sentía resentimiento. Pero para ser justos, no podía culparla por querer algo que él no podía darle. Y, cuando se marchó, juró que no volvería a involucrarse seriamente con ninguna mujer.

Sus pensamientos volvieron a centrarse, a regañadientes, en Casey. La atracción que sentía hacia ella era más letal de la que había sentido hacia Lynette. Casey era una mujer que, sin mucho esfuerzo, podía despertar fuertes deseos en cualquier hombre. Y para empeorar las cosas, era la hija de Corey, y la prima de Durango, lo cual quería decir que estaba fuera de alcance.

-A pesar de lo que pueda pensar, sé que hice lo correcto -murmuró, tratando de volver a concentrarse en el cepillado de Thunder, en lugar de en cómo se balanceaba el cuerpo de Casey al caminar hacia la salida del establo. Todo lo que buscaba en tina mujer era una corta y apasionada relación sin compromisos. Casey Westmoreland tenía las palabras «hogar» y«maternidad» impresas en la frente. Y ése era el tipo de mujer que trataba de evitar a toda costa. Se negaba a dejar que ninguna mujer volviera a convertirse en una amenaza a su bienestar emocional.

En cuanto sintió los rayos del sol en su rostro, Casey tomó aire para tratar de calmar a la quinceañera que llevaba dentro. No creía que existieran palabras para describir lo que sentía hacia McKinnon Quinn en esos momentos. ¡Era un hombre imposible!

Miró a su alrededor y, de mala gana, tuvo que admitir que aquel enorme rancho era simplemente precioso. La casa no era tan grande como la de su padre, pero pensaba que tenía mucha clase, y que emanaba un atractivo comparable al de su dueño. Había levantado la estructura sobre un hermoso pedazo de tierra con pintorescas vistas de las montañas que había en el fondo.

Era un soleado día de principios de mayo, y el tiempo le recordaba al de un día cualquiera en Texas. Los hombres de McKinnon estaban ocupados trabajando y, al dirigirse hacia su coche para marcharse, se fijó en varios hermosos caballos que llevaban hacia el corral. Se giró de repente, al oír unas voces, justo a tiempo para ver a un enorme y monstruoso caballo que se liberaba del control del hombre para embestirlo. Cuando el caballo se irguió sobre sus patas traseras, dispuesto a pisotear al hombre hasta matarlo, Casey contuvo la respiración y vio al hombre hacer un astuto movimiento, tirándose al suelo y haciendo rodar su cuerpo fuera de peligro. Cuando varios hombres se adelantaron corriendo para agarrar las riendas, el caballo trató de atacarlos, haciendo que salieran corriendo para protegerse. Uno de ellos fue demasiado lento, y el caballo se puso en marcha hacia él. Sin pensar en lo que estaba haciendo o en el peligro que podía correr su vida, Casey corrió hacia el animal, ondeando frenéticamente sus manos en el aire y silbando para intentar llamar su atención. Enseguida, el animal dirigió sus flameantes ojos oscuros hacia ella y, con un brusco movimiento de cabeza y un resoplido, giró su cuerpo, y ella se convirtió en su objetivo. Se le erizaron los pelos de la nuca y se puso en alerta; sin embargo, en lugar de correr para ponerse a salvo, se quedó parada.

McKinnon salió corriendo del establo en ese preciso momento. Había oído toda la conmoción y, cuando vio a Prince Charming dirigiéndose hacia Casey, quien parecía estar paralizada, sintió que el corazón le daba un vuelco.

-¡Casey, corre, maldita sea!

Cuando vio que no se movía, decidió correr hacia ella, sabiendo que con la velocidad a la que se acercaba Prince Charming no conseguiría llegar a tiempo, pero al menos moriría intentándolo. De repente, uno de sus hombres le alargó un rifle. Sabía que tenía que matar al animal antes de que se llevara la vida de Casey. En aquel momento no importaba ni una pizca que el animal al que iba a matar le iba a costar más de un millón de dólares al jeque Ari Yasir. La única preocupación de McKinnon era proteger a Casey Westmoreland. Levantó el arma para apuntar y disparar, cuando uno de sus hombres gritó:

-¡Espera! Mira eso.

McKinnon parpadeó asombrado ante lo que estaba viendo. El miedo no había paralizado a Casey. Por el contrario, había empezado a hablar con el maldito animal y, de alguna forma, se había hecho comprender. Prince Charming había parado en seco a tres metros de Casey, y ahora se acercaba hacia ella al trote y meneando la cola, como si fueran los mejores amigos. Ella tenía la mano tendida hacia él, y el caballo acercó, cauteloso, el hocico.

McKinnon bajó el rifle. Sabía que, al igual que él, todo el mundo estaba mirando, asombrado, con la respiración contenida, esperando. Entonces, una vez segura de haberse ganado la confianza del animal, Casey agarró las riendas y lo encaminó hacia un poste para amarrarlo.

-Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos no me lo creería -susurró uno de los hombres detrás de McKinnon.

-Mira eso -dijo otro de los hombres con admiración-. La muchacha ha conseguido que Prince Charming coma de su mano en lugar de que le coma la mano a ella. ¿Quién diablos es?

McKinnon le devolvió el rifle a su capataz, Norris Lane, y sacudió la cabeza. Él tampoco se lo habría creído si no lo hubiera visto.

-Es la hija de Corey Westmoreland -dijo bruscamente.

-¿La hija de Corey?

-Sí -confirmó McKinnon mientras observaba cómo Casey ataba el animal al poste y le susurraba algo al oído antes de alejarse.

McKinnon se encaminó hacia Casey con el corazón aún palpitante por el impacto que le había causado ver al caballo dirigiéndose a toda velocidad hacia Casey. ¡Dios! Se sentía como si le hubieran robado diez años de vida. Cuando la alcanzó, en lugar de detenerse, Casey lo miró con evidente irritación en los ojos, y pasó de largo. McKinnon se paró y se giró en redondo justo a tiempo para verla abrir la puerta de su coche y meterse en él. Al ver a una furiosa Casey Westmoreland alejarse con el coche, se maldijo para sus adentros.

Capítulo 2

Al día siguiente, mientras McKinnon se tomaba su taza de café sentado en la cocina antes de empezar su jornada de trabajo, Norris entró. Vio la expresión de su capataz, y supo de inmediato que no le iba a gustar lo que venía a decirle, fuera lo que fuera.

-Buenos días, Norris.

-Buenos días, McKinnon. Beckman se ha marchado. Se largó en medio de la noche, dejando una nota en su litera en la que decía que lo de ayer fue la gota que colmó el vaso. Supongo que el pequeño episodio con Prince Charming le hizo replantearse lo de quedarse hasta que encontraras un sustituto.

McKinnon susurró alguna maldición, dejando reposar su taza de café sobre la mesa. No eran noticias agradables. Gale Beckman había sido altamente recomendado por una empresa de Wyoming. Había contratado al hombre, convencido de que podía realizar el trabajo, y le había ofrecido una cuantiosa paga por entrenar a Prince Charming, una de las valiosas posesiones del jeque Yasir. Sin lugar a dudas, Prince Charming había estado inusualmente alterado el día anterior, pero no podía esperarse que todos los caballos fueran dóciles y sumisos. Por el contrario, la mayoría eran, en el mejor de los casos, poco amistosos y agresivos, y en el peor de los casos eran de fuerte temperamento y volátiles.

-¿Dónde vamos a encontrar otro entrenador a estas alturas?

La pregunta de Norris hizo que la mente de McKinnon rebobinara. Debido a su amor por los animales, había iniciado hacía unos años el negocio de cría de caballos junto con su mejor amigo, Durango Westmoreland. McKinnon se encargaba de llevar el establo mientras que Durango, aún empleado como guardabosques en Yellowstone, llevaba la contabilidad.

Cuando el jeque Jamal Ari Yasir, un príncipe de Oriente Medio casado con la prima de Durango, Delaney, les había propuesto hacía un par de meses que entrenaran a Prince Charming para las carreras de ese otoño, habían aceptado de buena gana, al pensar que incluir el entrenamiento de caballos sería una forma de ampliar su negocio de cría de caballos. Si hacían bien su trabajo, el jeque les daría más trabajo, y los recomendaría a sus amigos y socios empresarios. Pero el panorama se presentaba sombrío, ya que no habían conseguido hacer ningún progreso, y habían perdido un tiempo precioso. McKinnon se reclinó sobre el respaldo de su silla.

-Supongo que lo primero que tengo que hacer es volver a llamar a todos mis contactos -contestó finalmente, aunque la seriedad de sus contactos era dudosa, razón por la que había contratado a Beckman.

-¿Y la hija de Corey Westmoreland?

-¿Qué pasa con ella? -dijo McKinnon tenso, levantándose de la silla.

-Bueno, ya viste cómo trató a Prince Charming ayer. Consiguió que el maldito animal comiera literalmente de su mano. ¿Crees que estará interesada en el trabajo?

McKinnon decidió que no era el momento de mencionar que Casey se había interesado por el trabajo, que de hecho había sido la razón de su visita el día anterior. En su lugar dijo:

-Eso no importa. Ya conoces mis normas en lo que a las mujeres y el rancho se refiere.

Norris se quedó mirándolo durante un rato antes de sacudir la cabeza y decir:

-Ya hace cuatro años, McKinnon. ¿Cuánto tiempo necesitas para superar lo de Lynette?

-Ya lo hice -dijo con un suspiro.

Norris era de los pocos que conocía la historia completa de Lynnete. Lo acompañaba la noche que volvieron al rancho, después de pasar el día acorralando caballos salvajes en los prados del norte, para descubrir que Lynnete había hecho las maletas, dejando una nota explicando la razón.

Las secas palabras de McKinnon deberían haber advertido al sexagenario Norris de que era un tema delicado en el que McKinnon no quería entrar. Pero Norris, que prácticamente vio nacer a

McKinnon, hizo caso omiso.

-Entonces actúa en consonancia, hijo. Como si verdaderamente fuera cosa del pasado.

McKinnon susurró de nuevo alguna maldición.

-¿Realmente esperas que le pida a la hija de Corey que trabaje para mí y viva en este rancho? Ya la viste ayer. No es mucho más alta que un enano. Sí, supo tratar con Prince Charming, pero ¿y los que vengan detrás? Algunos son el doble de mezquinos. Además, necesito un entrenador en el que pueda invertir a largo plazo.

-He oído que se traslada a Montana para estar más cerca de su padre. Eso significa largo plazo.

McKinnon entornó los ojos. Estaba claro que Norris había estado indagando después de la impresionante actuación de Casey el día anterior. Bruscamente, McKinnon se volvió para mirar por la ventana.

Apenas había podido dormir esa noche al recordar la imagen de Casey paralizada mientras el caballo cargaba contra ella. Nunca antes en su vida se había sentido tan impotente. El solo pensamiento de lo que aquel caballo podría haber hecho le daba escalofríos.

-La decisión es tuya, por supuesto, pero creo que, dadas las circunstancias, te convendría contratarla -dijo Norris a sus espaldas-. El jeque espera que el maldito caballo esté listo para competir en menos de dos meses. Y creo que la hija de Corey es nuestra mejor apuesta.

McKinnon se dio la vuelta y le dedicó una dura mirada a Norris.

-Tiene que haber otra alternativa -dijo con expresión de seriedad en el rostro.

-Entonces espero que la encuentres -respondió Norris antes de salir por la puerta.

Al no encontrar ninguna otra alternativa, McKinnon se encontró camino a Corey's Mountain a lomos de su caballo esa misma tarde. La imagen de la enorme y espaciosa casa del rancho de Corey, situada en medio de un grupo de pinos, bajo el bello cielo de Montana, le traía dulces recuerdos. Recuerdos de los numerosos veranos que había pasado allí de niño con los once sobrinos de Corey. Cómo se las apañaba Corey con todos ellos era un misterio, pero aquellos veranos fueron de los mejores en la vida de

McKinnon. Sin responsabilidades, ni preocupaciones, sólo tenía que preocuparse por mantenerse alejado de las zarzamoras a las que era alérgico.

Ahora las cosas eran diferentes. Tenía muchas preocupaciones. Tenía que llevar un rancho y un negocio y, al parecer, ahora la mujer que había intentado mantener a distancia viviría en su propiedad... si aceptaba la oferta. Ésa era la cuestión. Tras el enfrentamiento del día anterior, ¿contemplaría la posibilidad de trabajar para él? Sus contactos en el sector no lo habían ayudado a encontrar a ninguna otra persona, y no le quedaba más que aceptar la derrota y hacer lo único que había querido evitar a toda costa: ofrecer a Casey Westmoreland un trabajo.

Al llegar a la casa, se bajó del caballo y lo ató a un poste antes de echar un vistazo a su alrededor, a los campos y pastizales de la propiedad de Corey. Corey's Mountain. McKinnon sacudió la cabeza con tristeza al pensar que en aquellos tiempos en los que él y los once sobrinos de Corey pasaban el tiempo en esa montaña, en algún lugar de Texas, Corey tenía tres hijos, una hija y dos hijos, de los que no sabía nada. Siendo la buena persona que era, Corey estaba tratando por todos los medios de recuperar el tiempo perdido.

Al oír un sonido que venía de la zona donde se encontraban el establo y el corral, decidió ir a mirar allí antes de subir las escaleras de la puerta principal de la casa. Nada más doblar la esquina, vio a Casey montada en un caballo, y rodeada por un grupo de hombres entre los que reconoció a su padre. Se detuvo y, apoyado en la pared de la casa, se quedó observándola, recordando la primera vez que la vio. Fue en aquel mismo lugar, cerca de donde se encontraba ahora, en la boda del primo de Casey, su buen amigo Stone Westmoreland. Coincidía, además, que también se casaba Corey, al que Casey acababa de conocer ese mismo día.

Unos minutos antes de empezar la ceremonia, mientras hablaba con Durango y sus hermanos, Jared y Spencer, vio, al mirar a su alrededor, a la mujer más guapa que jamás había visto. Ya había oído hablar de los trillizos de Corey, y había conocido a los dos hermanos, pero aquél era el primer día que veía a Casey Westmoreland. Cada hormona de su cuerpo se puso en funcionamiento y, olvidando la conversación con el resto de los hombres, se quedó observándola mientras paseaba por el jardín

hablando con su prima Delaney. Sus movimientos eran tan sensuales, refinados y elegantes, que le costaba creer que era la misma mujer montada sobre el caballo que tenía delante en ese momento.

Y entonces, como si supiera que él estaba allí de pie, observándola, Casey se volvió y sus miradas se encontraron. Vio cómo se tensaba, sintió su ira, y supo de inmediato que era probablemente la última persona a la que deseaba ver después del encuentro del día anterior, y que su trabajo no sería fácil. A pesar de ello siguió mirándola. El sol se reflejaba en su cabello dándole un brillo lustroso en contraste con la blusa celeste que llevaba. También podía ver que llevaba vaqueros, aunque los hombres que la rodeaban obstaculizaban la vista.

Como si se preguntara qué había llamado la atención de su hija, Corey echó un vistazo en la misma dirección y sonrió. Le dijo algo a Casey y se encaminó hacia él. McKinnon se despegó de la pared y fue al encuentro del hombre al que consideraba su segundo padre. Corey y el padre de McKinnon habían sido los mejores amigos desde mucho antes de que naciera McKinnon. Con sus metro noventa y ocho de estatura y fuerte musculatura, Corey era un hombre gigante con un gran corazón e intensa pasión por su tierra, familia y amigos.

-McKinnon -dijo Corey sonriente al abrazarlo-. ¿Qué te trae por aquí?

-Casey -dijo simplemente. No pudo evitar darse cuenta de que Corey no parecía sorprendido por la respuesta-. Vino a verme ayer buscando trabajo.

-Sí, me lo contó -dijo ahogando una risita.

-He venido para ofrecerle el trabajo si aún lo quiere.

-Tendrás que hablarlo con ella -dijo Corey encogiendo los hombros. Supongo que no hace falta que te diga que conseguiste sacarla de sus casillas.

McKinnon asintió. Siempre había valorado la sinceridad de Corey, incluso en ese momento.

-Ya, no hace falta que me lo digas -al mirar hacia donde había visto a Casey, oyó varios gritos, y enarcó una ceja-. ¿Qué ocurre?

-Casey está a punto de intentar montar a Vicious Glance.

-No puedes dejar que monte ese caballo -dijo mirando

enfurecido a Corey.

Corey sacudió la cabeza con una amplia sonrisa en los labios.

-Me gustaría verte tratando de convencerla de lo contrario. Ha estado aquí lo suficiente como para conocer el temperamento de ese animal, pero está decidida a conseguirlo.

-¿Y vas a dejarla? -el rostro de McKinnon reflejaba indignación y asombro.

Todo el que hubiera visitado Corey's Mountain sabía que Vicious Glance, a pesar de esa mirada de malas pulgas que le dedicaba a todo el que se acercaba a él, era un magnífico semental, pero no estaba dispuesto a que nadie lo montara. Más de uno de los hombres de Corey se había herido intentando hacer historia.

-McKinnon, Casey es una mujer adulta que ya no está en edad de escuchar lo que puede o no puede hacer. Le pedí amablemente que diera marcha atrás, pero piensa que Vicious Glance no es demasiado caballo para ella, así que estamos a punto de ver si es verdad. Ven a ver el espectáculo.

McKinnon suspiró profundamente y, por primera vez, se preguntó si Corey había perdido la cabeza. Se trataba de su hija y podía romperse el cuello si el caballo la tiraba. Pero antes de poder abrir la boca para decir algo, Corey le puso la mano sobre el hombro.

-Cálmate, no pasará nada.

McKinnon frunció el ceño, preguntándose a quién estaba intentando convencer, especialmente al ver la expresión de preocupación en el rostro del hombre.

-Espero que tengas razón -dijo McKinnon quitándose el sombrero para limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Ya estaba sudando de preocupación. ¡Por Dios!, ¿qué intentaba demostrar aquella mujer? Sin decir ni una sola palabra más, se puso de nuevo el sombrero y acompañó a Corey hasta donde estaban los demás hombres. Casey lo miró enfurecida, y a continuación apartó la mirada. Corey sacudió la cabeza y susurró a McKinnon con seriedad:

-Parece que aún está enfadada contigo.

-Sí, eso parece -replicó McKinnon. Pero en aquel momento, los sentimientos de Casey hacia él eran lo que menos le preocupaba. Al igual que los hombres que le rodeaban, contuvo la respiración al

ver el pequeño cuerpo de Casey montar el caballo, cuyos ojos estaban vendados, y tomar las riendas que le tendía uno de los mozos. El corazón le dio un vuelco cuando Casey le hizo al hombre una señal para que retirara la venda de los ojos del caballo y empezó la acción. Vicious Glance parecía haberse vuelto loco, saltando encabritado dentro del corral, tratando de librarse del ocupante no deseado que tenía sobre la espalda. A McKinnon se le cortó la respiración unas cuantas veces cuando parecía que Casey estaba en las últimas, pero aguantó, y pronto se encontró gritando palabras de aliento como los demás. Tras un tiempo razonable para que demostrara su argumento, varios de los hombres se acercaron corriendo para bajarla del caballo. Se oyeron fuertes aplausos y ovaciones, y McKinnon no pudo evitar sonreír.

-¿Quién diablos le ha enseñado cómo manejar un caballo como ése? -le preguntó a Corey incrédulo y aliviado.

-¿Has oído hablar de Sid Roberts? -dijo Corey sonriente.

-¿Qué aspirante a vaquero no lo ha hecho? -respondió McKinnon, con la imagen en mente del hombre que se había convertido en leyenda, primero como la primera estrella afroamericana de rodeo y luego como entrenador de caballos-. ¿Por qué?

-Era el hermano de la madre de Casey, el hombre con el que Carolyn fue a vivir en Texas, y que la ayudó a criar a mis hijos. Clint y Cole soñaban con formar parte algún día de la policía montada de Texas, pero por lo visto Casey quería seguir los pasos de su tío, y ser entrenadora de caballos. Tengo entendido que pasó todos sus conocimientos a Casey.

Aunque su mirada no se despegaba de Casey, McKinnon estaba pendiente de todo lo que estaba diciendo Corey. Ya habían tranquilizado a Vicious Glance, y Casey estaba junto al animal, susurrándole algo al oído y, aunque resultara algo absurdo, parecía como si el caballo entendiera todo lo que estaba diciendo.

-¿Y qué pasó? Ser propietaria de una tienda de ropa está lejos de ser entrenadora de caballos.

-Su madre la convenció para que lo dejara para ir a la universidad y sacarse un título en algo seguro y productivo.

-Así que renunció a su sueño.

-Sí, temporalmente, pero está decidida a recuperarlo -Corey miró

a McKinnon-. Para tu información, Cal Hooper pasó por aquí anoche y le ofreció un trabajo para encargarse de sus caballos.

-¿Lo aceptó? -preguntó mirando a Corey con el ceño fruncido.

-No, le dijo que lo pensaría -ahogó una risa-. Creo que le daba escalofríos.

Y con razón, pensó McKinnon. Todo el mundo sabía que, a pesar de ser un cuarentón, Cal Hooper, un ranchero de la zona, aún se consideraba un buen partido y tenía reputación de ser un mujeriego. Si los rumores eran ciertos, también era el padre de varios hijos ilegítimos en Bozeman y alrededores. La mirada de McKinnon se desvió de nuevo hacia Casey. Se dirigía hacia ellos, y podía adivinar por sus morritos que no se alegraba de su presencia. De hecho, parecía francamente molesta.

-McKinnon -saludó Casey al alcanzarlos.

-Casey. Un buen ejercicio de destreza.

-Gracias -dijo, aunque su expresión facial decía que no le importaba en lo que pensara.

-Estoy de acuerdo con McKinnon. Hiciste un magnífico trabajo ahí fuera, Casey.

La sonrisa que le dedicó a su padre sí fue genuina.

-Gracias, Corey. Vicious Glance sólo necesitaba aprender que el control lo tiene quien quiera que lo monte. Ahora ya no dará problemas.

-Bueno, tengo que hablar con Jack sobre cómo tratar con Vicious Glance a partir de ahora. Disculpadme un momento -dijo Corey antes de alejarse.

Una vez solos, McKinnon se echó el sombrero hacia atrás y miró hacia abajo, a Casey, entornando los ojos. Antes de ofrecerle el puesto de trabajo, había algo que tenía que aclarar con ella, en ese lugar y en ese momento.

-Jamás pongas pie en tierra de Quinn y hagas un truco como el de ayer. No tenías manera de saber lo que el maldito caballo iba a hacer. Te podría haber matado.

-Pero estoy viva, ¿no? -dijo cortante. Lo último que necesitaba era que aquel hombre le dijera lo que podía o no podía hacer-. No eres mi padre, McKinnon.

-Gracias a Dios.

Casey respiró profundamente y con irritación.

-Creo que ya nos hemos dicho bastante, ¿no crees? -y se dispuso a marcharse.

-¿No tienes curiosidad por saber qué hago aquí?

-En realidad, no. Suponía que venías a ver a Corey.

-Vine a verte -dijo él metiéndose las manos en los bolsillos.

-¿Y para qué venías a verme? -preguntó con los brazos en jarras y los ojos entornados.

-Para ofrecerte el trabajo por el que te interesaste ayer.

Ella se quedó mirándolo.

-Eso era ayer. No tengo ninguna intención de trabajar para un tirano machista.

-¿Tirano machista?

-Sí, creo que te define a la perfección. Ahora, si me disculpas, yo...

-La paga es buena y tendrás que alojarte en la casa de invitados en el rancho.

-No me hagas decir dónde puedes meterte la paga y la casa de invitados, McKinnon. Como he dicho, ya no estoy interesada. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

El vio cómo se alejaba moviendo las caderas a cada paso. No podía evitar admirar su coraje, pero se negaba a dejar que se saliera con la suya.

-Piensa en mi oferta, y dame una respuesta dentro de una semana.

-No hay nada que pensar, McKinnon. Lo último que quiero hacer es trabajar para ti -se dio la media vuelta, y continuó caminando.

Sus palabras le irritaban enormemente porque, en el fondo, él tampoco quería que trabajara para él. Pero la necesitaba... mejor dicho... necesitaba su habilidad con los caballos.

Capítulo 3

Mientras se metía en una bañera llena de agua jabonosa, Casey se preguntaba por qué siendo americano no entendía inglés, y cuántas veces tenía que repetir que no quería trabajar para él para dejarlo claro.

Se recostó en la bañera y cerró los ojos. El hombre era exasperante y, tal y como le había dicho, era la última persona para la que deseaba trabajar. Antes consideraría trabajar para Cal Hooper, aunque cada vez que la miraba le ponía los pelos de punta. Pero al menos podía defenderse de hombres como Cal Hooper gracias a las clases de autodefensa a las que asistió durante años gracias a la insistencia de sus hermanos. Pero en cuanto a McKinnon, se sentía tan indefensa como pez fuera del agua. Había algo descarado y asombrosamente atractivo en un hombre alto vestido con vaqueros, sobre todo cuando tenía un trasero tan bien puesto. Si a eso se añadía un rostro verdaderamente hermoso, cualquier mujer en su sano juicio estaría perdida. ¡Y por Dios Santo, ella era tan sólo de carne y hueso! Se hundió un poco más en el agua, deseando por enésima vez poder quitarse a aquel hombre de la cabeza. Después de enfurecerla con su actitud el día anterior, aparecía para ofrecerle el trabajo para el que le había dicho que no la contrataría. Pues como le había dicho, se lo podía meter por donde quisiera.

Decidida a quitárselo de la cabeza de una vez por todas, abrió los ojos y miró a su alrededor. La habitación que Abby le había dado era preciosa. Al igual que el resto de la casa, tenía un toque femenino: cortinas de seda, paredes color crema y profusa decoración. Aunque el rancho de Corey fuera una vez el exclusivo dominio de un hombre, ahora estaba claro que allí vivía una mujer,

y que esa mujer era Abby. Desde que Casey supo de su existencia, pensó que no le gustaría la mujer que había robado el corazón de su padre hasta el punto de que no había podido amar a ninguna otra mujer, incluida su madre, que había querido a Corey hasta el día de su muerte. Pero un momento cerca de Corey y Abby era más que suficiente para ver lo enamorados que estaban y, probablemente, siempre habían estado, incluso durante sus cincuenta y pico años de soltería, y los quince años de matrimonio de Abby con un hombre al que no quería.

Casey sonrió. Tenía que admitir que con el tiempo se había encariñado de la mujer de ciudad con la que se había casado su padre, que además era la madre de Madison, esposa de su primo Stone. Desde que descubrió la verdad sobre su padre, Casey se había encontrado con un montón de familiares, primos de diferentes clases sociales y profesiones, que les habían ofrecido a ella y sus hermanos su amistad y les habían abierto sus corazones.

Miró el reloj. Abby serviría la cena en media hora, y Casey sabía que la hora de la cena era importante para ella, pues le gustaba hacer las cosas de una manera formal. Por eso, en lugar de ponerse vaqueros, como solía hacer, para las cenas se ponía una falda y una blusa o un vestido.

Salió de la bañera para secarse, y sus pensamientos volvieron a McKinnon. Esperaba no volver a verlo por mucho tiempo. Estaba decidida a trabajar, sólo que no para él. Sabía que su padre y Abby querían que se quedara con ellos, pero Casey no quería abusar de su hospitalidad, y quería tener su propio hogar.

Sonrió al pensar que su padre y Abby aún eran unos recién casados, o al menos actuaban como tales. Los había pillado varias veces dándose un beso apasionado. Una parte de ella se alegraba por lo que compartían, pero a la vez era un amargo recordatorio de lo que no tenía en su propia vida. Aunque había salido con chicos mientras vivía en Texas, la mayoría no había querido aceptar su decisión de llegar al altar virgen. Tras crecer escuchando la romántica versión de su madre de la historia de amor con Corey, Casey había decidido que buscaría ese mismo tipo de amor especial y, por lo tanto, que el único hombre con el que se acostaría sería su marido. Sin embargo, tras descubrir la verdadera historia de sus padres, mantener su virginidad intacta ya no tenía tanta

importancia, simplemente no había conocido a ningún hombre que le interesara lo suficiente como para compartir su cama.

Volvió a pensar en McKinnon, y apretó los dientes. Aquel hombre resultaba tan exasperante como tentador, y en esos momentos tenía cosas mucho más importantes en las que pensar, como en encontrar un trabajo. Suspiró y decidió que después de la cena volvería a su habitación para echar un vistazo a la sección de trabajo del periódico que había recogido en la ciudad el día anterior. Ya era hora de que tomara el control de su futuro. Mudarse a Montana para estar cerca de Corey había sido el primer paso, y ahora tenía que encontrar un empleo y un lugar para vivir.

-Me alegro de que aceptaras mi ofrecimiento de quedarte esta noche, McKinnon -dijo Corey, alargando una copa de whisky escocés al joven-. Aunque seas un buen jinete, es demasiado peligroso volver por las montañas tan tarde. Habría anochecido antes de que llegaras abajo. No podría perdonarme si algo le pasara al hijo mayor de Morning Star y Martin.

McKinnon sonrió porque sabía que era verdad. Corey tenía una relación muy especial con sus padres y sus tres hermanos menores. Matthew tenía veintisiete años, Jason veinticinco y Daniel veintitrés, y los tres estaban solteros y sin intención de sentar la cabeza por el momento.

A veces le resultaba difícil creer que Martin Quinn fuera en realidad su padrastro. Estaba en su adolescencia cuando se enteró de que su padre, un criollo de ascendencia afroamericana, había muerto en un accidente de coche antes de que naciera. Su madre, Morning Star, miembro de la tribu india Pies Negros y embarazada, empezó entonces a trabajar como contable para el juez Martin Quinn. Terminó enamorándose y casándose con él antes de que naciera su hijo.

-¿Y cómo van las cosas con el negocio?

-Irían mucho mejor si pudiera conseguir que Casey viniera a trabajar para mí. Sé que ayer metí la pata, pero había una razón. Sabes lo que pienso sobre que otra mujer viva en el rancho.

Corey asintió. Sí, lo sabía, pero no estaban hablando de cualquier mujer, sino de su hija. No había nacido ayer, y era perfectamente consciente de las chispas que saltaban cada vez que McKinnon y Casey estaban cerca el uno del otro. Hasta ahora

habían mantenido las distancias, pero las cosas no serían tan fáciles en Montana, especialmente puesto que Corey y los padres de McKinnon eran íntimos amigos.

-¿Y cómo vas a convencerla?

Cuando se trataba del arte de la persuasión, McKinnon era el hijo, biológico o no, de Martin Quinn, y Martin no habría subido en el escalafón pasando de abogado a juez si no fuera por su naturaleza persuasiva. Corey sonrió. La pobre Morning Star no sabía con quién trataba cuando se dejó convencer para aceptar un matrimonio de conveniencia que acabaría siendo todo menos eso.

-Aún no lo sé, pero no me rendiré. Le prometí a Jamal que el caballo estaría listo para el otoño, y pretendo cumplir.

-Odio interrumpir una conversación tan importante, pero la cena está lista -dijo la bella Abby Winters Westmoreland asomándose sonriente por la puerta-. Casey bajará en un minuto.

-Iremos en un segundo, cariño -dijo Corey devolviendo la sonrisa a la mujer que amaba con locura, y que siempre había amado.

McKinnon observó el cariñoso intercambio de palabras entre Corey y Abby, muy parecido a lo que siempre había visto entre sus padres. Desde luego, existían personas que tenían la suerte de encontrar a su media naranja y la fortuna de pasar juntos el resto de sus vidas, borrachos de dicha. Hacía ya tiempo que él había aceptado que no sería uno de los agraciados. No habría ninguna mujer permanente en su futuro.

Casey se apresuró escaleras abajo, consciente de que llegaba unos minutos tarde para cenar. Uno de sus hermanos había llamado para ver qué tal estaba. Incluso desde Texas, Clint y Cole trataban de vigilar a su hermana. Sonrió al pensar que se había acostumbrado a ello y que, aunque jamás lo reconocería delante de ellos, le gustaba sentir que se preocupaban por su bienestar. Al ser trillizos, estaban muy unidos, y al ser ella la menor, Clint y Cole pensaban que era su responsabilidad protegerla.

Al entrar en el comedor se quedó clavada en el suelo al ver a McKinnon sentado a la mesa. Trató de disimular su desagrado cuando su padre y él se levantaron de sus sillas educadamente.

-McKinnon, me sorprende que aún sigas aquí -dijo tratando de disimular el tono cortante de su voz. Sabía que la sonrisa que él le dedicó estaba destinada a enfurecerla, pero antes de que pudiera

responder, su padre ofreció una explicación.

-Habría sido peligroso volver por la montaña tan tarde, así que lo invité a pasar la noche -dijo Corey al sentarse una vez Casey tomó asiento.

-Oh -no quería ni pensar en la idea de McKinnon durmiendo bajo el mismo techo, así que, tan pronto se bendijo la mesa, trató de concentrarse en otra cosa-. Todo tiene un aspecto delicioso, Abby.

-Gracias, Casey -dijo sonriendo. A continuación se dirigió a todos los comensales-. Stone y Madison han llamado hoy. Están firmando libros en Canadá, y me mandaron saludos para todos. Esperan poder pasarse por aquí en unas semanas.

-Sería maravilloso -dijo Casey de corazón.

En su generación, sólo habían nacido dos mujeres en la familia Westmoreland: ella y Delaney. Delaney vivía en el extranjero con su jeque, pero cada vez que iba a Estados Unidos llamaba a Casey. El año pasado incluso viajó a Beaumont para visitarla. Pero ahora que estaba embarazada, había reducido la frecuencia de sus viajes. Luego estaban las esposas de sus primos: Shelly, Tara, Dana, Jessica y Savannah, que eran todo lo amables que se puede ser. Y por último estaba Madison, quien afirmaba que era su hermanastra, en lugar de su prima política.

Decidida a ignorar a McKinnon todo lo posible, entabló conversación con Abby, que estaba sentada junto a ella, sobre lo último en moda y los últimos cotilleos de Hollywood. Pero por mucho que intentara no prestar atención a la conversación de su padre y McKinnon, Casey no podía evitar escuchar su discusión sobre la mejor manera de entrenar a un caballo. No podía creer algunas de las sugerencias que salían de McKinnon. Su reciente negocio sería todo un fracaso si llevaba a cabo cualquiera de ellas.

-Sería mejor que te centraras en la cría de caballos en lugar de en su entrenamiento, McKinnon -no pudo evitar intervenir-. Cualquiera con verdaderos conocimientos de entrenamiento equino, que esté al tanto de los métodos más actuales, sabría que aplicar la correa ya no es aceptable.

-¿Ah sí? -dijo McKinnon enarcando una ceja, como quitándole importancia al comentario.

-Sí, así es. Puede que intimidación y sufrimiento fueran los métodos empleados hace años, pero las cosas han cambiado mucho.

Los entrenadores usan métodos más suaves y benévolos para comunicarse con los caballos -afirmó con seguridad-. Es una pena que algunos propietarios sigan bajo la impresión de que técnicas como reprender al caballo atándolo a un poste o hacer que corra en círculos absurdos hasta el agotamiento sean las apropiadas y que siguen en uso.

-¿Y si tuvieras un animal tan poco dócil como Prince Charming? ¿O una manada de caballos salvajes? ¿Qué harías entonces?

-Lo mismo. Sin embargo, en el caso de Prince Charming, diría que fue maltratado, y bastante recientemente supongo. Pero afortunadamente, en algún momento debió de tener un entrenador amable, y cuando empecé a hablar con él para tranquilizarlo, recordó esos días más agradables. Por eso no me hizo daño. Estoy en contra de usar la mano dura con los caballos.

-Valoro tu opinión, Casey, pero tengo que discrepar. Aunque estoy en contra del maltrato y crueldad con los caballos, creo que la forma tradicional de hacer las cosas es mucho mejor. Y tienes razón, tuviste suerte con Prince Charming ayer, pero dudo que esa técnica resulte adecuada para todos los caballos. Será imposible preparar a Prince Charming para las carreras del otoño sin usar estrictos métodos disciplinarios.

-No estoy de acuerdo.

-Tienes derecho a discrepar, Casey -dijo mirándola a los ojos-. Pero esto es Montana, no Texas. Aquí hacemos las cosas de manera diferente.

-Pero un caballo es un caballo y ¿por qué habría de hacer las cosas de manera diferente si los resultados podrían ser los mismos? -preguntó tomando un trago de su limonada. Estaba haciendo un gran esfuerzo por ser amable, pero McKinnon lo estaba poniendo bastante difícil con su cabezonería-. Me disgustan los entrenadores que sólo se interesan por obtener una rápida recompensa, en lugar de interesarse por el caballo, cuando todo lo que hace falta es cariño y amabilidad. Con el tiempo, el caballo estará ansioso por recompensar a su dueño.

-Haces que parezca que el caballo es casi un ser humano, Casey.

-No, no es eso lo que estoy diciendo, sino que cuando se trata de caballos tiene que haber una base de confianza sobre la que poder construir. Sin ella, el entrenamiento de caballos como Prince

Charming, sobre todo para ganar una carrera, será inútil, por no decir imposible.

McKinnon estaba básicamente de acuerdo con todo lo que decía, pero no quería que ella lo supiera. Seguiría haciendo de abogado del diablo hasta conseguir lo que quería.

-Creo que te equivocas en eso, Casey.

-Y yo creo que eres demasiado estrecho de miras para darte cuenta de que tengo razón.

-Te reto a que demuestres que me equivoco -dijo sin dejar de mirarla a los ojos y levantando una ceja desafiante.

-Hecho -respondió ella sin pensar.

-Bien. Y puesto que estás tan interesada en la idea de aplicar las nuevas técnicas, te pagaré cincuenta mil dólares por tus esfuerzos. Tienes ocho semanas, y tendrás que quedarte en mi rancho, en la casa de invitados.

Casey parpadeó. ¿De qué estaba hablando? Y se lo preguntó.

-Acabas de aceptar el reto de demostrarme que me equivoco con Prince Charming -dijo sonriendo-. Pero si no estás segura de tus habilidades, entenderé que te eches atrás.

-Sé lo que soy capaz de hacer, McKinnon -dijo con una mirada feroz.

-Ya, pero no quiero ponerte en apuros. Lo entendería si decidieras que no puedes con ello.

-Cuando se trata de un caballo, McKinnon, puedo con todo -dijo mirándolo con más intensidad todavía.

-Tienes ocho semanas para demostrarlo -replicó encogiendo los hombros.

Casey miró a su padre y a Abby, que habían estado callados durante toda la conversación entre ella y McKinnon, y ahora la miraban con atención. Ya no podía echarse atrás, aunque sintiera que McKinnon le había tendido una trampa deliberadamente. Volvió a mirar a McKinnon.

-Bien, te demostraré lo que puedo hacer, McKinnon. Espero que estés preparado.

McKinnon se apoyó en el respaldo de la silla, y decidió no decirle a Casey que jamás estaría preparado para ella, aunque viviera hasta los ciento un años.

Capítulo 4

El coche azul oscuro llamó la atención de McKinnon en el momento en que entró en el jardín. Él salía de los establos en ese momento y se detuvo unos segundos para contemplar a la mujer que había tras el volante. Casey había dicho que llegaría en dos días, y había cumplido su palabra.

Aún tenía sentimientos encontrados respecto a su presencia en el rancho, pero tenía un negocio, y contratarla tenía sentido en ese contexto. Tan sólo tendría que mantener el sentido común y las distancias. Al menos viviría en la casa de invitados, no bajo el mismo techo, pensó al ver esas hermosas piernas suyas fuera del coche. Aspiró una profunda bocanada de aire.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no era el único que había notado su llegada... y sus piernas. Sus hombres habían parado de hacer lo que estaban haciendo para mirar, especialmente cuando Casey agarró la bolsa de viaje que había en el asiento trasero. Llevaba una blusa verde menta que resaltaba unos perfectos senos firmes, y una falda que marcaba la cintura y revoloteaba alrededor de unas piernas maravillosas. Cuando abrió el maletero, su equipaje dejó claro a todo el que estaba mirando que se instalaba en el rancho. La mayoría de los hombres de McKinnon conocían su vieja norma de que no había lugar para una mujer en su rancho. Sabía que también estaban mirando por otra razón. La última vez que la habían visto en el rancho se había ganado su respeto con el modo en que había tratado con Prince Charming. Según ellos, había salvado a Edward Price de ser pisoteado hasta la muerte, poniendo su vida en peligro.

McKinnon sacudió la cabeza al ver a todos los hombres que trabajaban para él corriendo atropelladamente hacia el coche para

ayudar a Casey con su equipaje. En ese momento supo que tendría que tener una seria charla con sus hombres para hacerles entender que, al igual que ellos, Casey había sido contratada para hacer un trabajo, y que ésa era la única razón por la que estaba allí. Cuando vio que Jed Wilson y Evan Duvall estaban a punto de atropellarse en su intento por ofrecer a Casey su ayuda, McKinnon decidió intervenir.

-Está bien, chicos, podéis volver al trabajo, yo ayudaré a Casey con sus cosas.

Vio la mirada de desilusión en sus rostros cuando se dieron media vuelta cumpliendo sus órdenes y dejándolo solo con Casey. La miró a los ojos.

-Casey -podía ver en su expresión que no era ése el lugar en el que deseaba estar.

-McKinnon. Si fueras tan amable de mostrarme dónde voy a dormir en las próximas semanas, lo agradecería -había conseguido calmar su enfado hasta cierto punto, pero no del todo. Aún estaba algo molesta.

-Sígueme. Volveré a por tu equipaje. La casa de invitados está en la parte trasera.

Mientras caminaban, Casey, que ya había visto antes el rancho, pensó que estaba situado en un hermoso trozo de tierra bajo el cálido cielo de Montana. Era otro bonito día, y el tiempo le recordaba a Texas. Suspiró profundamente. Ya estaba echando de menos su hogar.

-¿Estás bien?

-Sí, estoy bien -dijo deseando que sus ojos no fueran tan intensos y seductores-. Llevo en Montana poco más de una semana, y ya estoy echando de menos Texas.

-Está haciendo más calor de lo normal para esta época del año -dijo secamente, con la mirada hacia delante-. Eso significa que tendremos un invierno más frío de lo normal.

-No aguanto el frío muy bien -comentó estremeciéndose.

-Si quieres quedarte por aquí, te aconsejo que te acostumbres si no quieres estar tiritando todo el rato. Montana es conocida tanto por su belleza natural como por sus fríos inviernos.

Cuando llegaron a lo que suponía era la casa de invitados, se apartó para que abriera la puerta. El hizo un ademán para que

entrara, y la siguió. Casey se relajó un poco cuando él fue al otro lado de la habitación, y aprovechó para mirar a su alrededor. El lugar era precioso. Para ser una casa de invitados, era enorme. El salón estaba decorado con colores tierra, los muebles artesanales eran de una preciosa madera oscura, y la enorme ventana con vistas a las montañas le daba a la habitación un aspecto reconfortante.

-El dormitorio y el baño están ahí, puedes echarles un vistazo mientras traigo tus maletas.

-De acuerdo -dijo volviéndose hacia donde había oído la voz de McKinnon.

-No hay cocina ya que la mayoría de las comidas se hacen en la casa principal, pero no hay ningún problema si prefieres comer aquí. Simplemente díselo a Henrietta.

-¿Henrietta?

-Sí, mi cocinera y ama de llaves.

-¿Vive en el rancho?

-No -dijo McKinnon enseguida, como si algo así fuera impensable-. Henrietta y su marido Lewis viven a pocos kilómetros, no muy lejos de la casa de mis padres. Viene todas las mañanas a eso de las seis, y se va por las tardes a la misma hora más o menos. Volveré en un segundo con tu equipaje.

Se marchó, y Casey se sintió aliviada por un rato. Todo en McKinnon irradiaba sensualidad, pero estaba decidida a suprimir cualquier sensación que provocara en ella y el deseo que solía despertar siempre que estaba a unos pasos. Estaba allí para hacer un trabajo, nada más, así que, decidida, se acercó a la ventana para mirar a las montañas y olvidarse de sus emociones.

Tal y como sugirió McKinnon, Casey se dedicó a explorar el lugar mientras él iba a por su equipaje. Cuando volvió y vio a Casey de pie junto a la enorme cama de roble, su pulso empezó a acelerarse. La imagen de una mujer de pie junto a una cama siempre resultaba perturbadora para un hombre. Casey se giró al oírlo entrar en la habitación, y sintió la tensión sexual que los rodeaba. Eso no era nada bueno. Enfadado consigo mismo por su incapacidad de controlar sus emociones como solía hacer con las mujeres, puso su equipaje sobre la cama.

-Te dejaré sola para que deshagas las maletas -dijo ásperamente-. Como oficialmente no empiezas a trabajar hasta

mañana, puedes aprovechar el día para acomodarte.

-Lo haré, y gracias por traer mis cosas.

-No hay nada que agradecer -dijo mirando su reloj. Levantó la mirada hacia ella otra vez-. Conociendo a Henrietta, seguro que se pasará en algún momento del día para saludar.

-Estaré encantada de recibirla.

McKinnon deseó poder mantener la concentración en lo que Casey estaba diciendo en lugar de en sus llamativas facciones. Sus ojos, sus labios, su melena con el corte perfecto para su cara.

-¿Algo más, McKinnon?

Como si despertara de su trance, se dio cuenta de que lo había pillado mirándola ensimismado.

-No, nada más. Te veré a la hora de la cena.

-No, no me verás.

-¿Cómo?

-He dicho que no me verás a la hora de la cena. Estoy invitada a cenar fuera.

Tal información no hizo más que aumentar su irritación. Intentó no preguntarse con quién iba a cenar.

¿Cal Hooper? ¿Alguien a quien había conocido desde que llegó a Montana? Pero ¿qué más le daba? Y sobre todo, ¿por qué le molestaba la idea?

-De acuerdo. Que disfrutes tu cena -se dio la media vuelta y se marchó.

-¿McKinnon?

Se giró. Por alguna razón se sentía molesto, fastidiado, impulsivo, como con ganas de golpear algo o romperle los huesos a alguien, a quien quiera que se encontrara después.

-¡Qué! -respondió bruscamente.

Por la expresión de su rostro podía ver que el tono de su respuesta no le había gustado nada.

-Tengo la impresión de que no quieres que esté aquí, pero que estás dispuesto a ignorar esos sentimientos de rechazo para hacer uso de mi talento -dijo con las manos sobre las caderas y mirándolo fijamente a los ojos-. No importa porque, francamente, yo tampoco quiero estar aquí.

-¿Entonces por qué estás aquí? -le dijo cruzándose de brazos.

-Para demostrar que no todas las mujeres somos incompetentes

en lo que se refiere a caballos.

-Yo nunca he dicho que lo fueran -dijo frunciendo el ceño un poco más.

-No hacía falta que lo dijeras. Demostraste lo que piensas cuando decidiste no contratarme el primer día.

Lo que estaba diciendo Casey distaba mucho de la realidad, pero McKinnon no podía decirle la verdad. La razón por la que no la había contratado el primer día no tenía nada que ver con lo que pensaba sobre sus habilidades como entrenadora de caballos, sino con lo que pensaba sobre sus habilidades como mujer. Una mujer muy deseable.

-Te equivocas, Casey. Tengo un gran respeto por las mujeres que trabajan con caballos. De hecho, el mejor jinete que conozco es una mujer. Y la tengo en muy alta estima.

-¿Y quién es esa mujer?

-Mi madre, Morning Star Long-Lance McKinnon Martin -dijo antes de darse media vuelta y salir de la habitación.

-¡Qué lindeza!

Casey se giró, y se encontró con la cara sonriente de una mujer mayor.

-Gracias -dijo devolviéndole la sonrisa-. Debes de ser Henrietta.

-Sí, ésa soy yo -dijo con una carcajada que resonó por toda la habitación-. Y tú eres sin duda alguna la hija de Corey Westmoreland. Eres igualita a él, sólo que mucho más guapa.

-Gracias.

-McKinnon me dio órdenes estrictas de no molestarte hasta que te hubieras instalado. Pensé que esto alegraría el lugar -dijo alargando a Casey un ramo de flores frescas recién cortadas.

-¡Gracias, son preciosas! -dijo Casey radiante.

-De nada. Las he cultivado yo misma. Tengo un jardín de flores en el rancho, al otro lado de la casa. Amenazarme con acribillar mi jardín es la forma que tiene McKinnon para asegurarse mi fidelidad -dijo ahogando una carcajada-. Pero no me asusta para nada.

-¿No?

-En absoluto. Llevo con ese chico desde el día en que nació. Fui su primera y única niñera, de modo que sé cómo tratar con él.

Casey se preguntaba cómo había sido McKinnon de niño, pero decidió no preguntar.

-Y ¿aún estás con él? -preguntó mientras encontraba el lugar perfecto para las flores en la mesa del salón.

-Sí, porque me necesita. Si no me asegurara de que tuviera una comida casera sobre la mesa de vez en cuando, se moriría de hambre. Y hablando de comidas caseras, tengo entendido que no tendré la oportunidad de prepararte una especial esta noche.

Casey sonrió, pensando que ya le gustaba aquella mujer grande y robusta.

-Lo siento, pero estoy invitada para cenar en casa de mi primo.

-Me imagino que hablas de Durango. En ese caso lo entiendo. El hecho de que el chico esté ya casado y con un bebé en camino aún me hace sonreír. Eso demuestra que existen los milagros incluso para un soltero devoto cuando aparece la mujer adecuada.

Casey esperaba que no estuviera insinuando la posibilidad de que ella y McKinnon salieran juntos, porque eso no ocurriría. El chico era demasiado reservado, inflexible y resignado para su gusto.

-Sí, me alegro mucho por Durango y Savannah. Son muy felices juntos -comentó, esperando que Henriette no siguiera con el tema.

-Bueno, supongo que tu decisión de cenar fuera es la razón por la que McKinnon me dijo que no hacía falta que cocinara, y ha hecho planes para salir, supongo que al centro.

-Supongo que quiere decir que tienes la tarde libre.

-Sí. Me iré en un par de horas, salvo que pueda hacer algo por ti. Intenté arreglar este lugar lo mejor posible.

-Y lo has hecho maravillosamente bien, Henrietta. Es precioso, y sé que me voy a sentir como en casa el tiempo que pase aquí.

-Eso es lo que McKinnon desea.

Casey lo dudaba, pero decidió no decir nada al respecto. Sin embargo, había un par de cosas que aquella mujer podía decirle, cosas que prefería no preguntarle a McKinnon. Cuanto menos lo viera, mejor. Le convendría saber a qué hora empezaban las tareas en el rancho por la mañana. Lo último que deseaba era quedarse dormida cuando todos los demás estaban despiertos y trabajando. Los empleados de su padre empezaban a trabajar a las cuatro de la mañana.

-¿Te gustaría tomar un café conmigo? Tengo algunas preguntas sobre las costumbres de trabajo en el rancho, y preferiría no molestar a McKinnon con esas preguntas.

-Te contaré encantada todo lo que necesites saber. ¿Eso de ahí es una cafetera?

-Sí, aunque no hay cocina donde ponerlo. Como lo único que necesito es un enchufe, la he puesto en la mesa del pasillo. Podemos sentarnos en el sofá del salón. Me encantan las vistas desde ahí.

-Son magníficas, ¿no? -dijo Henrietta mirando hacia la ventana-. Lo único malo en esta casa es que no tiene una cocina. Se lo dije a McKinnon cuando la estaba construyendo, pero dijo que no hacía falta puesto que se trataba de una casa de invitados, no una pensión. Está a pocos metros de la casa principal, de modo que quien tenga hambre puede ir a comer.

Casey asintió, sin sorprenderse de que McKinnon viera las cosas de ese modo dada su cabezonería e intransigencia.

-Toma asiento en el sofá y te traigo el café.

Al darse la vuelta para salir de la habitación, tuvo el presentimiento de que Henriette sería una de las razones por las que su tiempo en el rancho de McKinnon sería agradable después de todo.

McKinnon detuvo su furgoneta nada más entrar en el jardín de la propiedad de Durango, y reconoció el coche azul oscuro de inmediato. Al parecer, Savannah también había invitado a Casey a cenar esa noche. Se acabó el misterio de con quién cenaba Casey. McKinnon se preguntó si los recién casados no estarían intentando hacer de celestinos. Por una parte, le resultaba difícil creer que Durango fuera a hacer algo así. Después de todo, su mejor amigo conocía la razón por la que jamás podría considerar la idea de casarse. Sin embargo, era posible que Durango no hubiera compartido la historia médica de McKinnon con Savannah. Savannah Claiborne Westmoreland, a quien consideraba como una hermana desde que se casara con Durango, probablemente pensaba que necesitaba una mujer en su vida. La gente, una vez casada, tendía a pensar que todos a su alrededor deberían casarse también.

Salió del vehículo sabiendo que iba a ser enormemente difícil estar cerca de Casey esa noche. Tendría que haber rechazado la invitación de Savannah cuando lo llamó, y haber seguido con sus planes de ir al centro, cenar en uno de los restaurantes, y buscar un poco de compañía femenina. Hacía ya más de seis meses que no había estado con una mujer. El rancho lo mantenía demasiado

ocupado para buscar una compañera de cama. Estaba convencido de que ésa era la razón por la que encontraba a Casey tan deseable, pero pronto reconoció que no era cierto, que siempre la había encontrado deseable.

En cuanto su mejor amigo abrió la puerta, McKinnon dijo:

-¿Acaso te ha convencido tu esposa de que hagas de celestino, Rango?

Durango sacudió a cabeza con una amplia sonrisa.

-Me conoces mejor que eso. De hecho, no sabía que venías hasta hace un par de horas. Pero no debería sorprenderme. Savannah ha decidido que necesitas a alguien especial.

-Ya tengo a alguien especial. Se llama Thunder -dijo refiriéndose a su caballo.

Durango soltó una risita.

-Me temo que un caballo no haría muy buen trabajo en la cama por las noches.

-No necesito una mujer en mi cama cada noche -sus facciones se ensombrecieron al decirlo-. Supongo que no le has dicho a Savannah que no puedo tener una mujer especial en mi vida por mucho que quiera.

Durango miró a McKinnon a los ojos.

-No, ése es tu secreto, y tú decides si quieres compartirlo, no yo.

-Gracias.

-No tienes nada que agradecerme, ya lo sabes.

McKinnon asintió. Lo sabía. Durango y él habían sido los mejores amigos desde ese chapucero trabajo que hicieron para convertirse en hermanos de sangre a los diez años. Un incidente que casi acaba con McKinnon en urgencias debido a la profundidad del corte de cuchillo en su mano.

-Pero ya sabes lo que pienso sobre el asunto, McKinnon. Siempre puedes considerar...

-No, Rango. Tomé mi decisión al respecto hace ya mucho tiempo.

-Hey, pensaba haber oído algo en la puerta -dijo Savannah Westmoreland entrando en la habitación de forma tan grácil como pudo teniendo en cuenta que daría a luz a un enorme bebé en cuatro meses. En principio los doctores pensaron que iba a tener gemelos, pero una reciente ecografía mostraba un grande y

revoltoso bebé, una niña. Cruzó la habitación con rapidez y le dio un beso en la mejilla a McKinnon.

-Estás tan guapo como siempre -dijo sonriendo.

McKinnon levantó una ceja. Estaba en parte agradecido por la interrupción de Savannah. El asunto de su historial médico era algo sobre lo que no podía ponerse de acuerdo con Durango.

-Me parece que me estás haciendo la pelota por algo -dijo estudiando sus facciones en busca de algún signo de culpabilidad.

-¿Y por qué iba a hacer eso? -dijo riendo.

-Eso es lo que me gustaría saber... y no te atrevas a lanzarme esa mirada.

-No te estoy lanzando ninguna mirada, así que deja de ser tan receloso -dijo sonriente y, a continuación, añadió-: Se me olvidó mencionar que también invité a Casey a cenar esta noche. Está en el despacho de Durango hablando por teléfono. Acaba de llamar Tara. Le hacen la primera ecografía en unas semanas, y Thorm y ella están muy ilusionados. McKinnon sacudió la cabeza.

-¿Qué va a hacer tu familia con todos estos bebés en camino, Rango?

-Hacer sitio para más -dijo riendo-. Hablé con Stone anoche, y Madison y él van a pasar por aquí de camino a Canadá. Tengo la sensación de que su visita se debe a algo importante.

McKinnon estaba a punto de abrir la boca para decir algo cuando Casey entró en la habitación. Por la expresión de su rostro, parecía sorprendida de verlo, lo cual quería decir que no sabía que lo habían invitado a la cena. Se había cambiado de ropa, y llevaba otra falda y otra blusa, tan encantadoras como las de antes.

-McKinnon.

-Casey -dijo tenso, devolviendo el saludo.

-Bueno, chicos -dijo una sonriente Savannah, mirando primero a McKinnon y después otra vez a Casey, e ignorando el ceño fruncido de su esposo-. Espero que estéis todos hambrientos porque he preparado un festín.

Capítulo 5

McKinnon se fue nada más terminar de cenar. No era muy buena idea pasar demasiado tiempo cerca de Casey. Durante toda la cena había estado mirándola, estudiando sus labios y su cuerpo cada vez que se levantaba, e imaginando las mil y una cosas que podía hacer con ellos. Y cada vez que sus miradas se encontraban sentía un escalofrío. Así que pasó del postre, le dio las gracias a Savannah por la maravillosa cena, y le dijo a Durango que lo llamaría a lo largo de la semana. Hizo un gesto con la cabeza para despedirse de Casey, y se fue, intentando llegar a su casa en tiempo récord. Sentir un intenso deseo sexual por una mujer que no se podía tener parecía hacer que un hombre quisiera quemar los neumáticos de su coche. Afortunadamente no se encontró con ninguno de los ayudantes del sheriff Richard en la carretera.

Nada más entrar en la casa, McKinnon se dirigió a la cocina a por una cerveza. Media hora más tarde, después de tomarse la cerveza y darse una ducha de agua fría, se metió bajo las blancas sábanas de su cama con la intención de dormir pero, antes de cerrar los ojos, su mente retrocedió en el tiempo, recordando la razón por la que estaba en la cama solo.

Compró esa propiedad cuando tenía veinticinco años, sabiendo que viviría solo en la casa del rancho. Supo que sería uno de esos hombres que mueren solos cuando se enteró de la rara enfermedad de la sangre que había heredado de su padre, por la que se negaba a correr el riesgo de tener esposa y niños. Pero cuando conoció a Lynette, se enamoró de ella, y pensó que ella también lo quería lo suficiente como para pedirle por primera vez a una mujer que se mudara a su casa y revelarle su historial médico. Tenía la intención de pedirle que se casara con él si lo aceptaba como era. Pero tan

pronto se lo dijo, en menos de cuarenta y ocho horas se había marchado. Dejó una nota en la que simplemente decía que no podía casarse con un hombre que iba a privarla de la oportunidad de ser madre. Un año más tarde, recibió otra carta en la que se disculpaba por lo que había hecho, y le decía que había conocido a alguien, que se había casado, y que estaba embarazada.

Se quitó las sábanas de encima maldiciendo entre dientes, salió de la cama y se puso los vaqueros. Era en noches como ésa cuando necesitaba escapar y sacar su lado salvaje. Sabía que su amigo Thunder lo entendería. Aquel caballo era más inteligente que cualquier otro animal. Cuando lo montaba, volaban con el viento de una forma que no podía con su Ford Explorer. Al menos no dentro de la ley. Y aquella noche necesitaba sentir la velocidad. Necesitaba quitarse de la cabeza a la mujer de la que tenía que mantenerse alejado, dejar de imaginar cómo sería tenerla en sus brazos. Casey Westmoreland tenía un efecto en él que se había jurado que ninguna mujer podría volver a tener.

Casey se quedó de pie junto a la ventana de su dormitorio mirando las montañas iluminadas por la luz de la luna. El recuerdo de McKinnon al otro lado de la mesa aquella velada y de sus propios esfuerzos por concentrarse en la comida más que en él lo hizo temblar. Y cuando estaba ayudando a Savannah a recoger la mesa y rozó la mano de McKinnon al quitarle el plato de la mano, sintió una ola de calor desde la punta de los pies hasta la cabeza. Varias veces lo había pillado mirándola como si fuera el postre que iba a tener después de la cena. Sólo pensar en esa profunda mirada de deseo en sus ojos hacía que algo ardiera en su interior, y no había nada que pudiera hacer para sofocarlo.

Había intentado dormir, pero sus pensamientos, las imágenes mentales de McKinnon, no se lo habían permitido. ¿Cómo iba a concentrarse en el entrenamiento de Prince Charming cuando tenía otras cosas en la cabeza? Consciente de que volver a la cama era inútil, decidió ponerse un batín y salir a dar un paseo. Había un pequeño jardín que conectaba la casa de invitados con la casa principal, rodeado de las flores que Henrietta había plantado. Era una noche agradable, y tenía ganas de pasar un rato bajo el cielo de Montana oliendo las flores.

Llevaba más de quince minutos en el jardín, y estaba a punto de

volver a la casa, cuando oyó un ruido. Le dio un vuelco el corazón y se quedó sin respiración. Parpadeó. No sabía si lo que estaba viendo a unos tres metros de distancia era a McKinnon montado sobre su caballo sin ensillar, mirándola, u otra cosa. Parpadeó de nuevo al ver cómo se apeaba lentamente de Thunder, y se dio cuenta de que no era una alucinación. Sacudió la cabeza como intentando aclarársela, y sintió cómo se le aceleraba la respiración según él se iba acercando. La luna proyectaba suficiente luz sobre McKinnon y sus atractivas facciones. Llevaba vaqueros y el torso desnudo, y su melena caía de forma salvaje sobre sus hombros. Tenía un cuerpo sólido y musculoso y, por un momento, se le cortó la respiración porque le recordaba a una bestia salvaje. Pero sabía que el hombre que se dirigía hacia ella, aunque reservado, no representaba ninguna amenaza. Al menos no físicamente. Emocionalmente era otra cosa.

-¿Qué haces aquí fuera? -preguntó él con voz profunda y ronca cuando se detuvo frente a ella.

-No podía dormir, y decidí salir un rato -dijo ella llevándose las manos automáticamente al cinturón del batín para apretarlo, consciente de que las escasas ropas que llevaban no ofrecían ninguna protección ante el ardor que veía en los ojos de McKinnon a la luz de la luna.

-Deberías volver adentro.

-Estaba a punto de hacerlo. ¿Qué haces tú despierto todavía?

-Tampoco podía dormir, así que decidí montar a Thunder.

-Oh -suspiró profundamente-. Bueno, será mejor que vuelva. Buenas...

-Sé por qué no podemos dormir ninguno de los dos -dijo él acercándose un paso más a ella.

-¿Sí? -dijo Casey mirándole a los ojos.

-Sí. Necesitamos esto -entonces la abrazó, inclinó la cabeza y atrapó sus labios entre los suyos. Puso las manos sobre sus caderas, atrayéndola hacia su cuerpo y, sin perder el tiempo, le buscó la lengua con la suya y, al oír su grito de asombro, supo que... a los treinta años de edad, todavía nadie le había dado un beso como Dios manda a Casey Westmoreland. Apretó con los dedos su cintura, profundizando en el beso, saboreando algo que ningún otro hombre parecía haber saboreado antes. Lo recorrió una ola de deseo sexual.

En aquel momento, nada importaba más que tener a Casey en sus brazos, besarla, devorarla de aquella forma.

Una parte de su cerebro le decía que debía parar, pero otra le decía que debía continuar lo que había empezado puesto que sería la última oportunidad de hacerlo. El día siguiente, Casey empezaría a trabajar para él, por lo que tendría que ser sensato. No iba a involucrarse emocionalmente con una de sus empleadas, especialmente ésa. ¡Era una Westmoreland, por Dios Santo! Pero esa noche deseaba tanta insensatez como fuera posible.

Un suspiro se escapó entre los labios de Casey y él continuó acariciando, lamiendo, chupando y mordisqueando sus labios, compartiendo su aliento y sabor. Todo ello realizando una de las cosas más eróticas que jamás había hecho con los labios de una mujer.

No tenía ninguna intención de finalizar. Por el contrario, deseaba ir más allá. Deseaba recorrer el camino desde sus labios hasta debajo del cuello, abrir su batín, quitarle el camisón, y capturar entre sus labios los pezones que se adivinaban a través de la ropa.

Deslizó una mano por debajo del batín hasta llegar a sus pechos. Incluso a través del encaje del camisón podía adivinar un cuerpo perfectamente moldeado. Cada parte de su cuerpo se endureció. Ante el profundo deseo de besar sus pechos, aflojó la parte delantera del batín y, antes de que ella pudiera decir una sola palabra, dejó sus labios para inclinarse a chupar y lamer uno de sus pezones. Oyó gemido tras gemido, y sintió cómo la espalda de Casey se curvaba, permitiendo mejor accesibilidad a sus senos. Por los sonidos que emitía sabía que Casey estaba en otro mundo, disfrutando de las caricias de sus labios sobre su piel. Se preguntaba cómo se sentiría si sus labios descendieran a otra parte de su cuerpo. Pero cuando estaba a punto de averiguarlo, oyó el aullido de un coyote en la distancia y se detuvo un momento para, a continuación, volver a trazar el borde del pezón con la lengua. Después, levantó la cabeza para volver a sus labios y saborear su dulzura.

-Casey -dijo en voz baja, como si su sonido fuera a romper el hechizo que los envolvía.

-¿Sí? -replicó ella, y él escuchó el temblor en su voz y sonrió

hacia dentro al saber que lo había provocado él.

-Sin lugar a dudas, me gusta tu sabor -dijo retirándose un poco y mirándola a los ojos, mientras volvía a poner en su sitio el camisón y abrochaba el batín. Vio su divertida expresión y quiso volver a besarla, pero se limitó a sonreír-. No das besos muy frecuentemente, ¿verdad?

Ella se inclinó hacia delante, apoyó el rostro contra su pecho, como si se avergonzara, y murmuró unas palabras inaudibles. Con una mano bajo su barbilla, él le echó la cabeza un poco hacia atrás hasta que sus miradas se encontraron.

-¿Cuándo fue la última vez que un hombre te besó de esta manera?

-Nunca. Nunca me han besado así. Eres el único que ha hecho algo así.

Sus palabras hicieron que apretara los brazos alrededor de su cintura, y que volviera a acercar los labios a los suyos para volver a saborearlos y llevarse su recuerdo para siempre. Profundizó en el beso más aún que antes. Oyó un ronroneo que hizo que el pulso se le acelerara.

Cuando se separaron unos minutos más tarde, ambos tenían la respiración acelerada y entrecortada. Casey retrocedió dos pasos.

-Creo que debería retirarme ahora -y antes de que McKinnon pudiera detenerla, desapareció en la oscuridad, apresurándose hacia la casa.

Había otra persona en lo alto de las montañas que no podía conciliar el sueño. Corey Westmoreland se encontraba de pie junto a la ventana, preguntándose si su hija estaría bien. Había llamado anteriormente para decirle que acababa de deshacer las maletas y lo mucho que le gustaba la casa en la que iba a vivir las próximas semanas. Pero lo que no mencionó, que intrigaba a Corey, era cómo se llevaba con McKinnon.

Se dio media vuelta al oír los pies descalzos de su esposa, la persona a la que quería más que a nada en el mundo, y sonrió al verla acercarse a sus brazos abiertos.

-Lo siento, cariño, no quería despertarte -le susurró suavemente al oído con un pequeño beso.

-Estás preocupado por Casey, ¿no es así?

-Sí. Clint y Cole también están preocupados.

-¿Es porque ha decidido trabajar para McKinnon?

-No, McKinnon y Casey solventarán sus problemas. Lo que nos preocupa tanto a mí como a sus hermanos es si ha entendido lo que Carolyn le dijo hace años. Casey ha pasado por una profunda crisis emocional desde que descubrió la verdad.

Abby asintió abrazándose a su esposo.

-Creo que lo que Casey necesita para seguir con su vida es el amor de un buen hombre, y creo que McKinnon es ese hombre.

-Es posible -dijo encogiéndose de hombros-, pero no permitirá que ocurra nada. Ya te conté lo de su historial médico. Cuando descubrió que era portador de esa extraña enfermedad sanguínea, decidió que nunca se casaría ni tendría hijos. Fue una decisión muy difícil. Entonces, conoció hace unos años a la que pensó que sería la compañera perfecta, pero en cuanto se enteró de la verdad sobre su condición médica y de su decisión de no tener hijos, lo dejó. McKinnon ha sufrido mucho en su vida, Abby.

-También Casey. Por eso se necesitan el uno al otro.

-McKinnon no lo verá así.

-Quiero pensar que, tarde o temprano, lo hará. Todo ocurre por alguna razón. Creo que tú y yo somos prueba viviente de ello. Si están destinados a estar juntos, lo estarán. Lo que necesitan es tiempo y una oportunidad, y viviendo en el rancho, la tendrán. McKinnon necesita a Casey tanto como ella a él -levantó la cabeza para ver el rostro de Corey, y sonrió-. Tengo la sensación de que no tardarás mucho en convertirte en el padre de la novia.

Corey le devolvió la sonrisa, y apretó a Abby contra su cuerpo. McKinnon era un joven excepcional, pero ahora mismo estaba dolido y enfadado. Tan sólo esperaba que su hija fuera capaz de manejarlo. Pero si alguien podía hacerlo, era una Westmoreland.

McKinnon se metió bajo las sábanas después de darse la segunda ducha de la noche. Estaba sudoroso tras montar a Thunder, y acalorado después de besar a Casey. Si no había podido dormir antes, menos aún ahora con el recuerdo de los labios y pechos de Casey tan vivos en su mente. Sólo la idea de que fuera novata le producía un sensual estremecimiento. Se preguntaba si su falta de experiencia se debía a que sus hermanos la habían sobreprotegido, pero enseguida desechó la idea. Conocía a Casey lo suficiente como para saber que el tipo de relación que mantenía con cualquier

hombre era totalmente decisión suya. La mayoría de las mujeres de la edad de Casey que conocía habían experimentado cientos de besos, en todas las partes del cuerpo. Se preguntaba cuál era el alcance de su conocimiento y, aunque por un lado le encantaría descubrirlo, estaba convencido de que lo mejor era mantener las distancias con Casey. No podía tratar a Casey como trataba a otras mujeres con las que quería acostarse. Tenía que quitarse esa idea de encima. Y para asegurarse de ello, empezaría por distanciarse ya. Sólo acudiría a ella cuando necesitara conocer el progreso de Prince Charming. Satisfecho por haber aclarado al menos ese punto en su mente, McKinnon trató de encontrar una posición cómoda en la cama, esperando poder conseguir un número de horas decente de sueño.

Capítulo 6

-Casey está haciendo un magnífico trabajo con Prince Charming -dijo Norris mirando a McKinnon.

-¿Ah, sí? -replicó McKinnon intentando sonar indiferente, a pesar de que le irritaba el hecho de que la mera mención de su nombre siempre le acelerara el pulso. Hacía una semana que la había visto, al menos de cerca. El día después de la noche del beso, se esfumó, dejando que Norris le transmitiera sus expectativas respecto a Prince Charming. Sabía, por Henrietta, que prefería comer sola en la casa de invitados. Sin embargo, parecía que las dos se habían hecho bastante amigas y almorzaban juntas en la casa principal todos los días, así que estudió el horario de Casey para ajustar el suyo y asegurarse de no coincidir con ella. Pero eso no había ayudado mucho, pues había más que suficientes cosas para recordarle su presencia en el rancho, y cada vez que entraba en la casa, sentía su fragancia.

Casey le había facilitado un poco las cosas el fin de semana al marcharse el viernes por la tarde para pasar un par de días con su padre. El se había mantenido ocupado revisando documentos relacionados con la cría de caballos, pero de vez en cuando se levantaba y miraba por la ventana como si estuviera ansioso esperando su regreso. Y cuando se iba a la cama por la noche, sólo tenía que cerrar los ojos para empezar a recordar la sensación de sus labios, su lengua, su sabor, que parecía incrustado en sus papilas gustativas. En definitiva, la deseaba como un hombre desea a una mujer. Incluso había ido al centro hacía un par de noches, a Haley's Bar and Grill, el lugar que solía frecuentar con Durango, y no había visto ni una sola mujer con la que quisiera acostarse. La única mujer con la que quería estar era la que se alojaba en su casa de invitados,

la única que estaba fuera de alcance. Aun así, eso no significaba que no pudiera soñar con ella por la noche, deseando que estuviera en la cama con él mientras la desnudaba y...

-Maldita sea -exclamó McKinnon al ver el corte en su mano, resultado de haberse dejado llevar por las fantasías sobre Casey en lugar de concentrarse en la valla de alambres que estaba intentando reparar en una sección de su propiedad. Por suerte, el corte no era demasiado profundo, y no necesitaría puntos, pero sí cubrírselo. Se había quitado los guantes para poder sujetar mejor los alicates y se le escurrieron.

-¿Estás bien, McKinnon?

Miró hacia Norris.

-Me corté con este alambre y tengo que ir a casa para ponerme algo. Vuelvo en un minuto.

Norris vio el corte y la cantidad de sangre que brotaba con preocupación.

-Puede que necesites que te lleve a la ciudad para que el doctor Mason le eche un vistazo.

-No, estoy al corriente con la vacuna del tétanos y no necesito puntos.

-¿Estás seguro?

-Sí.

-Bueno. No quiero que Morning Star y el juez me culpen si te pasa algo. ¿Por qué no te quedas en casa y dejas que los chicos y yo terminemos?

McKinnon levantó una ceja preguntándose si Norris no estaría acusándolo de ser más un estorbo que una ayuda. Él mismo era el primero en admitir que no había estado muy concentrado últimamente por pensar en Casey, pero aun así...

-¿Y estás seguro de que los chicos y tú tendréis la valla lista para mañana por la mañana?

-Oye, McKinnon -dijo soltando una carcajada-, llevo reparando vayas desde antes de que tu nacieras, y aún no me he cortado ni un dedo. Y ahora, vete.

-De acuerdo, me voy -dijo McKinnon dirigiéndose hacia Thunder.

-No sé dónde tienes la cabeza últimamente -oyó decir a Norris, pero rehusó darse por enterado, continuando hacia delante sin

volverse atrás.

Después de pasar media hora limpiándose la herida, poniendo antiséptico y una venda, salió del baño, contento de que Henrietta se hubiera marchado al centro para hacer la compra de la semana. Si hubiera visto el corte en su mano, lo habría acosado sin parar hasta conseguir que fuera al doctor Mason para que le diera unos puntos.

Al oír unos golpes de nudillos en la puerta, cruzó el salón para abrir la puerta. De pie, delante de él estaba Casey, y su sola presencia y fragancia hacían que se le acelerara el pulso, se acalorara, y que sintiera cierta presión bajo el tejido de sus vaqueros. Se aclaró la garganta en un intento por deshacerse del nudo que tenía.

-Casey, ¿puedo hacer algo por ti? -preguntó con tanta normalidad como pudo mientras trataba de borrar de su mente todas las cosas que le gustaría hacer por ella y con ella.

Ella parecía tan sorprendida de verlo como él de verla a ella.

-No. Estaba a punto de irme al centro, y quería ver si Henrietta necesitaba que le trajera algo.

No fue hasta entonces cuando se dio cuenta de lo que llevaba puesto, un ligero vestido rosa pálido con vuelo que la hacía muy femenina, encantadora y deseable. Estaba ligeramente maquillada y llevaba una pizca de color en los labios, unos labios que recordaba haber besado una vez, y que le encantaría volver a besar. Se aclaró la garganta por segunda vez antes de decir:

-Henrietta no está. Se fue al centro a por las provisiones de la semana -entonces miró su reloj-. ¿Ya has terminado por hoy? -pero enseguida se arrepintió de haber hecho la pregunta.

-Sí. Hice un par de horas extras durante la semana y ayer le pregunté a Norris si hoy podría terminar antes. Tengo una cita en la ciudad.

-¿Una cita? -preguntó extrañado.

-Sí. Un agente inmobiliario tiene un par de sitios que enseñarme.

-¿Te mudas? -preguntó más extrañado aún-. Nuestro trato era que te quedaras aquí, en la casa de invitados.

-Soy consciente de lo que acordamos, McKinnon -le dijo mirándolo a los ojos con genio-, y tengo previsto cumplirlo. Estoy buscando un lugar donde vivir cuando termine mi trabajo.

-¿Y la casa de Corey?

-¿Qué pasa con ella?

-Creía que era el lugar donde vivirías, puesto que te mudaste aquí para conocerlo mejor.

-Pero eso no quiere decir que tenga que estar en medio. Abby y él necesitan privacidad -dijo como si eso lo explicara todo. En cierta forma lo hacía, pero McKinnon sabía perfectamente lo que estaba omitiendo. La pareja era abiertamente afectuosa, algo a lo que él estaba acostumbrado, puesto que sus padres también eran así-. No puedo vivir ahí indefinidamente. Necesito tener mi propia casa. Si consigo un trabajo, no puedo subir y bajar de Corey's Mountain cada día.

McKinnon asintió. Sólo se podía acceder con coche hasta cierto punto, y el resto del camino había que hacerlo a caballo, al menos hasta que Serena Preston se instaló en la ciudad y estableció un negocio de helicópteros. Además de visitas turísticas privadas, ofrecía transporte aéreo a y desde los ranchos que había en lo alto de las montañas dos veces por semana. Pero usar el transporte aéreo regularmente podía resultar bastante caro.

-¿Qué le ha pasado a tu mano? -las palabras de Casey interrumpieron sus pensamientos, y al bajar él la vista se dio cuenta de que estaba sangrando otra vez y había empapado el vendaje.

-Me corté con el alambrado.

-¿No vas al médico? -preguntó con un tono de voz algo nervioso.

-No -dijo apoyándose en el marco de la puerta-. He puesto algo sobre la herida.

-Pero está sangrando.

-Lo he notado.

-Necesitas que un médico te vea la mano, McKinnon. Si quieres, como voy a la ciudad, te puedo llevar.

-¿Y qué pasa con tu cita?

-No es hasta dentro de un par de horas. Sólo me iba temprano para ir de compras, pero lo puedo hacer en cualquier otro momento. La herida de tu mano es más importante.

McKinnon la miró fijamente por un momento, y vio su cara de preocupación. Aquélla era la mujer que había estado evitando durante toda la semana. La mujer con la que soñaba cada noche en la cama. La mujer cuyo beso aún perduraba en sus labios. La mujer

que deseaba con pasión. La mujer que no podía tener. Pero quería pasar el tiempo con ella aquella tarde. Averiguar cómo le había ido. No quería enterarse de segunda mano a través de Henrietta o Norris. Quería oír su voz, oler su fragancia, invadir su espacio...

-McKinnon, ¿quieres que te lleve al médico o no? -las palabras de Casey volvieron a interrumpir sus pensamientos y, al mirarla a los ojos, tomó una decisión. Pasaría un par de horas con ella, y mañana, vuelta al trabajo y a poner tierra de por medio.

-¿Estás segura de que no te estropeo los planes?

-Sí, segura.

-Entonces espera, voy a por mi sombrero.

Mientras Casey conducía, McKinnon miraba distraído hacia los pastos y montañas que transcurrían por la ventana sin decir palabra. Con el ceño fruncido, como siempre. Casey se preguntaba cuántas veces sonreía. Le había visto hacerlo una vez, de pie en medio de un grupo de gente, entre los que se encontraban sus primos. Spencer dijo un chiste y todos los hombres se rieron, incluido McKinnon. No podía evitar pensar en la tristeza y la ira que a menudo veía en su mirada. Le había preguntado a Durango sobre eso una vez, pero él se había encogido de hombros diciendo que no sabía de qué estaba hablando.

Incluso ahora podía ver que estaba tenso y enfadado por algo, pero no sabía cómo romper sus defensas a pesar de estar acostumbrada a tratar con hombres de humor variable gracias a Clint y Cole. Una parte de ella sabía que tenía que ver con el beso de hacía una semana, pues la había estado evitando durante toda la semana. ¿Por qué se había enfadado por ello? Ambos eran adultos, y él había sido el que lo había sugerido en primer lugar, diciendo que lo que necesitaban para dormir era un beso, y ella le había seguido la corriente porque era lo que había deseado durante mucho tiempo. Y no se había equivocado. Después de ese beso, durmió como un bebé y a la mañana siguiente despertó ansiando verlo. Pero, evidentemente, él se arrepentía de lo que habían compartido y se había distanciado de ella... hasta ahora.

-¿Cómo van las cosas con Prince Charming?

El sonido de su voz hizo a Casey volver a la realidad. Él estaba reclinado en el asiento, mirando hacia delante, y con el sombrero ocultándole los ojos. Llevaba unos vaqueros estrechos y una camisa

azul. Tenía el pelo recogido en una coleta, y su perfil era tan sexy como el resto de él. Imágenes no deseadas cruzaban por la mente de Casey, especialmente de la noche en el jardín. Había deseado que continuara besándola una y otra vez, pues ningún hombre la había besado así antes, y lo estaba disfrutando tanto...

-¿Casey? -de nuevo la devolvió abruptamente a la realidad. La estaba mirando con esos profundos y oscuros ojos y, de repente, sintió un deseo enorme de besarlo de nuevo.

-¿Sí?

-Te he hecho una pregunta.

«Ya, y yo estaba pensando en lo que no debía».

-Todavía estamos conociéndonos. Lo llevo a pasear mucho para tener una buena percepción de su equilibrio y de las cosas que lo distraen y hacen que no esté alerta. Aún está un poco tenso, y estoy intentando que eso desaparezca. Una vez conseguido, podemos pasar a la fase estrechamiento de la relación.

-¿Y qué pasa con su velocidad?

Casey podía ver por el rabillo del ojo que aún la estaba mirando, pero se negó a devolverle la mirada al responder.

-Es veloz, McKinnon, si no Jamal no lo habría comprado para participar en las carreras. Una vez que elimine la tensión y empiece a crear lazos con él, hará cosas increíbles, incluido el aumento de su velocidad. Ya lo verás.

McKinnon se quedó callado por un momento. Pensó en la razón por la que iba al centro.

-¿Has pensado en mudarte con Durango y Savannah en lugar de mudarte sola a algún sitio? -le preocupaba que viviera sola en la ciudad-. Seguro que estarían encantados de tenerte como invitada durante un tiempo.

-Por amor de Dios, están recién casados. Me sentiría como si estuviera coartando su libertad.

Asintió.

-Sí, entiendo. Incluso con Savannah embarazada, parece que cada vez que me paso por allí están o levantándose de la cama o acostándose.

«Qué suerte», quiso decir Casey, pero cambió de opinión.

-Podrías quedarte con mis padres -sugirió.

Casey se volvió para mirarlo a los ojos. Una vez más, sintió un

chisporroteo en su interior, e intentó ignorar el calor que sintió en su vientre. Volvió a poner la mirada en la carretera rápidamente, apretando sus manos al volante y sus piernas. No terminaba de entender las sensaciones que la invadían cuando él la miraba de cierta manera. Trató de recobrar el control pensando en lo que le acababa de decir sobre lo de mudarse con sus padres. ¿Cómo podía decirle amablemente que sus padres no eran mejores que Abby y su propio padre?

No sabía que las parejas mayores pudieran ser tan afectivas. Se aclaró la garganta y volvió a mirarlo.

-También sentiría como si estuviera coartándoles la libertad.

-Sí, al igual que Corey y Abby, ellos también llevan lo de ser cariñoso a otro nivel, ¿verdad?

-¿Y no te molesta?

-No, mis hermanos y yo estamos acostumbrados. Mis padres se quieren mucho y no tienen ningún problema en demostrar abiertamente su amor. Pienso que es algo especial.

Durante años le habían hecho creer que lo que sus padres habían compartido también había sido especial. Vaya si estaba equivocada. Pero deseosa de cambiar de tema, decidió preguntarle sobre algo que aún le molestaba.

-¿Por qué no quisiste ni considerar la idea de que yo trabajara en tu rancho el primer día que fui a verte?

El dirigió su mirada hacia ella, aliviado al ver que tenía la mirada puesta en la carretera, no en él. No quería verle la cara cuando mentía. No podía ser completamente honesto sobre la razón de su decisión de no contratarla inicialmente. No podía decirle que pensaba que su continua presencia en el rancho era una tentación que no podía resistir. En su lugar dijo:

-Como dije, si algo te pasara, tendría que vérmelas con Corey, por no hablar del resto de los Westmoreland.

-Hay un montón de ellos, ¿verdad? -dijo ella sacudiendo la cabeza y con una sonrisa.

-Y te recuerdo que eres una de ellos.

-Sí, y me ha costado veintiocho años descubrirlo -la sonrisa había desaparecido de repente.

McKinnon notó la amargura en su voz. Tenía entendido que ella todavía tenía problemas con las mentiras que le había contado su

madre. Por alguna razón, no podía superarlo.

-Puede que tu madre hiciera lo que hizo por una buena razón -dijo despacio, recordando la razón por la que su propia madre no le dijo a él que no era el hijo biológico de Martin hasta que no tuvo más remedio-. Hay cosas que no estamos destinados a entender, y lo que pasó entre tu madre y Corey probablemente sea una de ellas.

-No intentes buscar excusas para lo que nos hizo a mis hermanos y a mí McKinnon. Durante todos esos años pensamos que nuestro padre estaba muerto, cuando no lo estaba. Piensa en todo el tiempo perdido durante el que le podríamos haber conocido.

-Pero estás conociéndolo ahora. Odio tener que repetir ese viejo cliché, más vale tarde que nunca, pero se ajusta a la perfección.

Casey arrugó la frente.

-No, no se ajusta, y preferiría que cambiáramos de tema -unos minutos después dijo-: Primero iremos al médico para que te ponga en forma.

Un par de horas más tarde, cuando salían de la consulta del doctor, Casey le echó una mirada.

-¿Seguro que no quieres que te lleve al rancho ahora?

-Sólo me han dado dos puntos, Casey, no veinte, y no creo ni que los necesitara. Y la maldita vacuna del tétanos no era necesaria, pero el doctor Manson siempre ha tenido mano dura cuando se trata de agujas -tras abrir la puerta del coche, sentarse y abrocharse el cinturón, le preguntó-: ¿Llegarás a tu cita?

-Sí, el área no está lejos de aquí. El primer lugar es un apartamento sobre un edificio vacío.

-¿Para qué querrías vivir en un lugar así? -dijo mirándola como si hubiera perdido la cabeza.

Tras abrocharse su propio cinturón, lo miró enfurecida por el tono de voz que había utilizado.

-No es que quiera vivir en ese sitio, McKinnon, pero en Bozeman no abundan las casas disponibles.

Él se reclinó en el asiento mirando por la ventana y sin decir nada. ¿Por qué iba a importarle dónde decidía vivir? No era asunto suyo.

No tardaron mucho en llegar a donde tenían que ir. El agente inmobiliario, una mujer mayor y corpulenta con una enorme sonrisa en el rostro estaba esperándolos y, una vez hechas las

presentaciones, los acompañó escaleras arriba hasta el apartamento.

A McKinnon no le gustaba el lugar, pues conocía esa zona, y no era mala, pero tampoco buena. Estaba cerca del distrito comercial, y había un bar en la esquina, que podía llegar a ser bastante ruidoso, especialmente algunas noches durante la semana, por no hablar de los fines de semana. Sería imposible conciliar el sueño. Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, la agente, de nombre Joanne Mills, se echó a un lado para dejarlos pasar.

-Bonito lugar -dijo Casey al echar un vistazo a la enorme habitación con las manos sobre las caderas-. Tiene potencial.

McKinnon no lo veía y, mientras Casey seguía hablando, intentaba concentrarse en lo que decía en lugar de en lo que hacía. Las manos sobre sus caderas habían atraído su atención a su fina cintura y sus caderas y muslos curvilíneos. Una cintura que había acariciado la noche del beso, y unas caderas y muslos que había rozado con los propios.

-¿McKinnon?

-¿Qué?

-¿Qué piensas?

-No me gusta -dijo con voz áspera-. Necesita demasiado trabajo antes de poder ser ocupada.

-No te haría ningún daño ser un poco positivo -dijo ella arrugando la frente.

-Tan sólo digo la verdad -se volvió hacia la señora Mills-. ¿No tiene nada en una zona residencial más tranquila? El hecho de que haya un bar en la esquina no me gusta.

Antes de que la mujer pudiera responder, Casey dijo con voz irritada:

-Tú no vas a vivir aquí, McKinnon. A mí no me molesta ese bar -entonces se volvió hacia Joanne-. Pero sí el tamaño de la cocina, es demasiado pequeña. Me gusta cocinar de vez en cuando, y no hay suficiente espacio en los armarios. ¿Cuál es el siguiente en la lista?

A McKinnon tampoco le gustaron los siguientes, y Casey tenía que reconocer que a ella tampoco. Cuando terminaron de ver el último apartamento ya era tarde, y la señora Mills prometió llamar cuando tuviera algo nuevo.

-Harías mejor comprándote un trozo de tierra y construyendo algo en ella -dijo McKinnon mientras se dirigían al coche.

-Puede que tenga que hacerlo -dijo ella, pero sabía que construir su propia casa iba a llevar mucho más tiempo. Miró al hombre que caminaba junto a ella, pensando que, aunque la había sacado de quicio unas cuantas veces al ser demasiado crítico con los apartamentos que habían visto, había disfrutado de su tiempo con él.

-¿Cómo va tu mano?

-Ya te dije me mi mano está bien. Y para demostrarlo, yo conduciré de vuelta al rancho.

A Casey no le importaba que lo hiciera, puesto que le había resultado difícil concentrarse en la carretera en lugar de en él. Su mera presencia la distraía, y ahora se había soltado el pelo y la melena caía libremente por su espalda, dándole un aspecto salvaje. Y luego estaban esos ojos oscuros. Más de una vez, en la sala de espera de la consulta, había levantado la vista de la revista que había estado hojeando, y lo había pillado mirándola con una expresión indescifrable en el rostro. Y cada vez que sus miradas se habían encontrado, su deseo por él se había intensificado. Aunque había intentado mirar en otra dirección, parecía que su mirada volvía irremediablemente una y otra vez hacia él, sólo para encontrarlo observándola. Casey le entregó las llaves.

-Si quieres conducir, me parece bien.

-Gracias -McKinnon le abrió a Casey la puerta del coche, y espero a que se sentara, tratando de ignorar la forma en que se le subía el vestido cuando se sentaba, mostrando una buena parte de sus muslos. Se sentía terriblemente atraído por ella, y el tiempo que habían pasado juntos había intensificado esa atracción. Estaba seguro de que la había puesto nerviosa observándola tan intensamente en la sala de espera de la consulta, pero no lo había podido evitar. Era guapa como para quitarle el hipo a cualquiera, y mientras la miraba se había estado preguntando varias cosas. ¿Cómo estaría desnuda? ¿Qué sonido haría cuando tuviera un orgasmo? Innumerables imágenes de los dos envueltos en sábanas revueltas se habían formado enseguida en su mente.

Mientras rodeaba el coche para subirse al asiento del conductor, pensó que estaba acostumbrado a ver lo que quería y perseguirlo hasta conseguirlo, pero tenía que recordarse constantemente que en el caso de Casey había limitaciones. ¡Qué limitaciones! Estaba

totalmente fuera de juego, y ya había roto las reglas del juego al besarla, y estaba decidido a intentar cumplirlas desde ese momento sin excepciones.

-¡McKinnon, espera!

McKinnon apretó los dientes al girarse. Rick Summers, que siempre había sido un pesado para McKinnon y Durango, se acercaba a paso rápido. Rick no era realmente un amigo. De hecho, desde que se mudó a la zona hacía unos años, se había propuesto competir con los dos en cuanto a mujeres. Era bastante creído y, en cuanto a su forma de tratar a las mujeres, podía ser un verdadero imbécil.

-Rich, ¿qué puedo hacer por ti? -preguntó McKinnon molesto.

-Iba de camino a ver a un amigo mío y te vi salir de la casa que está en venta-dijo con sonrisa afable-. ¿Estás pensando en mudarte a la ciudad?

-No.

Rick miró a través de la ventana hacia donde Casey estaba sentada, y sólo le faltó relamerse.

-También he visto a tu amiga. ¿No vas a presentarnos?

McKinnon casi le dice que no, pero sabía que no tenía elección.

-Casey, me gustaría presentarte a Rick. Rick, Casey Westmoreland.

-¿Westmoreland? -dijo con cara de sorpresa.

-Sí. Es prima de Durango e hija de Corey Westmoreland.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Rick. McKinnon sabía que estaba flirteando con Casey.

-Encantado de conocerte, Casey -dijo abriendo la puerta del coche para darle la mano.

-Igualmente, Rick -dijo Casey devolviéndole la sonrisa.

-¿Estás de visita?

-No, me acabo de mudar a Bozeman.

-¿Para vivir con tu padre en las montañas?

-No, en algún lugar en la ciudad.

McKinnon observó cómo se ensanchaba la sonrisa de Rick, cual lobo a la caza.

-En ese caso, espero que nos veamos pronto otra vez -se ladeó el sombrero en señal de despedida, y se alejó sonriendo.

Cuando se metió en el coche, McKinnon dio un portazo,

resultado de su instinto protector. Si Rick Summers había pensado, aunque sólo fuera por un minuto, añadir el nombre de Casey a su pequeña agenda de teléfonos, ya podía pensárselo dos veces. Aunque no era asunto suyo con quién saliera Casey, no le gustaba la idea de que se mezclara con tipos como Summers.

-Parece simpático.

-En este caso, las apariencias engañan, porque Rick no es tan majo -dijo McKinnon mirándola-. Es un cerdo. Te aconsejo que te mantengas alejada de él -por la expresión de Casey, pudo ver que no le había gustado su consejo. Pero mientras decidió que le gustara o no, tenía la intención de mantener a Summers lejos de ella.

Capítulo 7

-¿Qué vas a hacer para la cena?

-Lo normal. Henrietta normalmente me prepara algo, y me lo tomo en la casa de invitados mientras hago las anotaciones del progreso diario de Prince Charming en el ordenador. ¿Por qué?

-Sólo preguntaba. Gracias por acompañarme.

-No hay de qué.

El sentido común le indicaba a McKinnon que ése era el momento en que cada uno se iba por su lado, ella a la casa de invitados y él a la casa principal. Y si fuera listo, la evitaría de nuevo durante la semana. Ya había pasado un rato con ella, oído su voz, inhalado su fragancia y, temporalmente, calmado su ansiedad. Pero mientras caminaba hacia la puerta principal, algo le hizo darse la vuelta.

-Casey, qué tal si...

Pero las palabras que iba a decir se desvanecieron. Casey había desaparecido rápidamente en la casa de invitados. Su desilusión se transformó rápidamente en disgusto. Claramente, lo había aguantado hasta el límite de su capacidad por un día. Deseaba poder decir lo mismo, pero no podía. Había sido consciente todo el rato de su femineidad, aunque probablemente ella no fuera consciente del alcance de su sensualidad y sexualidad. Y a él le encantaría explotar todo aquello de lo que no era consciente, exponerla a nuevas sensaciones.

Media hora más tarde, después de darse una ducha, con cuidado de mantener los puntos de la herida secos, se dirigió a la cocina para calentarse la comida. Estaba a punto de meter el plato en el microondas, cuando sonó el teléfono. Alargó la mano para

contestar.

-¿Sí?

-¿Cómo estás McKinnon?

Sonrió al oír la voz de su madre.

-Bien. ¿Y papá y tú?

-Estamos bien. Acabamos de llegar de visitar a Corey, que es por lo que llamo. Abby y yo hemos pensado que sería una buena idea organizar una fiesta para Casey

-¿Una fiesta? ¿Por qué?

-Para darle la bienvenida a la zona. Muchos de nuestros vecinos saben de los trillizos de Corey, e incluso han conocido a Clint y a Cole. Pero muy pocos han tenido la oportunidad de conocer a Casey, y pensamos que una fiesta sería una forma maravillosa de darle la bienvenida a nuestra comunidad.

-¿Y qué necesitas que haga? -esperaba que nada.

-Además de no exprimirla trabajando hasta el punto de agotarla tanto como para que no asista a su propia fiesta o no la disfrute, ¿qué tal si te aseguras de que venga?

McKinnon se tensó. Ya había pasado por compartir el coche con Casey, y no estaba seguro de poder hacerlo pronto otra vez. Aún tenía presente su fragancia.

-¿Cuándo es la fiesta?

-El próximo viernes a las ocho de la noche en nuestro rancho. ¿Puedo contar contigo?

El suspiró. No había mucho que Morning Star no pudiera conseguir de él, y lo sabía muy bien.

-Sí, no la exprimiré ese día, y me aseguraré de que llegue.

-Gracias, McKinnon. Por cierto, no es ninguna sorpresa. Acabo de hablar con Casey, y le parece bien.

-Bien -dijo con poca determinación antes de colgar.

Otra noche más, y Casey no podía dormir, ni quitarse a McKinnon de la cabeza. Había invadido sus sueños y no le hacía ninguna gracia. Bueno, en realidad, eso no era cierto. Le había gustado bastante, hasta el punto de despertarse llena de un intenso deseo, patente en lo profundo de su vientre. Se puso el batín y, como solía hacer siempre que no podía dormir, decidió dar un paseo por el jardín y disfrutar de la belleza de la noche. Unos segundos después, salía por la puerta y ponía el pie sobre el caminito de ladrillos.

-¿Tampoco puedes dormir esta noche?

Casey se llevó la mano al pecho. Al igual que la última vez, no había oído a McKinnon acercarse. Se giró despacio, pensando que lo que tenía que hacer era encontrar una excusa para volver a entrar en la casa de invitados, pues no le costó mucho recordar lo que había pasado la última vez que se encontraron en el jardín. Sin embargo, en lugar de salir disparada, contestó:

-No, tengo muchas cosas en la cabeza.

Los ojos que la observaban eran oscuros, intensos... sexys.

-¿Estás pensando en la fiesta?

-¿La fiesta? -preguntó arrugando la frente.

-Sí. Mamá me llamó para decírmelo.

-Oh -estaba a punto de decirle que la fiesta que Abby y su madre le estaban organizando era lo último que se le había pasado por la cabeza. Había estado pensando en una fiesta, sí, pero una fiesta de dos, en una enorme cama con sábanas de seda y dos cuerpos desnudos.

-No, no estaba pensando en la fiesta -fue lo que dijo, y era todo lo que tenía intención de decir.

El se acercó, dejándose ver a la luz de la luna. Su cabello caía sobre sus hombros. Le daban ganas de enredar los dedos entre sus mechones para tirar de él y acercar sus labios a los suyos, y apoderarse de ellos como él había hecho con ella aquella otra noche. Deseaba...

-Las estrellas se pueden ver realmente bien esta noche.

El comentario de McKinnon la trajo a la realidad de nuevo, lo cual venía mal, pues estaba pensando en cosas que no debía. Echó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

-Sí, pero basta con haberlas visto una vez. Una vale por todas.

-Más vale que Ian no te oiga decir eso. Es el astrónomo de la familia Westmoreland.

-Uups, lo olvidaba -dijo sonriendo-. Y hablando de Ian, supongo que todos se están preparando para su boda el mes que viene. He oído que será algo grande en el Casino Rolling Cascade.

-Sí, en el lago Tahoe -unos momentos más tarde añadió-: Y, hablando de celebraciones, estabas muy guapa la noche de la fiesta de cumpleaños de Delaney.

Casey dudaba que McKinnon hiciera muchos cumplidos, así que

un escalofrío la recorrió.

-Gracias. Tú estabas bastante elegante -no se dijeron más que un par de palabras aquella noche, pero ella se había fijado en él y, al parecer por su cumplido, él también en ella.

-Hablé con Norris al volver de la ciudad. Dijo que nuestros padres se pasaron por aquí para echarle un vistazo a Spitfire mientras no estábamos -dijo McKinnon.

-¿Spitfire?

-Sí, es la yegua que preñó Thunder. Corey me la dio hace un par de años, y acordamos que él se quedaría con su primer potrillo.

-Corey te gusta un montón, ¿verdad? -dijo Casey mirándolo.

-Sí. Mi padre y él eran amigos antes de que yo naciera. No recuerdo ni un momento en que no fuera parte de mi vida -sonrió, y Casey parpadeó pensando que era la primera sonrisa que había visto en los labios de McKinnon-. ¿Sabes una de las cosas que más he admirado siempre de él?

-¿Qué?

-Su amor por su familia. A pesar de ser un joven soltero, cada verano invitaba a todos sus sobrinos y a su sobrina a pasar los meses de verano con él, y siempre me incluía.

-Parece que os lo pasabais muy bien.

-Sí, lo hacíamos -confirmó con una risa sonora y sincera-. Especialmente cuando Delaney se quedaba en Atlanta y podíamos hacer todo tipo de gamberradas sin que nadie se chivara.

-Parece como si Corey os dejara saliros con la vuestra.

-Oh, sabíamos hasta dónde podíamos llegar. Cómo hacía para aguantarnos todos esos meses de verano sin volverse loco es un misterio para mí.

Casey se quedó callada un momento, digiriendo lo que McKinnon le estaba contando. Si su padre hubiera sabido que ella y sus hermanos existían, habrían compartido esos veranos. Pero no lo sabía. Tras unos momentos de silencio, McKinnon dijo suavemente:

-Lo siento. Quizá no debí mencionar esos veranos.

Casey lo miró. Era como si hubiera adivinado sus pensamientos.

-No pasa nada. Además, no se puede reescribir la historia y no es culpa de nadie - «excepto de mi madre», quería gritar.

McKinnon le apartó un mechón de pelo de la frente, pensando que ese estilo de peinado corto le quedaba muy mono. La luz de la

luna resaltaba sus facciones de una manera que le resultaba muy sexy.

-¿McKinnon?

-¿Sí?

-Creo que debería volver a casa ahora.

-¿Por qué? Me gusta estar aquí fuera, ¿a ti no?

-Sí, pero...

Percibió cierta aprensión en su voz.

-¿Pero qué? -McKinnon sintió el cálido aliento del suspiro de Casey en sus propios labios, lo cual quería decir que había acercado los labios inconscientemente a los suyos.

-La última vez que estuvimos aquí fuera juntos, pasó algo que te hizo evitarme el resto de la semana -decidió no detallárselo puesto que estaba segura de que sabía de qué hablaba-. Si te vas a arrepentir de lo que hagamos, prefiero no hacerlo.

-¿Algo como qué? -preguntó acercando sus labios aún más.

-Cualquier cosa -dijo mordiéndose nerviosa el labio inferior.

Enseguida, él empezó a lamerle los labios con la punta de la lengua, de una comisura a otra.

-¿Quieres decir algo como esto? -preguntó mientras jugueteaba con sus labios.

-Sí -susurró ella, apenas capaz de decir palabra-. Algo así.

-¿Y esto? -preguntó llevando las manos a su rostro para acercarlo aún más. Empezó a mordisquearle los labios suavemente, primero el labio inferior, y después el superior.

Ella sintió cómo el vientre se le encogía y subía de temperatura, y deseó que dejara de torturarla y fuera al grano, porque aquello era como una muerte lenta.

-Me gusta besarte -susurró él pegado a sus húmedos labios.

«Ya lo veo», pensó ella, preguntándose si se daba cuenta de que no estaba besándola, sino atormentándola. Jamás había sentido ese deseo antes. Pero lo que le resultaba realmente embriagador era el saber que él también la deseaba a ella. El bulto que sentía a través de sus vaqueros lo evidenciaba. Y cuanto más torturaba sus labios, más conseguía acercar a los dos a una situación de excitación extrema. Harta de esperar, agarró un mechón del pelo de McKinnon. El se detuvo, la miró a los ojos, tan cercanos como sus labios. Ella vio deseo en su mirada y, sin mucha suavidad, le tiró

del pelo para pegar sus labios a los suyos. Los entreabrió, sin saber muy bien lo que hacía, pero sabiendo lo que quería. Cuando él entreabrió los suyos, ella introdujo su lengua decidida a sentir el placer que había sentido antes. No tuvo que esperar mucho. El enseguida se lanzó, demostrando su destreza y habilidad. Una multitud de sensaciones intensas recorrieron su cuerpo, y...

-Siento interrumpir.

Casey y McKinnon terminaron su beso abruptamente, pero se quedaron agarrados. McKinnon se resistía a dejar que se distanciara de él.

-¿Qué ocurre, Norris? -preguntó irritado, ignorando la mirada de curiosidad en los ojos del capataz. No era la primera vez que lo veía besando a una mujer.

-Spitfire tiene problemas.

-Maldición -murmuró McKinnon, soltando a Casey-. ¿Qué le ocurre? -preguntó preocupado.

-Está de parto y con problemas. Llamé a Paul, pero Beth dijo que está en el rancho de Monroe cuidando a su ganado enfermo. No está segura de cuándo podrá llegar aquí.

Casey sabía que Beth Manning era una guardabosques que trabajaba con Durango, y que Paul, su marido era el veterinario de la zona. Antes de poder pensar más, McKinnon, ignorando la presencia de Norris, rozó sus labios y susurró:

-Tengo que irme -y se fue corriendo con Norris a los establos.

-¿Está bien, McKinnon?

McKinnon vio a Casey entrar en el establo. Se había cambiado el camisón y el batín por unos vaqueros y una camiseta, un conjunto más práctico, e igual de sexy. Volvió a centrar su atención en la yegua.

-Eso espero, pero parece que su primer potro le está haciendo pasar por una pesadilla.

-Pobrecita.

-Sí, y el padre no parece que lo lleve mucho mejor -dijo McKinnon mirando a Thunder, que no paraba de moverse con ansiedad-. Si puedes ocuparte de Spitfire y tranquilizarla, llevaré a Thunder a los establos de atrás. Cuanto menos sepa de lo que está pasando, mejor.

-Por supuesto -dijo Casey acercándose a la yegua. Cuando se

quedó sola con ella, trató de calmarla, hablándole suavemente. Como en los humanos, su nivel de ansiedad tendía a aumentar cuando llegaba el momento de dar a luz.

-¿Está bien? -preguntó McKinnon al volver al establo un poco después.

-Sí, está bien -contestó Casey levantando la vista-. ¿Has oído algo de Paul?

-Me llamó al móvil mientras trasladaba a Thunder. Ya ha salido del rancho de Monroe, y está de camino, esperemos que tenga algo para calmar a Spitfire -se acercó a Casey-. Debes de estar cansada después de todo lo que has estado haciendo hoy. Tengo la sensación de que va a ser una noche bien larga. ¿Por qué no vuelves a la casa a dormir?

¿Estaba tratando de deshacerse de ella?

-Estoy bien, McKinnon, y como mañana es sábado, puedo dormir hasta tarde si quiero.

El la miró a los ojos por un buen rato sin decir nada, pero ella sintió cómo volvía a levantar sus barreras. No podía evitar preguntarse por qué se negaba a que se acercara a él. Una parte de ella le decía que lo dejara tal cual, si era lo que él quería. Pero otra parte, la parte que creía que había algo más detrás de lo que veía, decidió no dejar las cosas tal cual. Había alguna razón para que McKinnon actuara de esa manera, y estaba decidida a averiguarla.

-¿No es un potrillo precioso? -dijo Casey emocionada al ver al potrillo que había parido Spitfire hacía un par de horas. Madre e hijo estaban bien, y el orgulloso papá Thunder había relinchado con orgullo.

-Sí -dijo McKinnon de camino a la casa-. Y sé que le va a gustar a tu padre.

-Estoy segura -tras llegar Paul, no había habido tiempo para concentrarse en otra cosa que no fuera el asunto que los ocupaba. Pero ahora estaban otra vez tranquilos.

-Mencionaste algo de quedarte durmiendo hasta bien entrada la mañana. ¿Quiere eso decir que te quedas en el rancho durante el fin de semana? -preguntó McKinnon con un tono de voz neutral, como si no le importara cuál fuera la respuesta.

-Mis padres han ido a pasar el fin de semana con los tuyos. De hecho, mañana voy con todos ellos a una función de teatro en la

ciudad. Si quieres venir, eres bienvenido.

-No, gracias. Tengo trabajo.

-Bien -dijo, sabiendo que era su forma de distanciarse de ella-, entonces, te veo luego -se dio media vuelta y se dirigió rápidamente a la casa de invitados.

Savannah llamó por teléfono para invitar a Casey a comer el domingo. Durango iba a trabajar y no le gustaba nada comer sola. Casey agradeció la posibilidad de alejarse del rancho de McKinnon un rato porque, de nuevo, había empezado a evitarla. Además, apreciaba la compañía de una chica de su edad, y Savannah y ella se habían hecho amigas enseguida desde que se conocieran en la boda de Chase.

Hablaron de toda serie de cosas, pero Casey era la primera en reconocer que el tema del momento era uno que no le importaría cambiar. Miró a Savannah al terminar su plato.

-¿Por qué crees que hay algo entre McKinnon y yo?

-Puedes negarlo todo lo que quieras, pero es obvio, sólo que, sinceramente, creo que no te das cuenta ni tú -dijo sonriendo.

Casey sabía que era una posibilidad, puesto que tenía poca experiencia con los hombres.

-¿Y en qué se nota?

La sonrisa de Savannah se ensanchó.

-Porque os visto a los dos en varias ocasiones y he visto cómo os miráis cuando el otro no se da cuenta. Es como empezaron las cosas entre Durango y yo, aunque en nuestro caso fue tan intenso que nos acostamos el día después de conocernos -se frotó la barriga sonriendo-. Y como bien sabes, el resto es historia.

Casey soltó una pequeña carcajada.

-Pero no os casasteis porque te quedaras embarazada. Se os ve tan enamorados...

-Se supone que ésa era la razón, pero en realidad era el pretexto -dijo Savannah sonriendo ampliamente-. No sabíamos que estábamos enamorados. O quizá en el fondo sí lo sabíamos, pero temíamos admitirlo. Me alegro de que entráramos en razón. No puedo imaginarme mi vida sin Durango, y quiero lo mismo para ti y McKinnon.

-Espera un momento. Me parece que tus ojos están tan llenos de amor por Durango que crees que los ojos de todos los demás

deberían mostrar el mismo brillo. Pero que te quede claro que no hay nada entre McKinnon y yo.

-Como quieras, pero yo pienso lo contrario. Cuando estáis juntos, es como una bomba a punto de explotar y no creo que entiendas lo poderosa que puede ser.

Mmmm, después de dos besos, sobre los que no tenía ganas de hablar en ese momento, sabía cuan explosiva podía ser la pasión.

-Vale, soy la primera en admitir lo extremadamente atraída que me siento por McKinnon. ¿Qué mujer no lo sentiría? Pero eso es todo. Él ha elegido llevar vida de soltero y, en estos momentos, yo estoy tratando de averiguar qué quiero hacer con mi vida, gran parte de la cual ha estado basada en mentiras. Estaba tan absorbida por todo lo que mi madre me contaba sobre ella y mi padre, que soñaba con el mismo tipo de amor para mí con el resultado de que aún soy virgen, ¿te lo puedes creer? -Casey suspiró profundamente.

Había revelado su secreto. Ya no había marcha atrás. Pero en cierta manera se alegraba de haberlo soltado. Nunca había tenido ninguna hermana, y sus hermanos eran las últimas personas con las que hablaría de algo así.

-Creo que es maravilloso que aún seas virgen -dijo Savannah acomodándose en su silla-. Ojalá yo me hubiera reservado para Durango. El único chico antes que él era un cerdo egoísta y me arrepiento hasta del día en que lo conocí, por no hablar de haberme acostado con él -miró a Casey antes de continuar-. Pero por aquel entonces no tenía razones para creer en cuentos de amor y romance. Mi padre era el mayor cerdo de todos. Créeme si te digo que no sentó un buen ejemplo.

-Ya, pero al menos no te dijeron mentiras durante toda tu vida -dijo Casey.

-No, pero a pesar de todo, creo que tienes muchas cosas por las que estar agradecida. Tu madre os cuidó muy bien a ti y a tus hermanos. No debió de ser fácil para una madre soltera, y os crió con buenos valores morales. No todos los niños pueden decir lo mismo, Casey. Y antes de morir quiso que todos supierais la verdad, cuando se podría haber llevado el secreto a la tumba. Aunque hayas echado de menos tener un padre durante tu niñez, finalmente lo has conocido, y mira qué hombre más maravilloso es. Cambiaría a Jeff Claiborne por Corey Westmoreland sin pensarlo dos veces -se hizo

el silencio en la habitación durante unos segundos antes de que Savannah volviera a hablar-. Puede que estés pasando algo más por alto.

-¿Qué?

-Por qué tu madre inventó la historia que inventó. Puede que fuera su manera de afrontar la vida, de asimilar el hecho de que el hombre al que amaba más que a nada en el mundo tenía un corazón que pertenecía a otra. Eso tuvo que ser duro para ella.

Nunca lo había pensado de esa manera. Había estado tan enojada en los últimos dos años por lo que su madre había hecho, que nunca había pensado en el dolor que debió de sentir al saber que, a pesar de lo mucho que ella lo quería, Corey nunca había sentido lo mismo por ella.

-Quiero que me prometas una cosa, Casey.

-¿El qué?

-Si algún día te dieras cuenta de que te importa McKinnon, no te rindas por nada del mundo. No soy adivina, pero siento algo. Incluso cuando parece contento, puedo ver cierta tristeza en él, y no sé por qué. Es como si algo personal lo consumiera, pero no sé qué. Lo he pillado mirándonos pensativo a Durango y a mí durante algunos de nuestros jugueteos. Aunque diga que no se quiere casar y tener hijos, creo que en el fondo es lo que le gustaría. He intentado hablar de ello con Durango, pero se niega a discutir ciertas cosas de McKinnon conmigo.

-Bueno, ya he dicho suficiente -continuó Savannah levantándose de la mesa-. Sólo prométeme que si llega el momento, recordarás lo que te he dicho.

-Lo prometo -dijo Casey con un suspiro.

Capítulo 8

En la comodidad de su oficina, McKinnon dejó caer un informe sobre la mesa. El semental blanco que había hecho traer desde Australia había llegado esa mañana. Crown Royal era un magnífico animal con un aspecto impresionante, una forma atlética excepcional y temperamento. Tras ser capturado, había pasado una temporada con el famoso entrenador Marcello Keaston, y estaba más que preparado para la tarea que tenía reservada para él. Y la yegua elegida era de la más alta calidad. McKinnon no tenía duda alguna de que los potros de Crown Roya] tendrían un gran valor en cualquier subasta. Se puso en pie y se estiró y, automáticamente, dirigió su mirada al calendario de la pared. Habían pasado cuatro días desde la última vez que había tenido alguna interacción con Casey. Se había empeñado en poner tierra de por medio, y ella había hecho lo mismo. Aquella mujer tenía tal poder sobre sus emociones que no podía darse el capricho de estar cerca de ella. Alguien llamó a la puerta.

-Adelante.

Sonrió al ver a Durango.

-¿Cómo va todo, Rango?

-Bien. Acabo de dejar a Savannah en la peluquería, y pensé en pasarme por aquí para matar en tiempo. Acabo de ver a Crown Royal. Es una preciosidad.

-Sí, lo es -dijo orgulloso, y se sentó-. Y nos traerá mucho dinero en los próximos años. Ya me ha llamado Mike Farmer.

-Las noticias vuelan.

-Lo cual me parece bien mientras sea a nuestro favor, y ya conoces a Mike. Quiere ser el primero en todo, y tiene dinero para conseguirlo. Ahora que hemos elegido a Courtship como la yegua a

aparear, ha insinuado que comprará todos los primeros potros de Crown -Courtship era producto de Thunder y una yegua australiana llamada Destiny, y era conocida por su velocidad-. Y hoy también me ha llamado Jamal.

-¿Quería saber cómo va Prince Charming? -preguntó Durango apoyándose en la puerta.

-Sí, y quiere que me reúna con dos de sus socios en Washington capital esta semana. Están interesados en nuestro programa de cría de caballos.

-¿Va a estar presente Jamal?

-No. El estado de Delaney lo tiene atado a Teherán. Irán a la boda de Ian el mes que viene, pero aparte de eso, el médico no quiere que se dedique a recorrer el mundo en avión.

-Lo entiendo puesto que tenemos a un montón de Westmoreland embarazadas -dijo Durango riendo-. Entonces, ¿irás a Washington?

-Sí, saldré por la mañana temprano, y lo más probable es que no vuelva hasta el sábado.

-Parece que te perderás la fiesta de Casey.

-Probablemente -McKinnon no quiso añadir que quizá fuera bueno que lo hiciera-. ¿Te gustaría beber algo?

-No, gracias -dijo Durango sacudiendo la cabeza-. Savannah va a cocinar esta noche, y no quiero que se me quite el apetito. Por cierto, estás invitado.

McKinnon pensó en la invitación de Durango. Si estaba invitado, probablemente Casey también, así que decidió rechazarla. Lo último que deseaba era torturarse viéndola al otro lado de la mesa sin poder tocarla.

-Gracias por la invitación, pero tengo mucho papeleo que hacer antes de irme mañana. Antes de que Durango pudiera decir que era una excusa poco convincente, McKinnon añadió-: Durango, ya que estás aquí, ¿puedes echarle un vistazo a las cuentas? Estoy seguro de que verás que todo está bien.

-¿No es lo que ocurre siempre? -cruzando la habitación, tomó asiento en el otro escritorio.

Cuando decidieron asociarse sabían que la cría de caballos era un negocio arriesgado, pero estaba mereciendo la pena. M&D se había ganado el respeto de sus compañeros en el negocio en pocos años, y ahora estaba dando más beneficios de los que Durango o

McKinnon habían imaginado.

-¿Cómo está funcionando Casey? -preguntó Durango unos minutos después.

-Bien. Está aplicando un método que lleva más tiempo, pero no tengo ninguna duda de que va a funcionar. Sabe lo que hace, está claro -McKinnon decidió no mencionar que muchas veces se quedaba junto a la ventana de su oficina para observar a Casey con los caballos, pero sobre todo a Casey. Y cada vez que la veía, pensaba en los apasionados besos que habían compartido. Maldita sea, el deseo de sentir sus labios otra vez era casi irresistible a pesar de que llevaba días tratando de reprimirlo. Aun así podía recordar claramente la calidez de sus labios, y el breve suspiro justo antes de enredar su lengua con la suya y...

-¿Y qué tal llevas su presencia en el rancho?

McKinnon le dirigió una mirada que claramente decía que no muy bien.

-Tu prima es una bella mujer que puede distraer a cualquiera si se la deja, Rango.

-¿Y eso es malo?

McKinnon soltó un profundo respiro.

-De todas las personas que conozco, eres el único que sabe lo malo que podría ser si dejara que se me fuera de la mano. Mientras que mantengamos una relación de jefe-empleada, estamos bien -dijo, sabiendo que no había sido capaz ni de eso-. Hace años que tomé una decisión que sabía que iba a afectar cualquier relación futura con las mujeres. En aquel momento pensé que era lo correcto, y todavía lo pienso.

-Sí -dijo Durango cerrando los libros de contabilidad-. Lo entiendo, y como te dije entonces, apoyo tu decisión. Pero no es el fin del mundo. ¿Por qué no consideras otras opciones?

McKinnon no contestó. Al menos no de inmediato. Y cuando lo hizo, su voz estaba llena de la angustia que a veces sentía.

-He considerado esas opciones, pero no puedo esperar que toda mujer que conozco también las considere, Rango. Lynette no lo hizo. Créeme, es mejor así.

Durango se inclinó hacia delante en la silla en la que estaba sentado, con su mirada fija en la de su amigo.

-Elegir pasar el resto de los días de tu vida solo no es lo mejor,

McKinnon. Hubo un tiempo en el que los dos pensábamos que vivir así nos funcionaría, pero desde que Savannah está en mi vida, me alegro de que las cosas transcurrieran como lo hicieron. Si no, moriría solo y miserable. Además, a juzgar por la forma en que mirabas a Casey la noche de la cena, no creo que te resulte tan fácil como dices. Era obvio, al menos para mí, que la deseabas con desesperación. Pero creo que es algo más que eso. Creo que te estás enamorando, McKinnon.

-No -gruñó McKinnon-. Te equivocas completamente.

-Ya veremos.

-Maldita sea, no hay nada que ver -exasperado y enfadado por dejar que la suposición de Durango lo aguijoneara, se levantó con un impulso de la silla-. Voy a salir -dijo tenso.

-¿Adónde?

-A montar a Thunder.

Se dio la media vuelta y, antes de que Durango pudiera parpadear, un airado McKinnon salió de la habitación.

Casey entornó los ojos ante el resplandor del sol de mayo, y vio a un jinete a caballo acercándose. Aguantó la respiración al reconocer a McKinnon. El cabello, suelto, le caía sobre los hombros. Casey tragó saliva e intentó calmar los latidos que sentía en el pecho. Al verlo recordó los apasionados besos que habían compartido, cada cual más osado que el anterior.

-Hola, McKinnon -dijo cuando se detuvo junto al riachuelo, en el lugar donde estaba ella con su caballo. Había terminado pronto con Prince Charming, y había decidido ir a dar un paseo antes de ir a comer con Savannah.

-Casey. Veo que has decidido dar un paseo -dijo en un tono prudente y educado.

-Sí, y antes de que insinúes lo contrario, ya le he dado un buen entrenamiento a Prince Charming.

-No iba a insinuar nada. Por lo que he oído, ayer su velocidad fue incluso mejor de lo que esperaba Jamal, lo cual quiere decir que tu método funciona.

-Te dije que lo haría -dijo ella cruzándose de brazos.

-Sí, lo dijiste -asintió. Unos minutos después, tras un profundo suspiro, dijo-: Mañana por la mañana me voy a Washington, y lo más probable es que no vuelva hasta el sábado. Si necesitas algo

mientras estoy fuera, habla con Henrietta o Norris.

La idea de que se ausentara, a pesar de haber estado evitándola otra vez, hacía que se le encogiera el estómago, pero trató de negarlo. ¿Por qué le iba a importar que se fuera de viaje? No significaba nada para ella, ni ella para él.

-Gracias por decírmelo -dijo tratando de mantener su voz firme-. Que tengas un buen viaje.

Le indicó a Thunder que se diera la vuelta para marcharse, pero al tensar las riendas para hacerlo, las palabras de Durango retumbaron en sus oídos. Antes incluso de que su amigo se lo dijera, McKinnon sospechaba que era verdad lo que alegaba. Sus sentimientos por Casey habían ido en aumento desde el día en que había puesto pie en el rancho, lo cual no era nada bueno, pues no podía resultar nada de ello. Aun así, no podía subirse a un avión al día siguiente sin llevarse el recuerdo de otro beso con él. Thunder dio unos pasos antes de que McKinnon lo detuviera y le hiciera dar la vuelta. La razón por la que había salido a dar una vuelta a caballo era escapar del recuerdo de Casey. Pero allí estaba, mirándolo en medio de un silencio electrizante. Sin poder resistir su voluntad, se bajó del caballo y se encaminó hacia ella.

Casey observó a McKinnon. Sus bellas facciones eran tan duras como el granito, pero a su vez estaban llenas de sensualidad y deseo. Tras la última vez que se habían besado y después hacerse él invisible de nuevo, ella se había jurado no volver a dejarle que se acercara. Pero cuanto más se aproximaba, más sospechaba que lo que había empezado a sentir por McKinnon era demasiado profundo para negarlo.

Cuando se detuvo frente a ella, pudo ver por los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo, que estaba haciendo esfuerzos para vencer su deseo de tomarla en sus brazos. Entonces decidió ponérselo fácil y abrirle los suyos. Le puso las manos en las mejillas y, de puntillas, se inclinó hacia delante con la intención de darle algo sobre lo que pensar durante el viaje. Primero predispuso sus labios con un par de rápidos roces con la lengua, ignorando el profundo suspiro con cada caricia. Había decidido que aquel beso era suyo, y que iría despacio y con suavidad, saboreando cada momento. Guiándose más por instinto que por experiencia, rozó su mandíbula con la punta de los dedos. Con un suspiro, él entreabrió

los labios, y ella deslizó su lengua y empezó a deleitarse como si fuera el bocado más sabroso que hubiera devorado jamás. Y cuando sus lenguas se encontraron, algo parecido a un terremoto retumbó en su interior, liberando un deseo que sólo sentía cuando estaba en sus brazos. Tuvo que agarrarse rápidamente a sus hombros para evitar perder el equilibrio.

Lo soltó al oír a uno de los caballos hacer un ruido. Apoyó la frente en McKinnon mientras ambos trataban de recuperar la respiración. Unos momentos después, McKinnon retrocedió, y se frotó los ojos y la cara con las manos. Entonces murmuró algo tipo «maldita sea», y se alejó. Ella lo vio montarse sobre Thunder y desaparecer como si el demonio lo persiguiera.

-¿Estás bien, Casey? -le preguntó Savannah por la tarde, mientras disfrutaban de las vistas de las montañas sentadas en el porche. Savannah había preparado un pollo con la receta que le había sonsacado a Chase Westmoreland, el cocinero de la familia. Chase y su mujer tenían un restaurante en Atlanta. Y resultó que la esposa de Chase, Jessica, era la hermana de Savannah. No hacía falta decir que la comida había estado deliciosa. Y hablando de deliciosa... sus pensamientos volvieron a McKinnon. Probablemente estaba de vuelta en el rancho, preparando las maletas para salir temprano por la mañana. Se preguntaba si también estaría pensando en el beso de esa tarde.

-¿Casey?

-Sí, estoy bien. Estaba pensando en algo.

-¿Algo o alguien?

Casey sonrió. Definitivamente, estaba pensando en alguien. McKinnon tenía la manía de volverla loca con un beso para, a continuación, distanciarse lo más posible.

-No lo entiendo.

-¿El qué?

-¿Por qué iba un hombre, que parece disfrutar besándome, a distanciarse nada más hacerlo? ¿Como si se arrepintiera de haberlo hecho?

-Parece que teme involucrarse demasiado -dijo riendo-. ¿Te molesta que te bese?

-Sí. No. No lo sé -balbuceó Casey-. Pero nuestros besos no significan nada.

-¿Y qué te hace pensar eso?

-Créeme, son sólo besos. Si fueran algo más, no se arrepentiría el día siguiente.

-Evidentemente McKinnon te desea pero se controla. Me pregunto cuánto podrá aguantar.

-No sé -dijo Casey encogiendo los hombros-, pero no puedo preocuparme por algo así.

-Casey Westmoreland, ¿no te interesa ni lo más mínimo saber por qué teme verse en una relación seria?

-No soy tan inocente como crees, Savannah. Te recuerdo que tengo dos hermanos, de modo que sé porqué algunos hombres no buscan relaciones serias. Se trata de fobia al compromiso. Mientras yo estaba llena de románticas ilusiones de amor eterno, mis hermanos cambiaban de mujer como de camiseta. Y McKinnon, como ellos, está lleno de testosterona, así que estoy segura de que el sexo es su filosofía de vida.

-Aun así, si un hombre se mostrara interesado por mí un día, y actuara como si no existiera al día siguiente, me gustaría saber por qué -dijo Savannah-. Así sabría cómo tratarlo.

De camino a casa, Casey admitió que Savannah había hecho una buena pregunta. ¿Por qué McKinnon ponía frenos a todo lo que surgía entre ellos? No iban a estancarse en los besos sin jamás ir más allá, ¿no? Cada vez que la abrazaba, sentía emociones que no había sentido antes. Su cuerpo aumentaba de temperatura y se excitaba como si hubiera reconocido a su media naranja, lo cual era una locura, ¿o no? ¿Podría McKinnon ser el hombre? Su madre siempre le había dicho que una mujer reconocía al hombre que estaba destinado a ser su pareja. Y aunque le hubiera llenado la cabeza con mentiras sobre ella y Corey, Casey no tenía más que mirar a su alrededor para saber que el auténtico amor existía para algunos como Durango y Savannah, su padre y Abby, los padres de McKinnon, por nombrar unos pocos. Y luego estaban todos esos Westmoreland que estaban felizmente casados.

McKinnon miró por la ventana de su dormitorio cuando oyó volver a Casey. Aprovechó su posición para observarla sin ser visto. Estaba oscuro, pero las luces exteriores iluminaban lo suficiente como para poder verla. Llevaba unos vaqueros y una camisa verde con cuello

de pico. Tenía puestas unas botas, y su pelo parecía alborotado, dando la impresión de acabar de estar en la cama con alguien o de haber conducido el coche con la ventana abierta. Prefería pensar que se trataba de lo segundo.

Cuando entró en su casa y cerró la puerta, él se retiró de la ventana, preguntándose por qué tenía ese sentimiento protector hacia una mujer que ni siquiera era suya, ni lo sería jamás. Cualquier hombre en su situación tendría el sentido común y la decencia de dejarla en paz. De hecho, cualquier hombre con un poco de sentido común no la habría besado, para empezar, y ni mucho menos lo habría repetido después. No había ninguna razón para que se sintiera como se sentía, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero daría lo que fuera para tenerla entre sus brazos y besarla una vez más, aunque sólo fuera por un minuto, una hora... una noche, pues ya se había dado cuenta de que si se trataba de Casey, los besos no bastarían. Despertaba un deseo tan intenso en él que no hacía falta mucho para que los implacables latidos endurecieran su cuerpo, como le estaba ocurriendo en ese momento.

Deseaba sentir la dureza de sus pezones en su pecho, acercarla tanto como fuera posible a su cuerpo para aliviar sus dolorosas palpitaciones. Deseaba besarla de nuevo, devorarla, saborear cada rincón... o dejar que ella llevara el control como había hecho junto al arroyo esa tarde. A pesar de su inexperiencia, su técnica había sido infalible, hasta el punto de que aún sentía el ardor que había provocado en su cuerpo. Alrededor de ella parecía que perdía todo sentido común. Ahora no podía evitar imaginársela preparándose para irse a la cama, duchándose, dejando que el agua recorriera su cuerpo desnudo. Deseaba más que nada poder estar en esa ducha con ella, sostenerla contra los azulejos de la pared y escucharla pronunciar su nombre cuando le hiciera llegar al clímax. Unas campanas de advertencia empezaron a resonar en su interior, recordándole la razón por la que jamás podría haber nada serio entre ellos, pero rechazó el aviso con un gruñido mientras se dirigía hacia la puerta trasera. Estaba demasiado alterado para poder pensar racionalmente.

Casey oyó un fuerte golpe en la puerta. Se ató el lazo del batín mientras cruzaba el salón, preguntándose si le habría pasado algo a

Prince Charming. Echó un vistazo por la mirilla, y vio que era McKinnon. Rápidamente, abrió la puerta.

-¿Qué ocurre?

-Nada.

Casey lo miró a los ojos, y vio la inequívoca mirada de un hombre excitado en busca de algo para calmarlo. No sabía si arrastrarlo adentro o salir corriendo a ponerse a salvo. Tragó saliva, tratando de apagar el deseo de entregar a aquel hombre todo lo que quisiera. Tenía que mantenerse firme y no ponerle las cosas fáciles. Bueno, no demasiado fáciles.

-Entonces, ¿qué haces aquí, McKinnon? -no podía ser más directa, pensaba.

McKinnon se quedó mirándola. Tenía, como había pensado, el pelo aún húmedo de la ducha, y estaba lista para acostarse. Alargó una mano y rodeó la suya. Sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo de Casey.

-He venido porque quería darte un beso de despedida antes de irme por la mañana.

-¿Para qué? ¿Para tener una razón para ignorarme cuando vuelvas el sábado?

Al parecer, se había tomado su comportamiento después de cada beso como rechazo, pero él sólo había tratado de proteger su cordura no empezando algo con ella que sabía que no podría finalizar. Distanciarse de ella le había parecido la única solución posible. Mientras él lo veía desde un punto de vista positivo, ella lo hacía negativamente. Pero ahora no estaba en condiciones de ser noble.

-No, ésa no es la razón. Te quiero besar para llevarme el sabor a ti conmigo.

Desde luego, sabía muy bien qué decir para ablandarla. Pero se negaba a ceder hasta tener las respuestas que buscaba.

-¿Por qué? ¿Por qué te has apartado cada vez que nos hemos besado? -preguntó con suavidad.

El se quedó mirándola un momento, consciente de que tenía que ser honesto con ella, todo lo honesto que fuera capaz.

-Yo no lo veo así, Casey. No me he distanciado de ti, sino de la tentación. Era o eso o intentar acostarme contigo cada vez que estoy cerca de ti. Hasta ese punto te deseo.

-¿Y eso te parece malo? -preguntó, tratando de entender.

-Desde luego, bien, no me parece. Eres la hija de Corey, la prima de Durango. Para mí, los Westmoreland son como mi familia. No creo que si empiezo algo contigo pueda llevar a ninguna parte. Y dudo que ninguno de ellos se alegrara si lo hiciera.

-¿Y estás seguro de que no llevaría a ninguna parta?

-Sí. No quiero ir en serio con ninguna mujer. El matrimonio no entra en mis planes.

-¿Puedo preguntarte por qué?

-No. Ése es un tema que no está abierto a discusión. Simplemente no entra en mis planes, dejémoslo así -sus palabras eran una clara señal de que alguna mujer le había hecho daño. ¿Por eso aún estaba amargado y se negaba a entregarle su amor a cualquier otra mujer?

-Entonces, ¿qué haces aquí, McKinnon? Sigo siendo la hija de Corey y la prima de Durango, y tú sigues sin buscar nada a largo plazo.

Él soltó su mano y se apoyó en el marco de la puerta. La recorrió con la mirada de pies a cabeza. Estaba muy sexy con el batín de seda negro.

-Porque -dijo mirándola a los ojos-. A pesar de ser la hija de Corey y la prima de Durango, no puedo negar que eres una mujer enormemente deseable -con el nudillo de la mano bajo la barbilla de Casey, hizo que levantara la mirada y lo mirara a los ojos, y añadió-: Y una mujer que me gustaría tener en mi cama -las palabras, pronunciadas con una sensual voz ronca, le produjeron a Casey escalofríos por todo el cuerpo, e hicieron que sus pezones se endurecieran bajo el fino batín y que tuviera una sensación de calor entre el vientre y las piernas.

-¿Y has tomado esa decisión así, porque sí?

-No. Me ha costado tres semanas, y la he tomado sólo después de que tomaras la iniciativa y me besaras esta tarde, haciendo que me diera cuenta y aceptara que eres una mujer y que también tienes necesidades.

Casey se preguntaba qué pensaría si supiera que él era quien despertaba esas necesidades, porque las «necesidades» a las que se refería no habían despertado en ella nunca antes. Se mordisqueó los labios nerviosa.

-¿No preferirías mordisquear mis labios?

Casey trató de deshacer el nudo que tenía en la garganta. Desde luego, sabía cómo estimular sus emociones, y se dio cuenta de que estaba empezando a perder la batalla. Suspiró profundamente, y retrocedió un paso. El la siguió, cerrando la puerta tras él. Era alto y robusto. Su musculoso pecho estaba cubierto por una camisa color tostado que resaltaba el tono dorado de su piel. Su melena caía sobre sus hombros, y sus ojos brillaban con intensidad. McKinnon Quinn era, definitivamente, la fantasía de toda mujer. Antes de que ella pudiera dar otro paso, él la enganchó por el brazo, atrayéndola hacia él.

-Cuando dije que quería llevarme tu sabor conmigo, lo decía en serio.

Entonces se inclinó hacia delante, y atrapó sus labios entre los suyos, ahogando el suspiro de placer que se escapaba. Un intenso deseo recorrió sus venas, e intensificó el beso, eliminando toda distancia física existente entre ellos en las últimas semanas, y la que tendrían que soportar los próximos tres días. Devoró sus labios como un hombre hambriento que necesitara disfrutar de su sabor tanto como respirar, y cuando la rodeó con los brazos, presionó su cuerpo contra el suyo para que sintiera cuánto la deseaba, cuánto la necesitaba. Ella lo correspondió rodeando con los brazos su cintura mientras continuaba deleitándose con sus besos. Le sabía a gloria. Sintió que la elevaba en sus brazos, pero en lugar de llevarla al dormitorio, como pensaba que haría, la llevó al sofá, donde la dejó con cuidado. Se retiró un poco y se dedicó a mirarla desde arriba. Ella notó el enorme bulto tras la cremallera de sus vaqueros, y la oscura mirada de sus ojos.

Despacio, se arrodilló frente a ella, se inclinó y abrió el batín, descubriendo que no llevaba nada debajo, a excepción de sus braguitas. La miró a los ojos unos segundos antes de descender para atrapar uno de sus pezones entre sus labios. Se deleitó con tanta intensidad como había hecho antes con sus labios. Cada vez que le succionaba los pezones, sentía una ola de calor y sensualidad en el abdomen. El continuó su recorrido hacia abajo con los labios. Al llegar a su estómago, le besó el ombligo y dibujó círculos a su alrededor antes de continuar descendiendo.

Ella pensó que sus braguitas lo detendrían, pero pronto descubrió que no tenía intención de que lo obstaculizaran. Se tensó cuando, con sus dedos, deslizó el ligero tejido por sus muslos, dejando al descubierto la zona que estaba buscando. La acarició en esa zona y, en el momento en que lo hizo, ella sintió un intenso temblor. Sus dedos se sumergieron entre los oscuros rizos para juguetear con su sensible protuberancia y comprobar la humedad entre sus piernas antes de deslizarse adentro.

-McKinnon -pronunció su nombre con un sensual ronroneo mientras él acariciaba su interior, provocando olas de placer por todo su cuerpo, y un intenso grado de excitación.

Él inclinó su cabeza sobre ella para ocupar con la punta de su lengua el lugar donde habían estado sus dedos. Las sensaciones de la primera caricia con su lengua fueron tan potentes que pensó que se iba a desmayar. Y cuando elevó sus caderas con las manos para acercarla a su boca, ella gimió su nombre desde lo más profundo de su garganta. El la acarició sin parar, estimulando cada nervio sensorial de su cuerpo, haciendo que temblara todo su cuerpo. Había prendido un fuego que dudaba poder extinguir. Y, justo cuando pensaba que la iba a consumir, las sensaciones la sobrecogieron haciendo que gimiera sin poder contenerse. Cerró los ojos pensando que eso la ayudaría a suavizar el impacto, consiguiendo el efecto contrario. Un segundo después, algo en su interior explotaba en millones de sensaciones.

Cuando, finalmente, apartó su boca de ella, ella abrió los ojos y lo miró. Antes de poder decir nada, él la besó. Y cuando se retiró unos momentos más tarde, se quedó contemplándola. Su cuerpo latía y gemía de dolor por estar dentro de ella, pero sabía que aquella noche no era el momento. Ella tendría que aceptar sus términos antes de que pudiera ocurrir.

-¿McKinnon?

El se inclinó para rodearla con sus brazos con cuidado. Al soltarla, la miró a los ojos.

-Antes de ir más lejos, Casey, tengo que estar seguro de que entiendes que esto es todo lo que podemos compartir. Tengo que saber que puedes sentirte satisfecha con ello. Piénsalo mientras estoy fuera -besó sus labios de nuevo, con una desesperación que la hizo gemir otra vez. Y, sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta

y se dirigió hacia la puerta. Sin mirar atrás, se fue.

Capítulo 9

-McKinnon, has vuelto -dijo Morning Star Quinn sorprendida, sonriéndole a su hijo mayor-. No te esperábamos hasta mañana, y pensábamos que te ibas a perder la fiesta.

-Pude finalizarlo todo un día antes -dijo él mirando a su alrededor. No era una fiesta pequeña. Su madre y Abby, definitivamente, habían montado todo a lo grande. Pero no debía sorprenderlo.

Miraba alrededor de la habitación, buscando a una persona, la protagonista de la fiesta, la mujer que había ocupado sus pensamientos desde que se fue de viaje. Sonrió al encontrarse con la mirada de Stone Westmoreland. Debió de llegar a Montana mientras McKinnon estaba fuera. Lo saludó con un gesto, y siguió buscando con la mirada. Un denso grupo de invitados se abrió, despejando la zona, y McKinnon se tensó al ver a Casey en una esquina, cercada por Rick Summers. Estaba preciosa vestida de blanco, con un conjunto de falda y blusa.

-McKinnon, ¿te gustaría tomar algo?

La pregunta de su madre desvió su atención.

-No, estoy bien así -dijo forzando una sonrisa-. Creo que voy a socializar un poco -al diablo con la socialización, pensó mientras iba derecho hacia donde se encontraban Casey y Summers. Ninguno de los dos se había percatado de su llegada.

-McKinnon, pensaba que llegabas mañana -dijo Durango, apareciendo de la nada y bloqueándole el camino.

-Ahora no, Rango -gruñó-. Lo único que quiero hacer es darle un puñetazo a Summers.

-¿Por qué ibas a hacer algo así? -preguntó en voz baja.

-Porque Rick Summers es un...

-Cerdo -dijo Durango, terminando la frase por él-. Eso no es nuevo. Ven, vamos a tomarnos un par de cervezas y a relajarnos.

-No quiero relajarme. Quiero...

-Partirle la cara a Summers, lo sé, pero tienes que calmarte y decirme por qué verlo con Casey te ha puesto tan nervioso. Es mi prima, de modo que tengo una buena excusa para querer participar contigo, pero no sé si te has dado cuenta de que no soy el único Westmoreland aquí esta noche. Stone está aquí, al igual que Corey, Clint y Cole.

-¿Clint y Cole han venido? -preguntó mirando a su alrededor.

-Sí, pero es posible que estén vigilando al hombre equivocado. Quizá seas tú a quien deben vigilar. La última vez que hablamos dijiste que no te estabas enamorando de Casey. Si esto no es estar enamorado, entonces me gustaría saber qué es que un hombre quiera romperle la cara a otro sólo porque esté hablando con una mujer que se supone que no le importa. A lo mejor, en lugar de ir a romperle la cara a Summers, lo que debes hacer es pensar seriamente en lo que acabo de decir -a continuación Durango se marchó.

Casey pensó que no iba a ser capaz de ocultar mucho más lo pesado que le resultaba Rick Summers si continuaba acaparándola mucho más. En menos de veinte minutos había descubierto que aquel hombre estaba tan lleno de egocentrismo que era una vergüenza. Tenía un ego enorme y, en algún momento de su vida, alguna mujer lo había convencido de que era el hombre ideal de cualquier mujer. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaban Clint y Cole cuando los necesitaba? Esperaba que alguno de ellos viniera y pusiera cualquier excusa para llevársela, pero por el momento no había rastro de ellos. Siguió mirando alrededor de la habitación y, de repente, se quedó sin respiración al encontrarse con la mirada de McKinnon. La adrenalina, combinada con la sorpresa, empezó a provocar extrañas reacciones en su cuerpo. No lo esperaba hasta el día siguiente, y verlo ahora, al otro lado de la habitación, hablando con uno de sus hermanos al mismo tiempo que la recorría con la mirada, no hacía más que elevar su nivel de adrenalina. Enseguida recordó la noche antes de salir de viaje. Sólo pensar en ello le producía escalofríos por todo el cuerpo, al tiempo que sentía un cosquilleo en la entrepierna.

-¿Te gustaría salir afuera un rato?

Las palabras de Rick interrumpieron sus pensamientos. Miró a Rick.

-No, no quiero salir, Rick. Soy la invitada de honor, y no quedaría bien que desapareciera.

-A quién le importa esta gente -dijo con un movimiento de hombros.

-A mí. La mayoría son amigos de mi padre -replicó con el ceño fruncido.

Viendo que Casey se había molestado, Summers intentó volver a ganarse sus favores.

-No quería decir eso... -objetó-. Desde luego, puedo entender que ahora no sea un buen momento, pero antes de que termine la noche, quizá podamos escaparnos...

-¿Me concedes este baile?

La profunda y ronca voz hizo que ambos se dieran la vuelta. La sorpresa de Rick pronto se transformó en irritación.

-¿De dónde vienes, McKinnon? Pensaba que volvías mañana.

-¿Ves lo que pasa cuando piensas, Summers? -dijo medio sonriendo. Se volvió hacia Casey y le tendió la mano--. ¿Bailas conmigo, Casey?

-No, no va a bailar contigo. Como ves, está conmigo -gruñó Summers.

-¿Ah, sí? -preguntó McKinnon sin dejar de mirar a Casey a los ojos.

Consciente de que no tenía otra opción, Casey puso su mano en la de McKinnon.

-Bienvenido, McKinnon, me encantaría bailar contigo-. Luego se volvió hacia Rick-. Discúlpanos, por favor -Casey podía sentir la airada mirada de Rick clavada en su espalda mientras se alejaba, pero en aquel momento, no le importaba en absoluto. Y cuando McKinnon la tomó en sus brazos y enlazó sus dedos de forma posesiva con los suyos, Rick ya no era más que un borroso recuerdo en su mente.

McKinnon había sido muy oportuno. Estaban tocando una pieza lenta, y no podía imaginarse estar en otro lugar que no fuera en sus brazos, deslizándose por el suelo al ritmo de la música. Bueno, en realidad eso no era verdad, pensó. Había otro lugar donde podía

imaginarse estar con él, en su cama. Había dado muchas vueltas a la cabeza durante sus tres días de ausencia. Deseaba a McKinnon Quinn. Simple y llanamente. No necesitaba promesas de amor para la eternidad, ni ninguna pretensión de algo que no fuera verdad. Independientemente de lo que él sintiera por ella, ella lo amaba. Se había dado cuenta al despertar a la mañana siguiente y recordar los momentos de intimidad que habían compartido la noche anterior, y concienciarse de que estaba a kilómetros de distancia. Pero no iba a pretender algo que no existía, como había hecho su madre. Por el contrario, aceptaría lo que pudiera y sería feliz con ello.

Cuando se terminó la canción, él bajó la cabeza para susurrarle al oído:

-¿Podrías salir conmigo un minuto?

En el caso de McKinnon, a diferencia de Rick, Casey no tuvo duda alguna al responder.

-Sí.

De la mano, McKinnon la llevó afuera. Una vez en el porche, rodeó su cintura con el brazo, y la llevó a un lugar privado.

-Éste es un buen sitio -dijo deteniéndose a la sombra del granero, fuera del alcance de miradas curiosas. La rodeó con sus brazos.

-¿Un buen sitio para qué? -preguntó sintiendo un escalofrío de puro deseo en su piel.

-Para esto -y entonces inclinó la cabeza y atrapó sus labios entre los suyos, abrazándola con más fuerza. Sus besos parecían cada vez más apasionados, más intensos, más osados y profundos. Se le aceleró el pulso, y su amor por él se multiplicó por diez. Ahora entendía por qué se había sentido tan atraída por él desde el principio. Cuando dejó de besarla dijo:

-Esta era la bienvenida que necesitaba, Casey -susurró pegado a sus húmedos labios-. El tipo de bienvenida que pensaba tener a mi vuelta.

-Espero no haberte decepcionado -dijo ella sonriendo.

Él le dedicó una de esas raras sonrisas McKinnon y dijo:

-Jamás podrías decepcionarme -y unos momentos después, preguntó-: ¿Has pensado lo que te pedí que pensaras antes de irme?

-Sí.

-¿Y?

-Acepto los términos. No habrá expectativas.

El la contempló un buen rato antes de asentir.

-¿Y estás a gusto con ello?

-Sí.

-¿Cómo has venido esta noche?

-Cole vino a recogerme.

McKinnon se alegraba de que no hubiera sido Rick.

-Le diré a tu hermano que yo te llevaré al rancho cuando termine la fiesta.

-De acuerdo.

El volvió a besarla antes de apartarse reacio.

-Supongo que tenemos que volver a entrar –dijo en un tono que ponía en evidencia que prefería que darse allí fuera con ella-. No sería buena idea que te acaparara toda la noche.

-Yo no me quejaría si lo hicieras.

Un largo y tenso silencio se extendió entre ellos, y Casey se preguntó qué estaría pensando. No tenía ni idea, pero sí sabía lo que había en su propia mente.

Se aseguraría de que, en adelante, lo último que querría hacer McKinnon sería distanciarse de ella. Tenía la intención de darle la vuelta a la tortilla, y darle a probar un poco de seducción al estilo Westmoreland.

Nunca antes había pensado McKinnon que la distancia entre la casa de sus padres y la suya fuera tan grande. Parecía como si llevara conduciendo horas en lugar de minutos. Debería sentirse tranquilo y relajado por la decisión de Casey de aceptar una relación sin compromisos, pero todo lo que sentía era tensión y deseo por la mujer que estaba sentada a su lado. Echó un vistazo a Casey por el rabillo del ojo. No había dicho mucho desde que abandonaron la fiesta.

Cuando volvieron adentro después del beso, no le sorprendió que Rick Summers hubiera estado buscándola, decidido a permanecer pegado a ella. Pero Casey le dijo que, como invitada de honor, debía pasar tiempo con todos los invitados, no sólo con él. McKinnon sonrió al recordar que no le gustó mucho y, finalmente, se marchó. También recordó el segundo baile con Casey, casi al final de la noche, que los urgió a dejar la fiesta lo antes posible sin levantar sospechas. En el momento en que la tuvo pegada a él,

sabiendo que más tarde sería toda suya, empezaron a arderle las sienes. Y por la forma en que ella había temblado en sus brazos, sabía que era perfectamente consciente de su estado de excitación. La deseaba como nunca había deseado a una mujer, ni siquiera Lynette.

Apretó el volante con sus manos al sentir un profundo dolor en el abdomen. En el vuelo de Washington a Montana, había estado pensando en el momento en que la tuviera en sus brazos, en que la besara... en el momento en que le hiciera el amor. No había podido evitar pensar en ello. Cada vez que cerraba sus ojos pensaba en ella en su cama, pensaba en sumergirse en ella tan profundamente que...

-Me alegré mucho de ver a Spencer -dijo el hermano de Durango, que se había establecido en California-. Y me pareció interesante que esté en medio del proceso de compra de un viñedo en Napa Valley.

-A mí también, pero Spencer siempre ha sido el genio de las inversiones financieras en la familia Westmoreland.

-Y qué noticia más maravillosa la de Spencer y Madison, ¿no? -comentó unos minutos después-. Me alegro tanto de que vayan a tener un bebé...

-Yo también. Abby está extática ante la perspectiva de convertirse en abuela.

-Y mi padre será abuelo. Otro bebé Westmoreland. Es maravilloso.

McKinnon no dijo nada durante un buen rato, pero luego preguntó:

-¿Te gustaría tener hijos algún día?

-Por supuesto. No necesito una casa repleta como dice Madison que le gustaría tener, pero me gustaría tener al menos dos niños.

Un sentimiento de desilusión lo invadió. Pero no podía culpar a Casey por desear tener un hijo algún día, un hijo que él no podría darle.

-¿Tu viaje a Washington fue productivo, McKinnon?

Su pregunta volvió a centrar su atención.

-Sí, creo que sí. Los amigos de Jamal estaban impresionados con nuestra forma de hacer las cosas en América, especialmente en lo que se refiere a la cría de caballos. Han formado una sociedad y quieren criar caballos de pura raza para carreras, incluidos Black

Sterling Friesians.

-Esos caballos son preciosos. Mi tío crió y entrenó a uno.

-¿Y cómo le fue?

-Bien. Mi tío era un hombre muy paciente. El nombre del caballo era Roving Rogue. Tenía fijación por una yegua, y ningún método de persuasión logró que cooperara con el entrenador hasta que no consiguió lo que quería.

McKinnon sabía lo que quería decir, pero quería se lo explicara.

-¿Lo consiguió? ¿Cómo?

Sintió la mirada de Casey sobre él, como una ardiente caricia. Se preguntaba si se lo explicaría en detalle.

-Yo no debí haberlo visto la noche que ocurrió, pero salí de mi habitación a hurtadillas, y tuve la oportunidad de verlo. Sólo tenía catorce años, y supongo que el tío Sid pensaba que la visión de unos caballos copulando era demasiado intensa para mis ojos. Iba a ser un asunto privado con el tío Sid y Vick, el principal entrenador, como observadores. Ambos se escondieron fuera del campo de visión de Roving Rogue para no interrumpir el proceso, pero dudo que a Roving Rogue le hubiera importado tener espectadores aquella noche. Deseaba tanto a aquella yegua... Creo que, al principio, la yegua se asustó al ver la intención de Roving Rogue en sus ojos, pues no dejaba de retroceder sacudiendo la cabeza como diciendo: «Ni hablar». Y entonces... él pareció persuadirla para que se tranquilizara haciendo cabriolas a su alrededor, y relinchando unas cuantas veces. Supongo que ella empezó a sentirse más cómoda, o simplemente lo deseaba lo suficiente como para dejar que se acercara para olisquearla. Evidentemente, debió de gustarle, pues en menos de un abrir y cerrar de ojos, se apoyó en sus patas traseras y atacó. Había visto caballos copulando muchas otras veces anteriormente, pero nunca de esa manera.

McKinnon había visto montones de sementales montando a yeguas a lo largo de su vida, pues siempre había estado rodeado de caballos. Se preguntaba cómo habría podido ser diferente aquella copulación.

-¿Qué fue tan diferente?

-La yegua estaba tan excitada como él. Oí a Vick llamarla coqueta, y decir que era como una típica mujer, casi llevando a Roving Rogue a la locura antes de ceder.

-Continúa -dijo, esperando la respuesta a su pregunta anterior-. ¿Qué fue tan diferente?

-Cuando Roving Rogue la montó, inmovilizándola con sus patas delanteras mientras... eh... procedía, ella relinchaba y temblaba mientras él empujaba con vigor una y otra vez, inyectando su semilla en ella. Realmente pensé que ella estaba sufriendo, pero mi tío y Vick decían que era puro éxtasis.

Y tras escucharla, McKinnon estaba duro como una roca. Todo su cuerpo estaba ardiendo. Podía imaginarse perfectamente a los dos caballos copulando. Se quedaron en silencio durante un rato, lo cual no importó a McKinnon, pues necesitaba enfriarse un poco. Unos momentos después, entraban en el rancho.

-Ya estamos aquí -dijo, esperando que no pareciera tan excitado como se sentía.

No podía esperar a llevarla al interior. Como el día siguiente era sábado, no había necesidad de madrugar. O sea, que podía hacerle el amor toda la noche, y todo el día. Primero lo haría de forma salvaje y rápida. Después lenta y tranquila. Luego salvaje y rápida. Cuando llegara el lunes, se le habría olvidado cualquier otra experiencia sexual que hubiera tenido con cualquiera. Nunca se había sentido tan obsesionado antes, tan lleno de deseo sexual. Incluso antes de detener el coche por completo, ya se imaginaba acariciando sus pechos, abriendo sus piernas para deslizarse entre ellas.

-¿McKinnon? -detuvo el coche antes de volverse hacia ella. Su cuerpo se endureció aun más con el ronco sonido de su voz al decir-: ¿Te gustaría venir a la casa de invitados a tomarte algo?

-Me encantaría.

Pensaba que debería sentirse algo culpable puesto que lo único que tenía que ofrecer era una aventurilla que no iría a ninguna parte. Pero la decisión había sido de Casey. El le había dicho lo que podía esperar de él, y no le había prometido nada. Ella había aceptado, y lo que le había hecho decidir seguir adelante era saber que ella lo deseaba tanto como él a ella. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos cada vez que habían hecho contacto visual en la fiesta. Sin importar con quién estuviera conversando, había notado que en todo momento, lo buscaba con la mirada.

Tras salir del coche, fue a abrirle la puerta a Casey y la ayudó a

desabrocharse el cinturón. Trató de no fijarse en la falda, que se le había subido dejando a la vista parte del muslo. Intentó recuperar algo de control sobre sí mismo y le ofreció la mano. En el momento en que se tocaron sus manos, se le aceleró el pulso.

-Gracias.

En lugar de soltar su mano una vez en pie frente a él, tiró de ella, haciendo que cayera en sus brazos. Sus labios enseguida le robaron el aliento a Casey. La tensión de su cuerpo se alivió en cuanto sus lenguas se encontraron y se entrelazaron. Necesitaba besarla, sentirla, acariciarla, y en ese momento no importaba que estuvieran en medio del jardín en la oscuridad de la noche. Lo único que le importaba era que ella lo estaba dejando hacer, y participando de un modo que hacía que le hirviera la sangre en las venas. El beso se hizo tan intenso que pensó que sería mejor que la llevara adentro antes de que lo venciera la tentación de hacerlo ahí mismo, contra el coche.

-Terminemos esto adentro -cerró la puerta del coche, y caminaron hacia la casa de la mano.

Capítulo 10

Le costó a Casey cada gramo de su voluntad caminar hacia la casa de invitados sin que le flaquearan las piernas. Había provocado deliberadamente a McKinnon haciendo la historia de Roving Rogue y aquella yegua lo más erótica posible. Y mientras él había intentado mantener su mirada fija en la carretera, ella había mantenido su mirada fija en él, al menos en el área de su entrepierna. Lo había visto excitarse, y al observar la transformación, una ola de deseo la había invadido. Lo que ocurriera a continuación a puerta cerrada no sería ninguna sorpresa para ninguno de los dos. Lo que sí iba a sorprender a McKinnon era el próximo paso en el plan de seducción de Casey.

Cuando se había vestido para la fiesta, Casey no tenía ni idea de que McKinnon volvería esa misma noche, pero su ropa interior era sexy de todas formas. Y por la forma en que él la había mirado de arriba abajo varias veces durante la fiesta, sabía que también le gustaba su ropa exterior. La falda, por encima de las rodillas, terminaba en una cascada de dobladillos de gasa, y tenía una favorecedora blusa estilo túnica a juego. Nada más mirarse al espejo al vestirse antes de la fiesta, se había sentido sexy y femenina. Y por las miradas de varios hombres, también ellos lo pensaban. Pero su interés significaba más bien poco para ella, sólo el de McKinnon le importaba.

Mientras abría la puerta, McKinnon se pegó tanto a ella que podía sentir la dureza de su entrepierna contra su trasero, clara señal de cuánto la deseaba. En cuanto traspasaron el marco de la puerta, McKinnon la cerró tras él, y agarró a Casey antes de que pudiera alejarse demasiado.

-¿Adónde vas? -susurró con voz ronca, rodeando suavemente su

cintura para darle la vuelta-. Te deseo -y en un abrir y cerrar de ojos estaba besándola con más pasión que nunca, acariciando con su lengua todos los rincones de su boca. Cuando se apartó unos momentos después, Casey gimió en protesta, y él le dio pequeños besos de consolación en labios y mandíbula.

-Déjame que te quite esta ropa -susurró mientras procedía a desnudarla. Primero le sacó la blusa por la cabeza, y luego se arrodilló para desabrocharle la falda y quitársela, dejándola desnuda en tanga y sujetador a juego y con las sandalias de tacón. En lugar de erguirse, se quedó de rodillas deslizando los dedos por su muslo hacia la zona apenas cubierta por el tanga.

-¿Sabes que tu sabor me ha acompañado durante todo mi viaje a Washington, y que ha sido lo único que me ha salvado de la locura todas esas noches de desesperado deseo en el hotel? -dijo mientras le quitaba el tanga-. No sabía cuál sería tu respuesta al volver, pero después de saborearte aquí aquella noche... -dijo justo antes de inclinarse hacia delante y recorrer con su lengua el centro de su femineidad-, te hice mía, Casey. Toda mía -echó la cabeza hacia atrás y miró a Casey-. Y por eso me enfadé tanto al llegar a la fiesta y verte con Summers -admitió.

Casi cegada por el deseo, Casey lo miró.

-No significa nada para mí, y cuando termines de desnudarme, te lo demostraré.

Él sonrió poniéndose en pie.

-Te lo recordaré -dijo mientras desabrochaba la parte delantera del sujetador-. También me gusta el sabor de tus pechos -dijo lamiendo ambos pezones con su lengua.

Casey gimió. Las sensaciones que le producía la lengua de McKinnon hacían que sintiera concentrarse toda la sangre de su cuerpo entre sus piernas.

-Ahora demuéstramelo -dijo en tono tranquilo pero desafiante mientras retrocedía dos pasos para echarle un vistazo de arriba abajo a su cuerpo desnudo.

Casey no tenía reparo en demostrarle nada. Ya había decidido mucho antes que le daría una ración de seducción estilo Westmoreland y, aunque no había usado sus encantos con ningún hombre previamente, tenía la intención de darle a McKinnon su mejor tentativa. Sabía por sus hermanos que los hombres preferían

la mujeres atrevidas, y ella estaba lista para ser lo más lasciva posible. Puede que fuera una novata, pero cuando terminara con él, vería el gran potencial que tenía. Tanto que, definitivamente, querría que se quedara a su lado.

-¿Te he dicho alguna vez lo buena amazona que soy? -preguntó, adelantándose un paso, y alargando las manos para sacarle la camisa de los vaqueros. En cuanto empezó a desabrochar la camisa, él aspiró hondo al sentir el ligero roce de sus dedos sobre su pecho desnudo.

-No hace falta, te he visto montar varias veces.

Ella lo miró enarcando una ceja. Aparte de aquella vez en casa de su padre, si McKinnon la había visto montar, ella no se había dado cuenta. ¿Habría estado observándola sin ella saberlo?

-Sí, es posible -dijo desabrochando el último botón y retirando la camisa de sus hombros-. Puede que me hayas visto montar antes, pero nunca me has sentido montar, ¿no es así? -dijo con voz dulce. Pensó que no era el momento de añadir que ningún hombre lo había hecho. Pero si era tan buena montando a caballo, no podía ser muy distinto montar a un hombre. Y había tenido un par de amigas sexualmente activas en Beaumont, que le habían jurado que a los hombres les gustaban las mujeres que no se atenían a la tradicional forma de hacer el amor.

-No, no te he sentido -dijo con el iris de sus ojos cada vez más oscuro y su respiración cada vez más profunda.

-¿Te gustaría sentirme, McKinnon?

-Desde luego -afirmó, sin quitarle los ojos de encima mientras se quitaba los zapatos.

-Bien. Primero tengo que terminar de quitarte la ropa -dijo ella quitándole el cinturón. Le bajó la cremallera de los vaqueros, sintiendo el enorme bulto presionando contra los pantalones.

-Ah -gimió ella seductoramente-. Parece que hay alguien listo para el paseo.

Se apoyó en una rodilla, como él había hecho anteriormente, para bajarle los pantalones, pero no volvió a levantarse una vez él los empujó a un lado con los pies. En su lugar, llevó la mano a sus calzoncillos para comprobar la solidez de su entrepierna.

-Ahora, la última pieza -dijo apoyando la otra rodilla en el suelo

también, mientras le bajaba los calzoncillos. Cuando se quedó desnudo, Casey se curvó hacia atrás para admirar su cuerpo, una zona en particular.

-Vaya -dijo con tono de admiración. A continuación, siguió recorriendo su cuerpo con la mirada.

Era alto e inequívocamente guapo, con una espesa y oscura melena cayéndole sobre los suaves y tostados hombros. Una ventaja de tener hermanos y de escuchar sus conversaciones privadas a hurtadillas era poder aprender sobre los hombres y archivar la información para usar en el momento oportuno. Siempre había pensado que el momento llegaría cuando se casara con el hombre destinado a compartir su vida para siempre. Pero ahora sabía que ese hombre era McKinnon, aunque lo que compartieran durara sólo una noche.

Una vez, sus hermanos hablaron de los puntos del cuerpo más sensibles de un hombre y, según dijeron, sus partes era una de ellos. Recordando las maravillosas y deliciosas cosas que McKinnon le había hecho a ella al principio de la semana, decidió que en lo que se refería al amor, todo era justo. Así que, sin vergüenza alguna, se aferró a sus caderas con la intención de saborearlo como él la había saboreado a ella. Empezó a lamer su miembro viril como si fuera una piruleta. Pero él la levantó rápidamente con sus brazos.

-Basta. Necesito estar dentro de ti.

Abrazándola, la llevó al dormitorio. Una vez allí, la dejó caer sobre las sábanas antes de inmovilizarla bajo el peso de su cuerpo. Los ojos que se le echaban encima brillaban de pasión, desesperación e intenso deseo. Pero deseaba ser la que llevara el control, la que lo sedujera a él.

-Quiero estar encima, McKinnon -dijo empujándolo.

-Lo que tú quieras -dijo él cambiando de posición para que ella estuviera encima.

Cuando se sentó sobre su cuerpo, igual que se sentaba sobre un caballo, le sonrió.

-Veo que estás listo y preparado -dijo al posicionarse sobre su erección. Soltó un delicioso gemido al descender lentamente sobre él. Con sus miradas fijas la una en la otra, Casey sintió la gruesa cabeza del miembro de McKinnon entrar en ella.

-Oh... es mejor de lo que jamás haya podido soñar -susurró

apoyándose en sus codos.

Con sus ojos fijos en los de McKinnon, vio el momento exacto en que él detectó una barrera, pero antes de que pudiera pronunciar palabra al respecto, dijo:

-No. No digas nada. Hazlo. Es lo que quiero, así que empuja un poco y atraviésalo.

Vio cómo hacía un gesto de dolor con sus labios y su cuerpo se ponía rígido.

-Deberías habérmelo dicho -dijo entre dientes.

-Te lo digo ahora -replicó ella. Se preguntaba por qué iba a querer un hombre volverse tan noble en un momento como ése-. Además, tú no tienes nada que perder -dijo retorciendo su cuerpo mientras pensaba en su virginidad a punto de dejar de serlo.

-Para de hacer eso.

-Mmm, intenta pararme -le gustara o no, tenía la intención de entregarse a él. Pasó un segundo, y luego otro. No sabía si se había dado cuenta de que iba en serio o si se le había acabado la fuerza de voluntad. Lo único que sabía era que sintió cómo él elevaba un poco su cuerpo, y luego otro poco más, y atravesaba la barrera. Entonces ella descendió sobre él, contenta de que, después de todo, él hubiera decidido no ponérselo difícil.

-Vas a pagar por esto -dijo él cuando estaba ya sumergido hasta el fondo en ella.

Ella suspiró profundamente. Le gustaba sentirse conectada a él de esa manera. El dolor había sido mínimo, y ahora tenía intención de llevar el placer al máximo.

-Y yo voy a hacer que te alegres de tu decisión.

Cerrando los ojos, se imaginó el cielo de Montana sobre su cabeza, naturaleza salvaje a su alrededor, y montada sobre lo que consideraba la mejor pieza que jamás hubiera pisado la tierra. Y lo amaba. Elevó sus caderas, y las bajó, las movió de un lado a otro, y se retorció encima de él, mientras él trataba de mantener el ritmo adentrándose en ella y saliendo. Él se medio incorporó, atrapando uno de sus pechos con los labios y succionando mientras ella seguía moviéndose frenéticamente. Momentos más tarde, ella sintió la primera descarga eléctrica al tiempo que recordaba algo en lo que ninguno de los dos había pensado.

-McKinnon -dijo nerviosa, apenas capaz de pronunciar las

palabras-. No hemos... -pero antes de que pudiera terminar la frase, él la agarró por las caderas, y se zambulló en ella, rugiendo su nombre. La intensidad de su clímax hizo que Casey gimiera mientras él seguía empujando con fuerza, a ritmo acelerado, y con profundidad, haciendo que su cuerpo también explotara.

Se negaba a dejar de embestir del mismo modo en que él la embestía a ella. Era una carrera de la que no quería descolgarse. Se sentía salvaje. Sintió varios espasmos más en su cuerpo y en el de él, y volvió a gritar su nombre una y otra vez, al mismo tiempo que él gritaba el suyo. Nunca había sentido algo tan estimulante y asombroso. Y por el placer que desfiguraba su cara, sabía que él había disfrutado aquello tanto como ella. Puede que fuera su primera vez, pero desde luego no iba a ser la última, decidió. Pero sólo con McKinnon. Cuando finalmente terminaron los espasmos, y ella se dejó caer sobre su pecho, pensó que jamás podría moverse de nuevo.

-¿Estás bien?

A pesar de sus esfuerzos, Casey no tenía fuerzas ni de levantar la cabeza para mirar a McKinnon. Estaba exhausta. Apenas podía respirar. Y por el ruido de su respiración, él tampoco. Pero al menos podía responder a su pregunta.

-Sí, estoy bien.

Sintió cómo McKinnon le elevaba la cabeza para besarla... una y otra vez, como si sus labios fueran un imán, como si nunca le bastara. Pero ella tampoco se cansaba. Entonces sintió cómo llevaba la mano a sus caderas para apretar sus cuerpos, aún conectados, el uno contra el otro, y se acordó de nuevo de ese asunto tan importante. Apartó sus labios de los de él.

-No hemos usado protección, McKinnon.

-No pasa nada, no te preocupes.

«No te preocupes». Frunció el ceño sin comprender.

-No lo entiendo. ¿Por qué no debería preocuparme?

-Porque yo no tengo nada, y no tengo razones para pensar que tú lo tengas.

-No, pero ¿qué pasa con los embarazos no deseados?

-¿Estás en la fase del ciclo en que existe tal posibilidad?

Ella lo pensó. Hizo cálculos mentalmente, y luego sonrió con alivio.

-No, creo que no.
-Eso es suficiente -y le dio otro beso.

McKinnon se despertó con los primeros signos del amanecer, agradecido porque fuera sábado y por no tener que ponerse en movimiento de inmediato. Apenas cerró los ojos para recordar cómo, en la segunda ronda, había sido él el que la había montado a ella, mostrándole sus habilidades. Retirándose y sumergiéndose una y otra vez en ella, sintiendo su musculatura interior contrayéndose a su alrededor y succionándolo hacia dentro. Se sentía tan bien dentro de ella que podía haberse quedado dentro para siempre. Cada vez que la miraba y veía el placer en su rostro, se animaba a darle el doble de placer, el triple de pasión y el cuádruple de deseo. En sus treinta y cuatro años de vida, jamás había experimentado nada tan increíble.

Y era una virgen. La idea de que habían compartido algo que ella no había compartido con ningún otro hombre lo hacía mucho más especial. Era una de las pocas mujeres de la zona que había esperado al momento oportuno, y que no se había dejado llevar por las pautas sociales en su decisión de explorar su sexualidad con una pareja, sino por su deseo de abstenerse hasta sentir que era lo correcto para los dos, cosa que, evidentemente, no había ocurrido hasta esa noche.

La contempló. Estaba profundamente dormida, y destapada, desnuda ante él para su deleite. Sintió la tentación de inclinarse sobre ella y lamer sus pezones, pero sabía que una cosa llevaría a la otra, y terminaría dándole lametazos en otra parte, despertándola, y después de una noche sin parar de hacer el amor necesitaba descansar. Y él tenía que pensar. Por un breve momento durante la noche anterior, cuando se había puesto nerviosa por no haber usado ningún anticonceptivo, había considerado contarle la verdadera razón por la que él no se había preocupado. Pero no tuvo más que recordar la confesión que le había hecho a Lynette. Conociendo el riesgo que tenía, a los veintitrés años había decidido no ser padre nunca, asegurándose de ello con una vasectomía. Le encantaban los niños, y siempre había pensado en tener hijos, pero no sería justo traer a un bebé al mundo sabiendo los problemas médicos a los que podría tener que enfrentarse. Había pensado que Lynette lo entendería, pero la carta que había recibido semanas después de

abandonarlo, explicaba que algún día deseaba ser madre, madre biológica. Dicho de otra forma, no podía casarse con un hombre que no pudiera darle eso. El rechazo de Lynette le había dolido profundamente y, sabiendo que la mayoría de las mujeres probablemente sentían lo mismo, que querían tener sus propios hijos, no adoptarlos, había decidido vivir el resto de sus días satisfaciendo sus deseos con aventuras insignificantes, y borrar de su mente su sueño de conocer a una mujer con la que casarse.

Incluso ahora, al estudiar el desnudo de Casey, sabía que llegaría el día en que daría todo por verla embarazada de su hijo. Lo pensó en el momento en que mencionó el hecho de que no habían usado anticonceptivos. Podía imaginársela perfectamente como madre y, mientras tuviera esa imagen en la mente, no habría lugar para ella en su vida. Casey era su presente, pero jamás podría formar parte de su futuro. Así de simple. Lo sabía, y encontraría la manera de aceptarlo, pero se aseguraría de que también le beneficiaría a ella de forma positiva.

La oyó suspirar. Se había despertado. Con una tentadora sonrisa, le dio los buenos días.

-Buenos días, McKinnon -dijo con voz soñolienta, pero con la suficiente pasión como para hacer que se acalorara y tuviera una erección-. ¿Qué pasa?

-Umm, es gracioso que preguntes eso -dijo ahogando una carcajada antes de inclinarse sobre ella y apoderarse de sus labios.

Capítulo 11

Habían pasado dos semanas desde la noche de la fiesta, cuando se habían pasado haciendo el amor toda la noche, y McKinnon ya no trataba de evitarla. Por supuesto, durante el día, él tenía su trabajo y ella el suyo, pero daban por sentado que compartirían cama, ya fuera en la casa principal o en la de invitados. Casey se estaba convirtiendo en uno de los elementos permanentes de la casa. Tras aquella embarazosa primera mañana, en la que McKinnon la convenciera para tener otra sesión de sexo antes de dejar su cama y volver a la suya, momento en que se cruzó con Henrietta, Casey había dejado de jugar al escondite. Desayunaban juntos todas las mañanas y cenaban juntos todas las noches. Incluso visitaban juntos a sus respectivas familias frecuentemente, y tanto sus padres como Corey parecían aceptar que eran lo suficientemente adultos para hacer lo que quisieran. En unas semanas, McKinnon, varios Westmoreland y Casey viajarían al lago Tahoe para asistir a la boda de su primo Ian, y quien no estuviera enterado a esas alturas de que ella y McKinnon eran amantes, se enteraría puesto que tenían pensado compartir habitación. Pero si habían decidido darse el gusto de una aventura, no era asunto de nadie.

Estaban a principios de junio y el sol quemaba más de lo normal. Debido al calor, había decidido terminar un poco temprano y estaba llevando a Prince Charming al establo.

-Hola guapa. ¿Quieres dar una vuelta conmigo? -la ronca voz de McKinnon la pilló por sorpresa. Miró a su alrededor y lo vio a unos metros montado sobre Thunder. El sol brillaba sobre su largo y sedoso pelo negro, resaltando más sus facciones indias.

-Me encantaría dar un paseo contigo. Déjame unos minutos para ensillar a Runaway Child -unos momentos después, iban campo a

través a paso rápido.

-Es un día maravilloso para montar a caballo, ¿no? -dijo Casey cuando redujeron el paso al llegar al borde de un lago situado en la propiedad de McKinnon.

-Desde luego, y pensé que sería agradable escaparnos un rato. Un pequeño regalo merecido. Hoy he vendido seis sementales, lo cual nos ha reportado a Durango y a mí buenos beneficios.

-Oh, McKinnon, es maravilloso. Enhorabuena.

-Gracias.

-¿Por qué te metiste en el negocio de la cría de caballos?

-Cuando compré este lugar, pensé que el trabajo en la hacienda me mantendría ocupado, pero no. Durango sugirió que empezara el negocio porque cree que tengo un don para los caballos.

-¿Ah, sí?

-Probablemente -dijo encogiendo los hombros-, pero lo considero un instinto natural más que un don. Me he dado cuenta de que si crías caballos de calidad, hay compradores interesados en todos los rincones del mundo, dispuestos a negociar, razón por la cual M&D va bien.

McKinnon vio cómo la brisa de la tarde revolvía el pelo de Casey. Sintió un inmenso deseo de acariciarlo, pero apretó las riendas en un intento de controlarse. Si la tocaba, no acabaría en eso. Querría besarla, arrancarla de su caballo para montarla en el suyo, llevarla a un lugar algo privado y hacer con ella lo que quisiera. Bueno, eso no sería mala idea, pensó, y conocía el lugar perfecto.

-¿Quieres jugar, Casey?

-¿Jugar?

-Sí -dijo sonriendo-. Hay un escondite no muy lejos de aquí en el que podemos jugar un rato.

-¿Y a qué vamos a jugar? -preguntó devolviendo la sonrisa.

-¿Qué tal a la vaquera y el indio? -sugirió con una risita.

El ala de su sombrero ocultaba sus ojos, pero Casey no necesitaba verlos para saber que se habían agrandado ante la idea de todas las posibilidades que ofrecía tal juego. .

-Vaquera e indio.

-Sí.

-Sabes que soy de Texas, ¿no?

-¿Y?

-Soy una verdadera vaquera, en todos los sentidos de la palabra.

McKinnon no tenía ninguna duda, puesto que ella lo había montado ya unas cuantas veces.

-¿Y?

-No soy presa fácil, si eso es lo que piensas.

-Ya veremos. Entonces, ¿quieres jugar o no? -dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

-Sí, McKinnon, sí quiero jugar.

-¿Adónde me llevas, McKinnon? -preguntó Casey mirando a su alrededor. Sabía que aún estaban en la propiedad de McKinnon, pero no tenía ni idea de dónde. La había llevado detrás de las colinas, y ahora estaban atravesando un laberinto de acantilados y barrancos.

-¿Nerviosa, vaquera? -preguntó riendo.

-No, pero ¿no te ha dicho nadie que no es bueno poner a una mujer contra la pared?

McKinnon sonrió ante esa imagen, pero con Casey desnuda.

-Siento diferir. En realidad, se me ocurren muchas razones para poner a una mujer contra la pared, especialmente si se trata de ti, Casey.

Casey podía imaginarse por dónde iban sus pensamientos. Durante las últimas dos semanas, ella había llevado el arte de la seducción a un nuevo nivel. Había desarrollado toda una serie de señales verbales y no verbales, y sabía que McKinnon disfrutaba de su picante seducción. Pero tenía la sensación de que esa vez él se iba a convertir en el seductor.

-Ya podemos parar.

Casey detuvo su caballo al ver a McKinnon quitarse el sombrero y bajarse de su caballo. Se acercó a ella y la ayudó a bajarse.

-¿Todavía no vas a decirme dónde estamos? -preguntó al poner los pies en el suelo.

-No, todavía no. Ven conmigo. Tenemos que hacer a pie el resto del camino -la tomó de la mano y la llevó a un lugar que parecía haber sido un pastizal, pero que tras años de deshielos y desprendimientos rocosos, se había convertido en un terreno de difícil acceso.

Casey se quedó de piedra cuando vio lo que habían hecho los

elementos de la naturaleza. Habían excavado una profunda caverna en la superficie de una enorme montaña. Casi se queda sin respiración al ver el esplendor de la obra de la naturaleza. Se volvió hacia McKinnon.

-No sabía que hubiera una cueva en tu propiedad.

-Es mi secreto y el de Rango. La encontramos hace muchos años, y decidí que, si algún día se ponía a la venta esta propiedad, sería mía. Unos años más tarde, la compré con ayuda de mis padres. Además de un préstamo de ellos, tuve que pedir dos créditos hipotecarios. Ya he devuelto el dinero a mis padres, y sólo debo uno de los préstamos del banco, pero creo que tengo una de las tierras más bonitas de Montana.

Casey asintió. No podía estar más de acuerdo.

-¿Vienes a menudo?

-No tanto como me gustaría, pero de vez en cuando es agradable escaparse un poco. Ven a verlo por dentro.

-¿A qué tienes miedo? -preguntó al ver a Casey dudar.

-Murciélagos, osos... ¿sigo?

-No hay ni murciélagos ni osos aquí dentro, créeme -dijo riendo-. Rango y yo nos deshicimos de ellos cuando decidimos convertir el lugar en nuestro escondite hace ya tiempo.

Tomándole la palabra, Casey se dejó llevar y lo siguió hasta la boca de la cueva, que estaba protegida por una puerta de metal. Pero lo que llamó su atención fue la espesa capa de polvo de tabaco alrededor de la entrada. Se detuvo otra vez. McKinnon se giró y vio lo que había llamado su atención.

-Es para evitar serpientes y otros animales no deseados -explicó. Tras abrir la puerta con llave, dijo-: Vamos, vaquera, tú puedes.

Casey suspiró. No estaba tan segura, pero decidió no dejar que McKinnon lo notara. Una vez dentro, se le cortó la respiración. Desde luego, era una cueva, pero McKinnon la había transformado en lo que había dicho, un escondite secreto con una robusta cama, una silla y un tocador. Había incluso un par de mesas con lámparas de queroseno, y varias alfombras de los indios nativos colgadas en las paredes de roca. Se volvió hacia él impresionada.

-McKinnon, es precioso.

Llegar hasta aquel lugar a caballo era difícil, así que no podía evitar preguntarse cómo había conseguido llevar los muebles hasta

allí. El, intuyendo la pregunta, sonrió.

-No fue fácil y, más de una vez, Rango y yo cuestionamos nuestra propia cordura. Nos costó, pero lo conseguimos -sonrió travieso al añadir-: Por aquel entonces, pensamos que sería el lugar ideal para traer a amiguitas.

-¿Y lo hicisteis?

-Lo intentamos, pero las que conseguimos traer hasta la entrada se negaron a continuar al percibir el olor al polvo de tabaco. Todos por aquí saben para qué se usa -dijo riendo.

-No eran más que gatos asustados. Evidentemente, no eran unas vaqueras.

-Evidentemente -dijo McKinnon riendo.

Casey se cruzó de brazos.

-Bueno, McKinnon, ¿para qué me has traído aquí?

-Para darte un poco de tu propia medicina -dijo con una mirada de satisfacción.

-¿Es decir?

-Quiere decir que te has convertido en la reina de la seducción, pero hoy seré yo el rey. Te voy a hacer mía en esa cama, contra la pared, sobre la mesa... en todas las partes.

Casey tragó con dificultad al mirar a su alrededor, y sintió un cosquilleo entre sus piernas al escuchar sus palabras. Si lo que estaba intentando era que se humedeciera cierta parte de su cuerpo, desde luego esta ha funcionando. Se encontró con su mirada penetrante. Estaba de pie en medio de la habitación, con las piernas abiertas, y las manos enganchadas de la cintura de sus vaqueros. Su postura, intencionadamente o no, enfatizaba su hinchada entrepierna, que mostraba su grado de excitación.

-O sea que quieres hacerme tuya en todos los rincones, ¿no?

-Estás advertida, Casey Westmoreland. No son ilusiones, es lo que pretendo hacer.

Una sonrisa coqueta asomó a sus labios mientras empezaba a desabrocharse la falda.

-Bien. Supongo que entonces será mejor que empecemos, ¿no, rey de la seducción?

Pero Casey decidió que no dejaría simplemente que él la hiciera suya, sino que ella también lo haría suyo a él, porque lo deseaba tanto como él a ella. McKinnon atravesó la habitación con una

sonrisa pícara en sus labios y se paró justo delante de ella.

-¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa? -dijo con cierto sarcasmo.

-No. Puedes quedarte ahí y contemplar, o ahorrar tiempo quitándote la ropa.

Con una sonrisa, él empezó a seguir su ejemplo, quitándose la ropa y dejándola caer en un montón. Cuando recorrió el cuerpo desnudo de Casey con su mirada, pensó, como siempre hacía, que era una mujer hermosa. Deslizó la mano alrededor de su cintura, sabiendo perfectamente por dónde quería empezar.

-De modo que no te gusta que te pongan contra la pared, ¿eh? -dijo mientras la hacía retroceder-. Es una pena, porque con la persona adecuada, podría ser una experiencia muy agradable -se detuvo una vez su espalda tocó la pared de piedra. Por suerte, precisamente esa pared estaba cubierta por una enorme alfombra tejida por nativos americanos. Él llevó las manos de su cintura a sus caderas, la agarró por el trasero y la alzó. Ella lo rodeó con las piernas.

-Guíame, cariño -susurró pegado a sus labios.

Y eso hizo. Con sus manos, lo colocó en la entrada a su interior, y mirándolo a los ojos dijo:

-Te necesito aquí, McKinnon.

El presionó su cuerpo contra el de ella, y la penetró. En el momento en que sintió su humedad y sus músculos apretándolo, apretó los dientes y dijo:

-No, cariño, yo soy el que te necesita -y entonces, se sumergió en ella, arrancando un grito de placer de su garganta.

Parecía que cada vez que él se zambullía en su cuerpo, su deseo se intensificaba, y Casey tensaba sus músculos alrededor de él, como intentando atraparlo para que no saliera. El protegía sus caderas cada vez que la empujaba contra la pared para que no se hiciera moratones, pero a ella no le importaba si no podía caminar al día siguiente. Y cuando tuvo el primer orgasmo, gritó tan fuerte que si había algún animal cerca, seguro que lo había asustado. Pero no se quedó ahí la cosa, y otro orgasmo siguió al primero. Ella notaba cada vez que él explotaba, podía sentir la sustancia líquida y cálida en todas las partes de sus entrañas y, al igual que ella, experimentaba orgasmo tras orgasmo. Finalmente, Casey se hundió

en su pecho mientras él la besaba de una forma que probablemente dejaría un chupetón en el cuello. A pesar de que, probablemente, le suponía un gran esfuerzo, puesto que debía de estar tan agotado como ella, la llevó en sus brazos hasta la cama. La dejó en la cama, y a continuación se desplomó junto a ella, acunándola en sus brazos.

-Vamos a dormir una pequeña siesta antes de que te haga mía en esta cama.

-¿Qué tal van las cosas con tu padre?

Casey se acurrucó junto a él en la cama. Echó un vistazo hacia la abertura de la cueva y vio que estaba anocheciendo, pero ninguno de los dos había hecho ningún intento para levantarse y vestirse. Fiel a sus palabras, McKinnon la había hecho suya en cada esquina de la cueva.

-Bien -dijo respondiendo a su pregunta-. Estoy descubriendo lo atento, amable y considerado que es. Y es comprensivo con mis sentimientos, lo cual aprecio. Pero...

-¿Pero qué?

-No me ha resultado tan fácil como a Cole y a Clint establecer una estrecha relación con Corey, pero lo estoy intentando. Todavía hay pequeñas cosas que tengo que superar.

-Entiendo. Recuerdo cómo me sentí cuando descubrí que Martin no era mi verdadero padre.

-¿Cuándo te enteraste?

-A los dieciséis. Al principio me sentí traicionado.

Casey conocía ese sentimiento.

-¿Y qué hiciste?

-Tras escuchar las razones de mi madre para no decírmelo, empecé a aceptar las cosas poco a poco, ya que era su forma de intentar protegerme. Mis abuelos paternos jamás aprobaron el matrimonio de mi madre con su hijo, y cuando Martin me adoptó al nacer, ella pensó que era mejor no contarme la verdad, para que no me doliera su rechazo -después de un rato añadió-: Pensó que debía de tener algo de mi padre biológico, razón por la cual me llamó McKinnon, su apellido. Así pues, tengo lo mejor de los dos, McKinnon y Quinn. Cada vez que oigo mi nombre recuerdo a los dos hombres a los que honro con mi nombre.

-¿Llegaste a conocer a tus abuelos?

-Sí, conocí a mi abuela a los dieciocho. Mi abuelo había fallecido años antes. Me entristece pensar en todos esos años perdidos en los que podía haberlos conocido y desarrollar una relación con ellos, pero no quisieron por mi mestizaje. Eran parte de la alta sociedad de Nueva Orleans, y mi madre no era la mujer que habían deseado para su hijo. Lo que nunca aceptaron era que, en realidad, no tenían ni voz ni voto en el asunto. Que era lo suficientemente mayor para tomar sus propias decisiones.

-El señor Quinn y tú estáis tan unidos que resulta difícil creer que no sea tu verdadero padre. A mí me sorprendió saber que no lo era.

-Es el único padre que conozco. Mi madre dice que John McKinnon era un buen hombre, y que tuvieron un matrimonio breve, pero bueno. Se conocieron en uno de esos eventos culturales en Nation's Capital. Ella fue como representante de los indios Pies Negros y él de los criollos de color de Luisiana -McKinnon la abrazó con más fuerza-. Veo que nunca tuviste un padrastro.

-No. Mi madre nunca salió con ningún otro hombre, aunque sé que hubo hombres interesados en ella. Su corazón fue de mi padre hasta el día de su muerte.

McKinnon sacudió la cabeza, pensando que fue un desperdicio. Pero ¿no estaba haciendo él lo mismo? Aunque ya no amaba a Lynette, era la razón por la que había decidido dar la espalda al amor.

-¿Lista para volver? -preguntó después de un rato.

-Sí -le sonrió al tiempo que se volvía sobre la espalda-. Gracias por traerme aquí, McKinnon. Ha sido muy especial.

Él le besó la mejilla.

-No, tú eres especial -y fue a por sus labios. Casey suspiró de placer en el momento en que sus labios se tocaron. Tenían que ponerse en marcha, de modo que lo último que necesitaba en aquel momento era otro de sus largos besos, pero tenía la sensación de que era lo que le iba a dar. Y por supuesto, no lo iba a rechazar.

Un par de días más tarde, Casey recibió una visita sorpresa de su padre. Oyó un golpecito en la puerta y la abrió encontrándoselo de frente.

-Corey, qué sorpresa más agradable.

-Me pasaba para ver cómo van Spitfire y su potro, y también

quería ver cómo te va todo.
-Bien. ¿Quieres pasar?
-Gracias.
Casey se apartó para dejarlo entrar, sin importarle que la hubiera encontrado en la casa de McKinnon en lugar de la casa de invitados.
-Estaba a punto de almorzar. ¿Te gustaría acompañarme?
-¿Dónde está Henrietta?
-Henrietta y su marido se fueron a pasar el día con Helena. Volverá mañana. Normalmente como con McKinnon, pero ha quedado con sus hermanos en la ciudad para ayudarlos con las provisiones, así que me encantaría tener algo de compañía.
-Gracias, será un placer acompañarte.
-Estupendo, siéntete como en casa mientras yo termino de preparar las cosas.
En la cocina, Casey pensó que su padre había llegado en el momento perfecto. Ya era hora de que tuvieran una charla para enterrar el pasado, que no había sido capaz de olvidar hasta el momento. Sus charlas con McKinnon le habían sido de ayuda. Unos momentos después volvía a la sala de estar, donde Corey se encontraba mirando por la ventana a las montañas.
-El almuerzo está listo, papá.
Él se giró rápidamente para mirarla a los ojos. Era la primera vez que lo llamaba «papá».
-Sí, espera que me lave las manos. Vuelvo enseguida.
Casey tenía la impresión de que se trataba más bien de sus emociones que de la necesidad de lavarse las manos. Hasta entonces no se había dado cuenta de que llamarlo «Corey» en lugar de «papá» probablemente le había molestado, aunque nunca lo hubiera mencionado. Había respetado sus sentimientos, y le había dado tiempo para asimilar las cosas a su propio ritmo, y realmente lo apreciaba por ello.
-¿Qué vamos a comer? -preguntó al entrar de nuevo en la habitación.
-Nada especial, sólo sándwich de ensalada de pollo y limonada -dijo sentándose a la mesa.
-Es especial para mí, Casey -dijo sinceramente-. No todos los días se tiene la oportunidad de almorzar con una hija tan bella.

-Especialmente una hija desconocida hasta hace unos años -dijo mientras lo veía tomar asiento frente a ella.

-Eso no importa. Me enamoré de vosotros en el momento en que descubrí que tú, Cole y Clint existíais, simplemente por ser mis hijos. Mi amor por vosotros es absoluto e inquebrantable.

-Me ha costado un poco de tiempo asimilarlo -admitió-. Mamá y yo estábamos muy unidas, y me había contado todas esas historias. Yo la había creído, y tenía esa imagen de los dos enamorados. Me dolió descubrir que todo era mentira, y que no la habías amado.

-Sí la amé, sólo que de forma diferente. Carolyn fue muy especial para mí, no pienses que no. Llegó a mi vida cuando estaba en el punto más bajo, y lo pasamos bien juntos. Y como era una buena mujer, fui sincero desde el principio, por eso le dije que jamás podría amarla por completo, porque mi corazón pertenecía a otra mujer.

-Y estoy segura de que mamá apreció que fueras sincero con ella. Algunos hombres no lo habrían sido y, por eso, cada vez que te nombraba lo hacía con cariño -Casey se quedó callada durante un rato, y luego dijo con sinceridad-: Estaba dispuesta a detestar a Abby, sobre todo cuando me enteré de que era la mujer a la que siempre habías amado en lugar de a mi madre. Pero es una persona muy especial, papá, y eres muy afortunado por tenerla, sobre todo de que volviera a tu vida después de todos esos años. Parece que sois verdaderas almas gemelas. Es una historia de amor con final feliz, ahora lo veo. Veo el amor que os tenéis cada vez que os miráis, y sinceramente creo que mamá nunca se sintió ofendida porque amaras a otra mujer, porque le diste algo muy especial. Una parte de ti, aunque no fuera tu corazón -vio empañarse sus ojos. La idea de que sus palabras le hubieran emocionado era muy especial-. Eres mi padre y te quiero, y estoy orgullosa de ser tu hija. Me alegra ser una parte de tu vida como tú lo eres de la mía.

Él se levantó y bordeó la mesa. Cuando ella también se puso en pie, se echó en sus brazos pensando en lo bien que sentaba dejar finalmente atrás la ira y dolor que había guardado dentro tanto tiempo.

Pero ahora sentía otro tipo de dolor en su interior. Estaba enamorada de McKinnon, y era lo suficientemente inteligente para saber que las cosas no podían seguir como estaban. En menos de un

mes, Prince Charming habría finalizado su entrenamiento, y no habría ninguna razón para permanecer en el rancho. Se había relajado en su búsqueda de apartamento en la ciudad, pero sabía que tenía que ponerse a ello de nuevo. Ese pensamiento le rompía el corazón, pero en el fondo sabía que era algo que tenía que hacer. Trató de borrar de su mente el doloroso pensamiento de que, como su madre, viviría el resto de su vida amando a un solo hombre, y sólo tendría el recuerdo de su aventura amorosa para sustentarla.

Capítulo 12

McKinnon tenía una reunión de negocios en la ciudad, pero antes de salir sonó el teléfono. Henrietta había salido para hacer la compra, así que McKinnon contestó.

-¿Diga?

-Hola, soy Joanne Mills, estoy tratando de contactar con Casey Westmoreland.

McKinnon recordaba a la señora Mills, la agente inmobiliaria que le había enseñado a Casey un par de casas en la ciudad.

-Señorita Mills, soy McKinnon Quinn. Casey está en el establo con los caballos. ¿Puedo hacer algo por usted?

-Ah, hola señor Quinn. Sí, ¿podría decirle a la señorita Westmoreland que después de hablar la semana pasada, nos ha llegado algo nuevo que podría interesarle? El vendedor está dispuesto a negociar puesto que le urge vender.

McKinnon se apoyó en la mesa. ¿Casey estaba pensando mudarse del rancho? Se le hizo un nudo en la garganta.

-Señor Quinn, ¿está ahí?

-Sí, estoy aquí -dijo haciendo un esfuerzo por hablar-, le daré el mensaje.

-Gracias.

Colgó el teléfono con una sensación de frío en el estómago. No tenía más remedio que admitir algo que pensaba que no le iba a volver a ocurrir jamás. Se había enamorado.

-Maldita sea.

Suspiró, consciente de que no tenía derecho ni en pensar en amar a Casey. Pero la amaba. Era todo lo que quería en una mujer o esposa, pero no podía tenerla. Quizá era mejor que se mudara, pues de todas formas, su relación tenía que acabar tarde o temprano. Se

encaminó hacia la puerta, deteniéndose brevemente para tomar el sombrero de la percha. Si el que Casey se marchara era lo mejor, ¿por qué se sentía tan mal?

Durango miró a McKinnon, sentado al otro lado de la mesa. Acababan de terminar su reunión con Mike Farmer, que les había hecho una oferta que no podían rechazar. No sólo quería comprar todos los potros que tuviera Courtship, sino que también quería pagar medio millón en derechos por apareamiento de Crown Royal. El hombre estaba convencido de que los descendientes del semental serían algún día ganadores de la Triple Crown.

-¿Qué te ocurre, McKinnon? Farmer acaba de hacernos ricos y tú estás como si hubieras perdido a tu único cachorro. Olvida la cerveza que estás bebiendo, deberíamos pedir al camarero una botella de champán para celebrarlo.

-No tengo ganas de celebraciones, Rango.

-¿Por qué no? Oye, ¿qué pasa?

-La agente inmobiliaria que está ayudando a Casey a encontrar un piso en la ciudad llamó y dijo que puede que haya encontrado algo. Una vez finalizado el entrenamiento de Prince Charming, Casey no tiene razón alguna para quedarse, por lo que se mudará a la ciudad.

-¿Y qué piensas hacer al respecto? No voy a perder el tiempo preguntándote si la quieres, porque tu actitud de hoy responde a esa pregunta. Te voy a dar un consejo, McKinnon: deja de meditar y haz lo que siempre has hecho. Persigue lo que quieres conseguir.

McKinnon entendió perfectamente lo que Durango quería decir.

-Esto es diferente. No puedo hacerlo.

-Sí que puedes.

-Maldita sea, Rango. No puedo hacerlo porque la quiero, y no puedo negarle lo que pronto o temprano deseará.

-Pero Casey merece saber la verdad, McKinnon, díselo.

McKinnon suspiró, recordando la noche en la que le había preguntado si quería tener niños, y la respuesta que le había dado.

-¿Para qué? Las cosas no pueden seguir así entre nosotros, Rango. Se merece algo más -dijo tristemente.

-Bueno, yo pienso -dijo Durango suavemente- que perjudicas a los dos tomando una decisión sin darle a ella ni voz ni voto en el asunto. Si la quieres, McKinnon, no dejes que nada se interponga en

el camino. Dile la verdad y mira a ver qué ocurre. Te lo dice alguien que sabe. El amor de una mujer, de una buena mujer, es el mejor regalo que pueda recibir un hombre -Durango tomó un trago de cerveza antes de proseguir-. Si estás tan convencido de que te va a dejar de todas formas, ¿qué pierdes?

Casey miró a Henrietta, que estaba en la mesa de la cocina pelando manzanas para hacer una tarta. Había una cosa que Casey quería saber, y esperaba que Henrietta tuviera la respuesta.

-Henrietta, ¿quién es Lynette?

La mujer dejó lo que estaba haciendo y miró a Casey.

-¿Quién te ha mencionado el nombre de Lynette? Sé que no ha sido McKinnon.

-No, no fue McKinnon. A Norris se le escapó el nombre un día al decir que no me parecía nada a ella, de lo cual se alegraba.

-No, no te pareces a ella en absoluto. Y no es que Lynette fuera una mala persona, es sólo que no se quedó al lado de McKinnon cuando debería haberlo hecho, especialmente si, como decía, lo quería tanto. Aquella mujer realmente hirió al chico de mala manera.

Casey no podía evitar preguntarse qué había hecho Lynette. ¿Sería la tal Lynette la razón por la que se negaba a abrir su corazón a otra mujer?

-¿Vive por la zona?

-No, gracias a Dios. Por lo que me dijo McKimlon, Lynette está casada, tiene un hijo, y vive en alguna parte en Great Falls. Lo último que necesita ver McKinnon es a Lynette y su bebé.

Casey miró hacia el techo. Ahora su mente estaba llena de más preguntas aún. ¿Por qué iba a afectar a McKinnon ver a Lynette con un bebé? ¿Había perdido Lynette el bebé de McKinnon?

-Pero ¿por qué iba a importarle eso?

Henrietta miró a Casey como si fuera a decir algo, pero cambió de opinión.

-No soy quién para decirlo, Casey. Quizá, algún día, McKinnon te hable de ella. De todo.

Casey lo dudaba. De hecho, había notado un cambio en McKinnon esa mañana. Normalmente, desayunaban juntos, pero aquella mañana había desayunado y se había marchado antes de que ella se despertara. Desde que mencionó la llamada de Joanne

Mills, había estado actuando de forma extraña. ¿Estaría molesto porque hubiera reanudado la búsqueda de piso? No sabía qué pensar, pero esperaba que fuera su imaginación y que McKinnon no estuviera intentando distanciarse de ella otra vez.

-Gracias por decirme al menos quién es.

-De nada. Como he dicho, esa mujer le hizo mucho daño, pero ahora tú lo has hecho feliz.

-¿Tú crees?

-Estoy segura. Sonríe más y su genio y temperamento no son como antes -dijo riendo-, y tú eres la razón. Y sé que tú también lo quieres, de verdad -la mujer se quedó en silencio un rato, y entonces dijo-: Prométeme una cosa.

-¿El qué?

-Que pase lo que pase, harás lo que te dicte el corazón. No te equivocarás. Cuando se trata del amor, no puedes darle la espalda y marcharte. Es imposible.

Esa misma noche, Casey se encontraba esperando a McKinnon cuando llegó. No había ido a casa para cenar, lo cual confirmó su sospecha de que estaba intentando evitarla. Estaba de pie junto a la chimenea, y en el momento en que él que abrió la puerta, la miró.

-McKinnon -saludó al ver que él no decía nada-. Te esperaba para cenar.

-Surgió algo y tuve que quedarme en las montañas más tiempo de lo que esperaba -dijo cerrando la puerta-. Me sorprende que aún estés despierta.

Tenía la impresión de que hubiera preferido que no lo estuviera, lo que hizo que aumentara su empeño en averiguar qué estaba pasando.

-Sí, a mí también. Sobre todo por lo temprano que nos solemos acostar -intencionadamente, le quiso recordar cómo habían sido sus noches en las últimas tres semanas. El se apresuraba en llegar a casa para cenar con ella, se duchaban juntos, se iban a la cama y hacían el amor.

-Sí, bueno, como he dicho, he estado ocupado. Además, he estado pensando.

-¿Sobre qué? -preguntó con cierta inquietud interior.

-Sobre nosotros. En unas semanas, acabarás el entrenamiento de Prince Charming, y seguirás con tu vida. Por lo que tengo

entendido, incluso estás buscando un piso para comprar y...

-¿De eso se trata, McKinnon? ¿Estás enfadado porque he reanudado la búsqueda? Porque si lo estás, entonces...

-¿Disgustado? ¿Por qué iba a estar disgustado? Tanto tú como yo sabíamos que lo nuestro no iba a durar. Haces lo correcto al seguir con tu vida.

Ella parpadeó. Parecía como si no le importara, y no podía creérselo. No quería creérselo. Era cierto que ambos sabían lo que había, él lo había dejado muy claro y ella había aceptado, pero pensó que las reglas habían cambiado en algún momento, no sólo por su parte, sino también por la de él. Se negaba a creer que no hubiera sido más que un cuerpo para él.

-¿Es eso lo que realmente quieres, McKinnon?

El dudó un momento antes de responder.

-Sí, será lo mejor.

Casey suspiró, dispuesta a darle lo que quería. Tenía su orgullo, y se negaba a sacrificarse por un hombre que no la quería, como había hecho su madre con su padre. Había pensado que los recuerdos de lo que habían compartido serían suficientes, pero ahora sabía que no. Y tenía la sensación de que su madre también se había dado cuenta de ello en algún momento. En ese momento entendió cómo debió de sentirse sabiendo que, aunque amaba a Corey Westmoreland, él no la quería a ella. Pero le había dado hijos, que era todo el recuerdo que Carolyn Roberts necesitaba. Casey estaba segura de que cada vez que su madre se quedaba mirando las caras de sus hijos, que tanto se parecían al hombre al que amaba, se sentía contenta. Y esa satisfacción había durado hasta el día de su fallecimiento. Al darse cuenta de ello, el amor y la admiración de Casey por su madre aumentaron.

Ahora Casey se encontraba ante una decisión similar. Todas esas veces que McKinnon y ella habían hecho el amor, no habían usado protección, así que era posible que estuviera en la misma situación que su madre. Soltera y embarazada de un hombre que no la quería. Pero a diferencia de su madre, que guardó silencio, ella tenía la intención de decírselo a McKinnon.

-Bien, cuando acabe mi trabajo aquí, buscaré otro lugar en el que vivir y me marcharé, y si estoy embarazada, lo sabrás. Hemos practicado el sexo sin protección la mayoría de las veces.

Después de unos segundos de silencio dijo:

-No estás embarazada.

-Ah, conque ahora eres médico, ¿no? -dijo riendo con suavidad para ocultar su dolor.

Él apoyó la espalda contra la puerta y se cruzó de brazos, con el rostro serio y rígido.

-No, pero sé que no estás embarazada. Es imposible.

-¿Y qué te hace estar tan seguro?

«Ya estamos otra vez», pensó McKinnon. «Díselo para que haga lo mismo que Lynette. No perdió ni un minuto haciendo las maletas y saliendo corriendo porque no podías darle los hijos que quería. Vamos, dile a Casey la verdad, y verás qué rápido se marcha». Al regresar al rancho, había decidido hacer caso a Durango y enfrentarse a Casey, decirle la verdad y dejar que decidiera. Pero al llegar, vio a Casey en el establo hablando con Dawn Harvey, la esposa de uno de sus empleados, que acababa de tener un hijo hacía unos meses. Había traído al bebé, y Casey lo tenía en brazos, y estaba sonriéndole y haciéndole gracias. Al ver el brillo en su rostro, se dio cuenta de que no tenía derecho a negarle ser madre. La quería demasiado para negarle algo así.

Suspiró al dejar caer sus brazos y despegarse de la puerta para cruzar la habitación hacia Casey. Cuando se detuvo delante de ella, intentó recordar el momento exacto en que se había enamorado de ella, pero no pudo. Probablemente fuera la primera vez que la había visto en las bodas de Stone y Corey. Lo que sí podía recordar era cuándo empezó a aceptar en su corazón que la quería. Había sido la primera noche que ella lo había seducido y habían hecho el amor. No sólo se había rendido ante ella entregándole su cuerpo, sino también su corazón.

-¿McKinnon? ¿Por qué estás tan seguro de que no estoy embarazada?

La miró directamente a los ojos, unos ojos que tenían el poder de derretirlo, ojos que le gustaba contemplar cada vez que entraba en ella, ojos que se oscurecían ligeramente justo antes de llegar al clímax.

-Lo sé porque no te puedo dejar embarazada. Aproximadamente al mismo tiempo que descubría que Martin no era mi padre, también descubrí que mi verdadero padre tenía una extraña

enfermedad de la sangre que ni él ni mi madre sabían que tuviera. De hecho, no lo descubrieron hasta que sufrió el terrible accidente de coche que terminó con su vida. Aunque no supone ningún riesgo para mi salud, soy portador del gen, que puedo pasar a mis hijos. No podía hacerle eso a un niño, así que decidí hace once años hacerme una vasectomía.

-¿Te hiciste una vasectomía?

-Sí. Ahora sabes por qué no puede haber futuro para nosotros.

Ella parecía estar atónita y, tras unos momentos, dijo:

-Perdona, a lo mejor soy un poco torpe o algo, pero no entiendo lo que quieres decir.

-Tarde o temprano lo entenderás. Si me disculpas, tengo que darme una ducha. Y creo que será mejor que te quedes en tu casa esta noche... o mejor, de ahora en adelante.

Y sin darle la oportunidad de decir nada, se dio la media vuelta, y se marchó.

Casey se quedó durante un buen rato de pie, pegada al suelo, mientras reproducía la conversación con McKinnon. ¿Había sido ésa la noticia que había hecho salir corriendo a Lynette? Por Dios, si así había sido, desde luego aquella mujer no había querido a McKinnon ni una pizca. Parecía pensar que su incapacidad para tener hijos significaba que no podía amarlo, ¿o que no quería amarlo como había hecho Lynette? ¿Acaso no habían discutido Lynette y él otras opciones como la adopción? ¿Acaso Lynette no había querido considerar otras alternativas? No le extrañaba que Henriette dijera que era una suerte que la mujer no viviera cerca, pues verla a ella y a su hijo probablemente no resultaría fácil para McKinnon. ¿Cómo podía hacerle entender que no le importaba, que estaba dispuesta a adoptar, o incluso a considerar la inseminación artificial?

Suspiró al dirigirse a la puerta trasera de la casa para ir a la casa de invitados. Tenía intención de poner en marcha algún plan al día siguiente. Anteriormente, se había tratado de seducción. Ahora se trataba de satisfacción y no se quedaría satisfecha hasta que McKinnon entendiera que era el tipo de mujer que siempre estaría a su lado, a toda costa.

Por la mañana temprano, fue a ver a Norris a los establos, y le pidió el día libre. Había alguien con quien tenía que hablar

inmediatamente. La madre de McKinnon.

En el momento en que entró con el coche en el jardín de la casa, Morning Star Quinn salió con una enorme sonrisa.

-Casey, qué sorpresa más agradable -dijo abrazándola-. ¿Va todo bien?

-No, pero creo que tarde o temprano todo irá bien. Primero tengo que hablar contigo sobre algo importante.

-Claro. Entremos y tomemos un café.

Casey la siguió hasta la cocina y se sentó a la mesa.

-¿No está en casa el señor Quinn?

-No, fue con tu padre a cazar -dijo mientras servía el café-. No creo que vengan hasta más tarde. ¿Necesitas verlo?

-No, vine a verte a ti. Me gustaría hablar de McKinnon.

-¿Qué pasa con McKinnon? -preguntó sentándose junto a Casey.

-Estoy enamorada de él -Casey fue al grano, pensando que primero debía decirle lo que sentía. Empezó a relajarse al ver la enorme sonrisa en sus labios.

-Lo veía venir -dijo tomando un sorbo de café.

-¿Sí? -dijo con sorpresa.

-Sí. Lo veía en tus ojos cada vez que lo mirabas, y veía lo mismo en sus ojos.

Casey suspiró, sorbiendo su café. Que él la quisiera era una novedad para ella.

-Hemos estado juntos desde la noche de mi fiesta -dijo Casey, segura de que no había necesidad de precisar a qué se refería-. Y anoche, McKinnon rompió conmigo. Me contó lo de su problema de salud, y parece estar convencido...

-De que por ello no podríais tener un futuro juntos ni aunque lo quisierais -Morning Star terminó la frase por ella.

-Sí.

Durante un rato, Morning Star no dijo nada, pero luego miró a Casey y dijo:

-Se lo tenemos que agradecer a Lynette Franklin. Desapareció nada más enterarse.

-¿Pero qué tiene que ver ella conmigo?

-Eres una mujer. McKinnon probablemente te vea como una buena madre, y él no te puede dar hijos. Realmente piensa que cortar contigo es un acto noble por su parte.

-Pues no. Por supuesto que quiero hijos, pero podemos adoptarlos. Lo de dar a luz a un niño no es tan importante para mí.

-Lo es para algunas mujeres, y él lo sabe -Morning Star suspiró-. La decisión de hacerse una vasectomía debe de haber sido la decisión más difícil que haya tenido que tomar mi hijo, porque le encantan los niños, y siempre ha soñado con casarse y tener hijos. No sabía qué hacer, hasta un día en que fue al hospital para hacerse el chequeo anual.

-¿Qué ocurrió?

-En la sala de espera, McKinnon conoció a un hombre con el mismo defecto. El hombre le contó cómo, sin saberlo, le había transmitido la enfermedad a su hijo de seis años, y lo mal que lo había pasado su hijo antes de morir un año antes. Creo que tras esa conversación, McKinnon se juró que jamás tendría hijos.

Casey se secó una lágrima, entristecida por la historia de la pérdida de aquel hombre, y también porque el sueño de McKinnon de tener hijos muriera aquel día.

-Me niego a desaparecer y dejar que viva su vida solo, señora Quinn.

-Tiene decidido que jamás volverá a aceptar a ninguna mujer en su vida.

Casey se puso en pie, y miró a Morning Star desafiante.

-Bueno, ya veremos. Quiero a McKinnon, y no dejaré que dé la espalda a lo que podríamos tener en el futuro. Me niego a hacerlo.

-Me alegro de oírlo -dijo Morning Star sonriendo-. No dejes que te eche a un lado, por muy difícil que sea. Enfréntate a él con tu amor.

Casey asintió. Eso era lo que pretendía hacer.

McKinnon vio a Casey nada más dar la vuelta a la esquina de la casa del rancho. Había enviado un mensaje a través de Norris, diciendo que necesitaba verlo. Sin saber si era algo urgente o no, dejó su trabajo de lado para ir en su busca. De camino, -dijo a Henrietta marchándose, y se preguntaba por qué habría terminado de trabajar tan temprano. Como era viernes, lo más probable es que tuviera algo que hacer y que se le hubiera olvidado decírselo.

Casey estaba en el jardín, junto a las flores, en el mismo lugar en que había estado la noche en que se dieron el primer beso. McKinnon murmuró alguna maldición. Era la última cosa en la que

tenía que pensar en ese momento, algo difícil al verla tan guapa en medio del jardín.

-Norris me dijo que querías verme, Casey -dijo tratando de calmar los latidos de su corazón.

-Sí. Pensaba que podíamos finalizar nuestra discusión ahora -vio cómo adoptaba esa postura que tanto le gustaba, brazos cruzados y piernas abiertas. Desde luego, el hombre tenía el cuerpo perfecto para rellenar cualquier vaquero. Llevaba el pelo recogido en una coleta, lo que le daba un aspecto muy sexy. Él dejó escapar un suspiro de impaciencia.

-La terminamos anoche. No hay nada que añadir ni que sustraer.

-Yo creo que sí lo hay, y me gustaría que me escucharas.

El apretó los labios y suspiró.

-De acuerdo, di lo que tengas que decir para que pueda volver al trabajo.

Ella asintió, y cruzó el jardín para acercarse a él.

Cuando se detuvo frente a él, McKinnon se pasó la mano nerviosamente por la nuca. Estaba demasiado cerca, y olía demasiado bien.

-Quería aclarar algunas cosas, McKinnon. Supongamos el escenario número uno. Si yo te hubiera dicho anoche que tenía una condición que me impediría darte un hijo o una hija, ¿habrías roto conmigo por esa razón?

-¡Por supuesto que no!

-Bien, supongamos ahora el escenario número dos. Si, por alguna razón, quisiera adoptar un niño, ¿hubieras tenido algún problema?

-No, tampoco.

-Bueno es saberlo -puso las manos en sus caderas y lo miró-. Entonces, ¿cuál es tu maldito problema? -dijo casi gritándole-. ¿Qué tipo de mujer crees que soy para esperar más de ti de lo que estoy dispuesta a ofrecer yo misma? Igual que no esperaría que me dejaras si no pudiera tener hijos, pensaría que tendrías la decencia de no esperar lo mismo de mí. ¿Pero lo has hecho? Por supuesto que no. Esperabas que fuera como esa otra mujer que, obviamente, no supo reconocer lo que tenía enfrente de sus narices, y salió corriendo. Hay montones de bebés por ahí que necesitan un hogar, un hogar que nosotros podemos ofrecerles. Creo que es una

vergüenza que me tengas en tan baja estima.

-Casey -dijo casi en un susurro-. No es que te tenga en baja estima. Es precisamente porque te tengo en tan alta estima que quiero lo mejor para ti. Te quiero. Te quiero tanto que duele, y saber que no puedo darte lo que puede que algún día quieras me mata.

Casey aspiró lenta y profundamente, asimilando sus palabras de amor.

-Si me quieres tanto como dices, entonces escucha un momento lo que quiero, McKinnon. Te quiero a ti. Al hombre que se esfuerza tanto por esconder esa sonrisa fácil y esos ojos amables. El hombre que me ha enseñado lo que es el amor verdadero, que me ha hecho ver lo maravilloso que es mi padre, que me ha ayudado a entender por qué mi madre estaba dispuesta a vivir de los recuerdos. Bueno, a diferencia de ella, yo no puedo sentirme satisfecha, McKinnon. Te quiero. Si jamás pudiera tener hijos, no me importaría, mientras te tuviera a ti. Te quiero y eso es todo lo que importa. El resto lo resolveremos cuando llegue el momento -alargó la mano entrelazando sus dedos con los de él. Sintió cómo la tensión disminuía.

»Quiero que estés conmigo cuando te necesite, McKinnon, que me abraces en mitad de la noche, que me hagas el amor, que te despiertes a mi lado cada mañana. Creo que las tres última semanas nos han demostrado lo bien que estamos juntos, y si sólo estamos tú y yo, pues que así sea. Pero puesto que te gustan los niños, y a mí también, puedo plantearme el futuro con un niño, un niño que haremos nuestro, un niño que veremos crecer con nuestro amor. Martin no es tu verdadero padre, pero sé que lo quieres como si lo fuera. Lo mismo ocurrirá con nuestro hijo, nuestros hijos -se acercó a él un paso más y, tras soltar su mano, le tomó la barbilla con la mano, y lo miró con ojos empañados-. Relájate, McKinnon. Deja de proteger tu corazón. Deja que lo cuide y te prometo que no volverá a romperse jamás.

Antes incluso de poder recuperar el aliento, McKinnon la abrazó, y la besó. Era un beso como los demás, lleno de pasión. Hizo que el suelo se tambaleara, y que cada hueso de su cuerpo se derritiera. Pero también era diferente. Era un beso de amor y devoción. No sólo le estaba entregando su corazón, sino también su cuerpo y

alma. Entonces, él la miró.

-¿Quieres casarte conmigo? -dijo lleno de emoción.

-¡Sí! -dijo sonriendo abiertamente-. Ya he pasado por la etapa de seducción, de satisfacción... el próximo paso tiene que ser una boda, al estilo Westmoreland, que dure para siempre.

Le dio otro beso en los labios y susurró:

-Sí, mi amor. Para siempre.

Epílogo

McKinnon miró a su prometida, sentada junto a él en la iglesia. Sabía que a veces la gente lloraba en las bodas, pero lo de Casey era exagerado. Se volvió a meter el pañuelo en el bolsillo, puesto que no parecía ser de mucha utilidad. Sólo conocía una forma de callarla, así que, ignorando la ceremonia que tenía lugar delante de ellos, a sus propios padres, al padre de ella y a su madrastra, que estaban sentados tras ellos, se inclinó y la besó. Y tal y como había pensado, se deshizo en sus brazos, así que la arrastró de su sitio para sentarla sobre su regazo. Ella rodeó su cuello con los brazos.

-Gracias, lo necesitaba -susurró satisfecha.

-Asegúrate de decirle eso a tus hermanos y primos cuando acabe la ceremonia. Están mirando con desaprobación.

Unos minutos después, todos se pusieron en pie cuando el cura presentó a Ian y Brooke Westmoreland como marido y mujer. Vítores y aplausos resonaron dentro de la iglesia en el lago Tahoe, en la que se habían congregado más de trescientos invitados. Toda la familia Westmoreland estaba presente. Hasta Delaney, que parecía estar a punto de dar a luz. El avión privado de Jamal estaba preparado para llevarlos de vuelta a Teherán nada más terminar la recepción. Estaba decidido a que su segundo hijo también naciera en su país de origen.

McKinnon y Casey se quedaron un poco rezagados cuando todo el mundo salió de la iglesia para ir al Rolling Cascade, el hotel-casino de Ian, en el que tendría lugar una gran celebración.

-¿A qué vienen tantas lágrimas hoy? -preguntó McKinnon abrazándola.

Con ojos llorosos dijo:

-Porque podía sentir el amor que Ian y Brooke se procesan, y porque tengo tanto por lo que estar agradecida... En un mes, más o menos, yo seré la novia y tú el novio. Por un momento te imaginé ahí delante, entregándote mi vida. Y además, la ceremonia fue preciosa.

McKinnon asintió mientras la agarraba de la mano para salir de la iglesia.

-Sí, lo fue.

Habían decidido celebrar su boda en noviembre en Corey's Mountain. Savannah ya habría dado a luz. Corey estaba encantado de ser el padre de la novia, y la madre de McKinnon y Abby estaban más que ilusionadas con las planificaciones para la boda. McKinnon pensó en la fiesta que ambas les habían organizado el mes pasado, y sacudió la cabeza. Casey y él esperaban que su boda fuera más grande de lo que deseaban, a pesar de haber hecho saber que querían algo pequeño. Pero Morning Star Quinn y Abby Westmoreland no sabían lo que quería decir «pequeña».

-¿Tenemos que quedarnos mucho tiempo en la celebración? -preguntó Casey, deteniéndose en las escaleras de la iglesia, y poniéndose de puntillas para acercar sus labios a los de McKinnon.

-No, no mucho -dijo rodeando con sus brazos la cintura de Casey.

Sus labios se unieron en un beso prometedor.

-He decidido dónde quiero pasar la noche de bodas, McKinnon.

-¿Sí? ¿Dónde?

-En nuestra cueva.

El sonrió, pues le gustaba la idea.

-¿Estás segura de que no te importa encontrarte contra la pared?

Ella sonrió, y le dio la mano para bajar las escaleras.

-No, mientras me dejes demostrarte mi destreza montándote luego.

Él soltó una pequeña carcajada, se inclinó, y le susurró al oído:

-Querida, puedes montarme cuando quieras.